

Poesía completa

(1935-1994)



Gastón
Baquero



Índice

Preámbulo

De profundis

G. B. , poeta de memoriosa andanza

Sobre esta edición

Bibliografía

El poema

Palabras escritas en la arena por un inocente

Primera parte

Magias e invenciones

Poemas anteriores a 1959

Poemas recogidos en «Diez poetas cubanos» de Cintio Vitier (1948)

Canta la alondra en las puertas del cielo

Soneto a las palomas de mi madre

Sintiendo mi fantasma venidero

Génesis

Nacimiento de Cristo

Preludio para una máscara

El caballero, el diablo y la muerte

Testamento del pez

Octubre

Saúl sobre su espada

¿Qué pasa, qué está pasando...

Poemas posteriores a 1959

Poemas escritos en España (1960)

Canciones de amor de Sancho a Teresa

- I -

La mariposa

- II -

La luz del día

- III -

Canción

- IV -

La rosa

- V -

Celos

-VI -

Las estrellas

- VII -

Ausente conmigo

- VIII -

El bululú

Memorial de un testigo (1966)

Memorial de un testigo

Rapsodia para el baile flamenco

Cuando los niños hacen un muñeco de nieve

Palabras de Paolo al hechicero

Para Berenice, canciones apacibles

Magnolias para Betina

El viento en Trieste decía

Nocturno luminoso

Negros y gitanos vuelan por el cielo de Sevilla

Silente compañero

Canción sobre el nombre de Irene

Homenaje a Jean Cocteau

El sol y los niños, y además la muerte

Madrigal para Nefertiti

El mendigo en la noche vienesa

Relaciones y epitafio de Dylan Thomas

Anatomía del otoño

Plenitud de la manzana

Los lunes me llamaba Nicanor

Fanfarria en honor del Escorial

Primavera en el Metro

Fábula

Amapolas en el camino de Toledo

Discurso de la rosa en Villalba

Poemas africanos (1974)

Piano y tambor

Llamada

Congo

Adhiambo

Retrato

Imagen de África
Traducido de la noche
Solitario
No hayas temor
Totem
Dongo, el buitre
Canto del fuego
Magias e invenciones (1984)
Al final del camino
Retrato
Epicedio para Lezama
Marcel Proust pasea en barca por la bahía de Corinto
Brandenburgo 1526
La fiesta del fauno
La casa en ruinas
Aparición
El galeón
La esperanza
Coloquial para una elegía
Primavera
Breve viaje nocturno
Pavos reales en un jardín de Oviedo
Es hermoso el verano, muy hermoso
El poema
Manos
Pensamientos de primavera para cualquier tiempo del año
El gato personal del conde Cagliostro
El héroe
Confesión de un fiscal de Bizancio
El hombre habla de sus vidas anteriores
Jamás, con ese al final
Bodas de plata
Fúnebre mariposa
Guitarra
Un árbol me recuerda tantas cosas...
Joseíto Juai toca su violín en el Versalles de Matanzas
Pavana para el Emperador
Charada para Lidia Cabrera
Elegía risueña número 1
Elegía risueña número 2
En la noche, camino de Siberia
Plegaria del padre agradecido
Poemas de otro tiempo
Casandra
Ifigenia en Áulide
Soneto a la rosa
Pasión bajo el techo del mundo
Ciervo en la muerte
Poemas invisibles (1991)
A, ante, con, para, según, sobre Gastón Baquero

El viajero
Con Vallejo en París mientras llueve
Himno y escena del poeta en las calles de La Habana
Manuela Sáenz baila con Giuseppe Garibaldi el rigodón final de
la existencia
Invitación a Kenia
Aproximación a Venus
Oscar Wilde dicta en Montmartre a Toulouse-Lautrec la receta del
cocktail bebido la noche antes en el salón de Sarah Bernhardt
Luigia Polzelli mira de soslayo a su amante, y sonrío
Epitafio para María Kodama
La risa
Canción para David Moreno
La luz del pan en Segovia
Pequeña elegía por Rafael Marquina
Himno al Doncel de Sigüenza
Otros poemas invisibles (1992-1994)
Nureyev
Alborada
Tristeza
La luciérnaga
El río
Canto de Carolyn

Segunda parte

El álamo rojo en la ventana (1935-1942)
Poemas inéditos
El álamo rojo en la ventana
G. B. pide a J. L. L. dos números de «Espuela de plata»
Poema
Soneto
Soneto
Sonetos de la muerte
Muerte del ave
Espejo en el mar
Sombra del cuerpo
Memoria del paisaje (1936)

- I -
- II -
- III -
- IV -
- V -
- VI -
- VII -
- VIII -
- IX -
- X -

Recuerdos

Recuerdo
Muerte y epitafio del rruiseñor
Palma

Amor
Adiós
Madrigal
Canción de canciones
La lluvia está en mí
Rainer María Rilke
- I -
- II -
- III -
- IV -
- V -
Amor
Otoño
Carta en el agua perdida
Poemas de la Lluvia y de la luna
Poemas de la lluvia
Canción
La luna y el naranjo
Madrigal
Poema
Elegía
Progreso
Larga serenata lunar
«La luna es el sol de las estatuas»
Sonetos
Niña muerta
El huésped
Ifigenia en Táuride
Del pan y de la muerte
Soneto a Casandra
Sonetos de muerte y vida
Invierno
Olvido
Llama
Luna
Arpa
Adán en el paraíso
Adán y el ruiseñor
Soneto de la paloma gris
Soneto para no morirme
Palma

Índice alfabético

A la niña que ha muerto esta mañana
A la sombra de la juventud florecida
Alegre como perro de pobre,
Al mediodía dijeron las voces secretas del instinto:
Anoche la luna

Aún es el día en la terraza... Siento
A vosotras, palomas, hoy recuerdo
Bello leopardo de Kenia me visita.
Belzeraida, Armelina y Bradamante,
Busca las cenizas de sus hijos
Caminaba hacia el cisne visto entre la bruma,
Canta la Alondra en las puertas del cielo sus arpas infinitas.
Cántame en la mañana más sólo con tu risa,
Cerremos este libro donde la astronomía
Como si el humo tierno detuviese
Como un mapa pintado de violento amarillo sobre una pared gris,
Conocí a un señor que era al mismo tiempo príncipe y mendigo.
Coriolano mi perro leyó en el Times
Cuando al romper el día en la orilla del río me detengo a escuchar la
voz de la selva,
Cuando el niño Joseíto Juai tocaba su violín en el patio de la casa,
Cuando Juan Sebastián comenzó a escribir la Cantata del café,
Cuando los niños hacen un muñeco de nieve,
Cuando se vuelve muda la carne clamorosa,
Cuando yo era un pequeño pez,
Cuanta flecha mayor sobre el sendero
Debajo de la ventana
De niño fui llevado al corazón exacto de la India,
Desde Manila hasta Acapulco
Despiertas atónito de despertar.
Dialogar con la muerte es la hermosa imprudencia
Dios hizo anoche luna y puso cielo
Dueña de tarde y luz tan fiel expone
Dulce enrade menor en tibio atisbo
El alambrista recorre de lado a lado lo más alto del circo,
El árbol de la magnolia parece un hombre mudo.
El arpa reclinada en el silencio
El domingo, Teresa,
El eucalipto que canta en Santillana
El héroe pasó su vida a caballo.
El maestro Josef Haydn recogía sus últimos papeles. El archiduque,
El mar rojo, el cielo verde, y la nieve
El mar ya estaba acostumbrado a adormecerse junto al puerto de Paita
El ojo inmóvil de estruendos
El pequeño pastor regresa hacia la muerte.
El que sabe eres tú,
El rocío decora los restos de un naufragio
El sombrero de Julia indicaba
El tiempo junto a ti no tiene horas,
El viento en Trieste decía tan extrañas canciones al amanecer,
El viento, siempre el viento detenido
En el otoño del setecientos
Entre Goya y Velázquez
Era como un biznieto de Federico Nietzsche .
Escribiré un soneto que le oponga a mi muerte

E se pobre señor, gordo y herido,
Esta niña de mármol
Este es el bosque al que la amada santa
Exquisitas damas brandenburguesas
Federico, por hombres como tú
Fiesta del ámbar, cumbre del querer,
Fuego que los hombres contemplan en la noche, en la profundidad de la
noche.
Gracias te doy, Señor de lo creado,
Gravemente la frente da a la rosa
Guerreros que no conocéis el temor:
Hay días en que el sol siente deseos
Hay un país lejano con mariposas negras,
He venido a la hora que precede al alba;
Hoy de nuevo mi mano se le aproxima y toca
Hoy he visto un naranjo florecido
Hoy he vuelto a la casa donde un día
¡Ahí está la alegría, existe la alegría!
¡Cómo el olvido ha ido destruyendo
¡Cuántas estrellas anoche!
¡Oho! ¡Congo oho! Para ritmar tu nombre enorme
¡Qué bueno es estar contigo ante este fuego, Irene,
¡Toda mi miel
¿Puede decirme alguien
¿Que invisible rata
¿Quién ha estrangulado al fin la cansada voz de mi hermana,
Irene López ha estado esta noche en mi casa
Ir hacia ti, mujer de la ancha sombra,
Justa ascensión de sueño y geometría
La Barcarola de «Los Cuentos de Hoffmann »:
La carita falsamente trágica del bailarín de flamenco
La embajada cumplida aun no lo ha sido
La frontera andaluza está en la Habana.
La hora que sorprenda a tu alma dormida
La intempestiva ida de la noche
La lluvia está en mí. Cae,
La noche se reclina sobre la tierra
La palabra Toledo sabe a piedra,
«Exprima usted entre el pulgar y el índice un pequeño limón verde
«Quiero, dice la niña
Las gotas áureas que sueñan corazones.
Las hojas caen, caen, como de la distancia,
La soledad le ciñe la figura.
Las pruebas del mundo lunar indiferente
La tarde había llegado con su cara
Le duele el corazón pero responde
Lleven otros la candela,
Llueve en el mar. Las aguas sin refugio
Los niños invisibles de la lluvia,
Luna querida, dosel

Me dejaste omisiado
Me desperté domingo esa mañana aunque era jueves,
Me gusta que se llame
Me gustaría cortarte las manos con un serrucho de oro.
Me siento bajo el sol a beber tarde,
Metido bajo un poema de Vallejo oigo pasar el trueno y la centella.
Mi madre no sabe que por la noche,
Mi madre vino a ofrendar
Mi nombre es Filemón, mi apellido es Ustariz.
Mira,
Nada. Apenas si un recuerdo
Napoleón tenía una manto lleno de abejitas de oro.
No de mar ni de astro; no de cielo
No destruye a destiempo el tiempo sus relojes
No has de esperar que Dios
No hay para nosotros una marcha nupcial,
No puedo olvidar aquel mendigo,
No quiero que mires
No temas amada si a veces mi canción se vuelve demasiado sombría,
Octubre está escalando sereno la ventana.
Oigo muchas voces,
Orbe, pequeño paraíso, girasol,
Oyes decir que eres triste y te miras
Parece que estoy solo,
Paz. La muerte se ha sentado
Perfecta,
Plena razón lunar la madrugada
Por darle eternidad a cuanta alma
Porque si nadie muriese algún día
Posadas bajo el coro talladas temblorosas
Qué pasa, qué está pasando siempre debajo del jardín
Recorre Adán su inaugural paseo
Recuerdo siempre al moribundo aquel,
Sentados a los pies del profesor
Siento que algo sonrío por detrás de la luna
Silbaba por el bosque
Sintiendo mi fantasma venidero
Si tomas entre los dedos
Sombra entre sombras donde el aire empieza,
Soy, dijo tu voz en nombre de la Muerte,
Sus rodillas de piedra, sus mejillas
Taiada está la rosa
Temo a la palabra de los hombres
Tengo que esconderlo en lo más íntimo de mis venas:
Teresa:
Terriblemente solitario,
Tiempo total. Espacio consumado.
Tiempo vencido el del amor secreto.
Tierra de los argivos sorda tierra de argivos
Toda la tarde estuvo

Todas las violetas de la tierra
Todo un libro poblado de lugares,
Tokowaly, tío mío, ¿te acuerdas de las noches de antes,
Tuve un gato llamado Tamerlán.
Una viuda muy viuda entra en una peluquería
Un caballero es alguien
Un haiku de Matsuo Bashó, el haiyin de los haiyines,
Un libro de aforismos del Beato Ramón Lull;
Un niño en el paisaje: la mañana,
Uno caballo, dos mariposa, tres marinero,
Un puente de melancolía se levanta alrededor de la casa.
Urna enclavada en llanto, arduo lloro
Vamos
Ventanas volcadas al socaire de las madre selvas:
Viviendo en infinita primavera
Viví sesenta años a la orilla de un río
Volveremos
Y de nuevo murmura
Yo los lunes me llamaba Nicanor.
Yo te amo, ciudad,
Yo tengo mi gri-gri
Yo vi una rosa en Villalba:

Preámbulo

Como había de mirar tanto hacia los astros le nació una estrella en el alma. Y en esta luz, donde la juventud primera, con el hálito sacro que alimenta el corazón de los poetas, al parecer del poeta latino Ovidio, ha resplandecido toda la creación literaria del poeta cubano Gastón Baquero. Desde Demócrito, a quien preocupaba ya si Homero fue poeta por gracia de la naturaleza o en virtud del conocimiento técnico de la palabra, toda la aristocracia intelectual helénica, interesada en la pregunta, con la inclinación de Platón en favor de la inspiración divina o del ingenio, intentó clarificar la razón última acerca del origen de la poesía y del poder de los poetas. Si alguien interrogara de qué hontanar manan los contenidos y la perfección formal del escritor y poeta Gastón Baquero, acaso la más lúcida solución podría llegar de manos del poeta Horacio: Yo no veo que aproveche el estudio sin una rica vena, ni un ingenio sin cultivo. Así la una cosa reclama la ayuda de la otra y como por juramento se unen amistosamente (Arte Poética, 409-411). De tal amigable alianza nacen las más bellas obras artísticas. En este mismo principio, armonía entre talento y técnica, fundamentó por su parte Quintiliano la dignidad del prosista y del orador (Inst. Orat. XII, 5, 2), y Vitrubio, arquitecto y maestro de arquitectos romanos, en su obra dedicada al emperador Augusto el año 23 antes de nuestra era, había a su vez afirmado la exigencia de la inspiración y de la técnica para toda obra arquitectónica, en la que estuviesen acordadas la fortaleza, la belleza y la utilidad.

En esta visión clásica se presenta la prosa y poesía del poeta cubano Gastón Baquero, recogida en su mayor parte dentro de los dos volúmenes -Poesía completa y Ensayo-, que edita la Fundación Central Hispano. No en vano se inicia en esta edición la Colección Obra Fundamental. Fundamental en el siglo XX de la prosa y de la poesía cubana es la presencia de Baquero. Y no sólo en Cuba, ya que la mayor parte de su creación literaria aconteció en España. Al mundo del espíritu nació Baquero en Orígenes, revista de La Habana, en cuyo círculo ejerció su mágica fascinación intelectual y potenciadora el poeta Lezama Lima. Sus colaboraciones y dirección periodística más tarde, que pronto le convierten en maestro y orfebre de una prosa sin tacha, ofrecen el testimonio histórico de un cabal caballero, en quien se dieron abrazo fuerte y tierno la estética y la ética. La prosa hispanoamericana, que hoy tiene el cetro de la lengua española en manos propias, muestra también en Gastón Baquero una estructura y ritmo clásicos, no escasos en nuestro tiempo y letras actuales.

Pero la voz esencial de Baquero es la poética, original, profunda, inconfundible. No hay que numerar, sino ponderar sus versos. Seis obras publicadas, precedidas de versos inéditos desde el 1935, Poemas (1942), Saúl sobre la espada (1942), Poemas escritos en España (1960), Memorial de un testigo (1966), la Antología Magias e invenciones (1984), Poemas invisibles (1991) y Autoantología (1992), reunidas en el primer volumen de la presente edición, aseguran su fuerza y presencia en el luminoso panorama de la poesía española, con tantas altas cumbres dentro de este siglo XX, áureo y uno de los más excelsos de toda su historia.

Poeta de tres mundos, como certeramente se ha llamado a Gastón Baquero, supo vincular a la luz de su vida interior el vigor telúrico de su remoto origen africano, en cuya magia se percibe el ritmo de los tambores de la selva..., de cuando las fuerzas del hombre eran fuerzas gloriosas, mientras se revela la exuberancia vital, fulgurante en la perla de las Antillas, donde abrió sus ojos... y me sentí cercado por un resplandor de oro: /algo venía precedido de músicas, de pájaros verdes, de jazmines,/ abiertos a la luna, y se eleva en tierras hispanas su visión cultural de Europa a una asombrosa síntesis poética. Con estos tres mundos, renacidos en la luz de su espíritu, Gastón Baquero es ya posesión nuestra para siempre, como de toda obra perfecta afirmó el historiador Tucídides. De toda la suya son Magias e invenciones síntesis, símbolo y realidad deslumbrantes.

Alfonso Ortega Carmona

Director de la Cátedra de Poética Fray Luis de León.

-9-

De profundis

El título «Poesía Completa» está lleno de encrucijadas y de interrogantes. Tiene tal resonancia de «obra final» o de «obra póstuma», que a mí, supersticioso y cabalístico donde los haya, sólo se me ocurre cruzar los dedos, tocar innumerables trozos de madera, y elevarle una plegaria a San Judas Tadeo, protector de los niños menores de dos años y de los ancianos

menores de cien.

La poesía completa es el testamento, el camino clausurado, el guiño final de un actor a quien le apagan todas las luces del teatro cuando él creía tener todavía mucho papel por representar.

Tengo entre las manos lo que llaman «Poesía Completa de Gastón Baquero», y yo, que mantengo cierta relación de amistad con ese señor desde hace mucho tiempo, de pronto no comprendo, casi no sé de qué se habla, y pienso que es Otro el señor a quien se refieren. Será, me digo, algún señor muy mayor ya, ancianito trémulo, trastabillante y cascajoso, a quien sus amistades quieren despedir con una sonrisa y un laurel, un besito y un bizcocho. Paso por el gonzate el amargo trago, y me dedico a representar lo mejor que se pueda este papel postrero, en el que no me veo. ¿Es qué un cierto número de poemas y un no menos cierto número de años significan inexorablemente una despedida?

Juguemos, los lectores y yo, el juego que se nos propone. Desde 1937 ó 1938 vengo escribiendo y publicando poemas. Nunca fuí -ni lo soy- consciente del valor o el no valor que tienen estos escritos. A mí la poesía me ha ocurrido como la estatura o el cuerpo. De pronto, un día vi que estaba ahí, como estaban el gusto por las frutas y el miedo a la muerte.

La poesía no es algo que uno sale a buscar, como un perrito perdido. Uno no sabe que ella está junto a uno, porque llega sin ruido y sin aviso. No se le ocurre al acompañado sin pedírsele permiso, nada más que tomar su papel y su lápiz y dedicarse a obedecer un dictado.

Al revés de lo que sucede con las hojas del árbol, que se alejan en silencio, con los poemas ocurre que habitan la hoja de papel, y ahí se quedan, se apiñatan y concursan, hasta que salen al exterior. Piden ser escuchados, reclaman -10- vivir. Sin saber cómo ni cuándo, uno se oye llamar poeta un día. No presta mucha atención, porque sabe que poeta, lo que se dice de veras poeta, hubo y hay muy pocos en el mundo.

Nadie me ha oído jamás decir «yo soy poeta». Amigo de la Poesía, enamorado perenne de ella, aprendiz del tremendo artesanaje que requiere, eso sí me siento ser.

Escribo estas líneas, antes de entrar en el libro de la postumidad o de la despedida, para dejar inscrita en letras mi gratitud a tantos amigos que desde los remotos días de los primeros poemas hasta el momento, solemne para mí, en que hoy escribo, me tendieron sus manos. Una relación de nombres es inintenable, porque en el mundo el número de los buenos es infinitamente superior al de los malos. De lo contrario no podríamos vivir ni escribir poesía.

Debo sí fundir en una sola campana de gratitud todos los agradecimientos y todas las simpatías que me obligan. El nombre que a mis ojos resume y contiene todo, es el de la Cátedra de Poética «Fray Luis de León» de la Universidad Pontificia de Salamanca, regida por un humanista de excepcional saber, Don Alfonso Ortega Carmona, a quien secunda con eficiencia insuperable el escritor y profesor peruano-español Don Alfredo Pérez Alencart.

Fue la mano generosa del profesor Ortega Carmona la que acertó en acudir a una Fundación Cultural de primer orden, la del Banco Central Hispano, con historia ya imborrable en la exaltación de las artes plásticas,

recomendándole volver sus ojos también hacia las letras. Como posible primer sujeto de esa ampliación de actividades de la Fundación, le fue señalado mi nombre al Presidente Don Alfonso Escámez y al Director Don Javier Aguado, quienes reaccionaron de inmediato aceptando la propuesta de la Cátedra.

De la noche a la mañana, como me ocurrió allende medio siglo con la Poesía, me vi convertido en el primer nombre de la Colección que con el título *Obra Fundamental* se propone sostener y mantener la Fundación Central Hispano.

Esto es todo. Así de espontáneo y de sencillo se pronunció el Sr. Escámez con su equipo, y así pudo llegar a quedar recogida e impresa la poesía completa de alguien que no sabe enjuiciar sus poemas, pero sí sabe respetar y amar la Poesía con pareja devoción a la que guarda para la Música y para la Filosofía, estuches y corona de la existencia.

G. B.

-11-

G. B., poeta de memoriosa andanza

A Pío Serrano y a César López, dos orillas de luz cubana

Para Gastón Baquero, el venezolano Andrés Bello fue la luz intelectual más grande de América en su siglo y el gran libertador intelectual de esas tierras. Bello escribió estas cuartetas que bien pueden ser utilizadas para reflejar el propio sentir y la dignidad con que el poeta de la calle Antonio Acuña destila la turbia realidad inmediata de estos años de atardecer iluminado: «Verdad, no lisonja quiero; / verdad sencilla, desnuda; / no el aplauso vocinglero, / que a la fortuna saluda. // Quiero en mis postreros años / decir a ese bien fingido: / ¡Adiós! no más desengaños; / a los que olvidan, olvido. // Otros en loco tumulto/ llamen dicha al frenesí: / yo en el rincón más oscuro / quiero vivir para mí».

No podría dedicar estos apuntes a realizar una meticulosa cronología de la vida de Baquero (Banes, Cuba, 1918), pues él mismo es contrario a hablar de su actividades y poco acerca de su obra literaria. Soy sólo un amigo -así me considera él, y es un honor que en el decir de Borges me endiosa el pecho inexplicable un júbilo sereno- buscando no contradecir sus deseos al señalarme la feliz tarea de cuidar la edición de este volumen que contiene su *Poesía Completa*. Baquero, en callada soledad, explica su postura: «No hay misterio ni contradicción, porque la poesía en sí es una entidad ajena al bien o al mal, como ajena a la cuna, a la raza, a la casta. Por eso la biografía de un poeta es la obra de ese poeta, y punto».

Más recientemente, ha vuelto a dejar constancia de su decisión: «A mí, además, nunca me ha gustado hablar sobre mis actividades literarias. Aquí en España, trabajé treinta años en Radio Exterior, y durante todo ese tiempo nadie allí supo que yo escribía. Un señor del barrio donde vivo, leyó hace poco que en *El País* hablaban sobre mí y me dijo: ah, pero yo no sabía que -12- usted escribe. Yo le contesté: no, si yo no escribo; lo dicen en el periódico, pero no es cierto. Se lo dije para quitármelo de encima, pues no me gusta hablar de ese tema» (*La poesía es magia e invención*, p. 23).

Es bueno respirar junto a él, sentirlo cerca, como gran poeta que es, no como objeto de estudio. Ha sabido construir, con rigor y hondura, un espacio poético que lo diferencia de cualquier otro. Alta torre de la poesía hispanoamericana, solitario en busca del saber y en diálogo consigo mismo, Baquero es un hacedor de sueños cuya opción por la vida apartada le permite contemplar, ver y transver más allá de la realidad y de las máscaras que nos impone este delirante fin de siglo. Preludiando el olvido -que espero no se produzca- Baquero se autoretrata: «Ese señor, gordo y herido, / que lleva mariposas en los hombros / oculta tras la risa y el olvido / la pesadumbre de todos los escombros. // El dice que lo tiene merecido / porque aceptó vivir, que no hay asombro / en flotar como un pez muerto y podrido / con la cruz del vivir sobre los hombros. // Cenizas esparcidas en la luna / quiere que sean las tuyas cuando eleve / su máscara de hoy. No deja huellas. // Sólo quiere una cosa, sólo una: / descubrir el sendero que lo lleve / a hundirse para siempre en las estrellas».

Baquero es un viajero del tiempo. Él siempre se ha sentido como un testigo que por invocación misteriosa o recreación de la memoria escucha los murmullos del pasado, entendiendo que los más grandes logros de la poesía no han surgido de la realidad aparente, sino de la ensoñación de un tiempo que bulle al interior de la mente y que se reunifican en un ardiente espacio de revelaciones. De esta forma va convirtiéndose en transgresor del tiempo y del espacio, tratando de ser un vidente como se calificaba Rimbaud: «Equiparo el pasado con el presente; no encuentro diferencias entre Carlos V y Nixon, los veo como dos contemporáneos. Parece que han pasado muchos años, pero en realidad no han transcurrido ninguno. Los humanos somos quienes nos empeñamos en dividir el tiempo a base de relojes y almanaques... también me seduce el macrocosmos, el universo... Yo creo que una de las grandes desgracias que tenemos en el mundo es haber perdido la conexión con el cosmos» (Entrevista de Susana Asenjo, en Celebración de la Existencia p. 210).

-13-

Veamos alguna creación suya donde nos habla de su ir más allá para penetrar en el secreto mecanismo que mueve los compartimentos del cosmos. Así, en «Memorial de un testigo», advertimos esta condición:

Pero si también yo estaba allí, en el Allí de un Espacio
escribible con mayúsculas,
en el instante en que el Señor Consejero mojaba la pluma de
gando egandino,
y tras, tras, ponía en la hojita blanca (que yo iba secando
con acedera
meticulosamente)
Elegía de Marienbad, amén de sus lágrimas
[...]
Ya antes en todo tiempo yo había participado mucho. Estuve
presente
(sirviendo copazas de licor, moviendo cortinajes, entregando
almohadones,
cierto, pero estuve presente),

en la conversación primera de Cayo Julio con la Reina del Nilo:

«una obra de arte, os lo digo, una deliciosa anticipación del psicoanálisis y de la radiactividad».

Nada por aquí, nada por allá. Pero de pronto la escapatoria es posible. En «Fábula» leemos: «No dormimos dos veces bajo la misma estrella; / cada día un paisaje, cada noche otra luz». El poeta busca vencer al tiempo, engañar al inexorable paso de las horas y de los días, como en «Manos» o en «Los lunes me llamaba Nicanor». Nada por aquí, nada por allá. Pero de pronto impone en su palabra el poder creador y retorna al pasado para tocar el borde de la infancia, como en «Guitarra»: «Y es que vuelto a vivir en el país de la infancia, también un dios descubre / la inagotable felicidad de colocarse de espaldas al destino».

Si para Hölderling, el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando despierta, para Baquero -que amansa oníricamente todos los encantamientos- lo trascendente es poder conseguir la peregrinación del espíritu humano en el cielo estrellado, bilocarse, dejar el alma libre de la cárcel del cuerpo, como el «Breve viaje nocturno» que tan bien describe el poeta: «Mi madre no sabe que por la noche, / cuando ella mira mi cuerpo dormido / y sonríe feliz sintiéndome a su lado, / mi alma sale de mí, se va de viaje / guiada por elefantes blaquirrojos, / y toda la tierra queda abandonada, / y ya no pertenezco a la prisión del mundo, / pues llego hasta la luna... Y mi madre no sabe que al otro día, / cuando toca en mi hombro y dulcemente llama, / yo no vengo del sueño: -14- yo he regresado / pocos instantes antes, después de haber sido / el más feliz de los niños, y el viajero / que despaciosamente entra y sale del cielo, / cuando la madre llama y obedece el alma».

¿Cómo poder hablar, descifrar el hechizo de la poesía de Baquero, estando inmerso dentro de ese delicioso mundo? La fuerza reveladora en la búsqueda de lo más secreto, más allá de los límites que la realidad impone, hacen que su poesía sea el lugar donde todo sucede, otorgándonos la luz más directa: «A mí lo que me gusta no es plantear problemas, sino construir poemas. Casi nunca se logra. Todo lo personal me parece poéticamente trivial. Todo el mundo se enamora, todo el mundo se siente solo, todo el mundo se siente traicionado, todo el mundo va al cuarto de baño. ¿A quién puede interesarle algo tan irrelevante? A todos nos ocurren estos percances».

Sí, la lucidez también es una profunda herida. Algo de esto lo siente el poeta: «A mí me cuesta mucho escribir un poema. Nunca estoy conforme con lo que dejé expresado. En Salamanca me hicieron hace poco un homenaje. Explicaba mi desazón, mi disgusto, por lo que veo de excesivo en mis poemas». Baquero no es nada complaciente consigo mismo y de ser por él no habría publicado esos poemas inéditos de su juventud que ahora aparecen bajo el título El álamo rojo en la ventana. El hecho de que se hayan

publicado nueve de ellos en Cuba, ha motivado que Gastón intente conjurar el fastidio y acceda a que se incorporen a esta edición otros cincuenta y dos poemas inéditos.

La lectura de textos de la literatura universal que uno descubre como tesoros invaluable, muchas veces nos conduce a descifrar lo escrito y convertirlos en una grata vivencia imaginaria. Puede surgir así la reescritura y las vislumbres de la propia invención, pues la imaginación poética, como revelación del ser, permite glosar, transformar y concebir una nueva criatura, una versión surgida del legado de otros genios y evocada de forma diferente, con un encantamiento que algunas veces trasciende la intensidad de las imágenes primeras. Una de las primeras lecturas creadoras que tuvo Baquero fue el acercamiento a la obra y a la persona de José Lezama Lima, una referencia básica para el poeta de Banes: «... -15- Lezama me hizo pensar primero en la belleza y me dio el respeto por la cultura y el saber. He dicho en ocasiones que mi única razón de venir a la tierra fue para servir a Lezama». Una muestra de esta reescritura luminosa la encontramos en las variaciones antillanas que de textos de Mallarmé hizo Baquero, como son sus poemas «La fiesta del fauno», «La casa en ruinas», o «Aparición». Otras pinceladas espléndidas están presentes en los doce Poemas Africanos.

Preguntado por el escritor mexicano Marco Antonio Campos sobre su deuda con la poesía, Baquero no duda en dar una respuesta contundente: «Todo. Debí ganarme la vida en el periodismo y tuve la mala suerte de hacerlo con éxito. Eso me amarró mucho, pero siempre tenía esa libertad que me daba la poesía. Poesía y libertad para mí son sinónimos. Yo vivo más por dentro que por fuera. Y la poesía me ha acompañado en esa libertad».

Baquero es un verdadero maestro para los poetas jóvenes y no tan jóvenes de Cuba y de fuera de ella. Él, que no se siente exiliado pues su capacidad interior le permite sentirse en la Isla, saborear sus platos y hacer alguna consulta a Lezama, dedicó su libro Poemas invisibles a todos esos jóvenes que lo primero que hacen cuando llegan a Madrid es tratar de ser recibidos por el Poeta. Para bien de su poesía, la política no ha podido encontrar resquicio alguno por donde colarse. Ha apartado todo atisbo de mensaje panfletario o panegírico de esa índole, pues entiende que la política es algo efímero y está siempre por debajo de la poesía. Su decidida entrega por lograr espacios de diálogo es más que loable, como se pudo apreciar del 21 al 25 de noviembre de 1994, durante las sesiones del encuentro celebrado en Madrid con el título La isla entera. En el plano poético ya existen algunos resultados positivos de esa invocación que más de un disgusto ha generado en intransigentes de una u otra orilla: Me refiero a la primera antología de la última década, compilada por León de la Hoz y publicada en Madrid bajo el título La poesía de las dos orillas (1959-1993). Esta obra trae entre sus páginas una amplia muestra de poetas cubanos, donde quiera se encuentren residiendo.

-16-

España ha sido siempre una referencia para Baquero. Ya desde su más tierna infancia, en su Banes natal, tomó contacto con los vínculos entre España y el Nuevo Mundo cuando se enteró que el señor con rostro adusto en el retrato colgado en la Casa Municipal no era sino Hernán Cortés, el primer alcalde de su pueblo. En la escuela colgaba el retrato de Pablo Iglesias.

Llegó a la península por vez primera en 1944 para participar en un encuentro en torno a la obra de Cervantes, con una ponencia sobre Sancho Panza. Es el año de 1959 cuando deja su Isla entrañable para no volver hasta ahora. Atrás quedó una notable actividad periodística como redactor jefe de El Diario de la Marina y su participación en las cercanías de Orígenes. Se instala en Madrid, trabaja en el Instituto de Cultura Hispánica, en Radio Exterior de España y reinicia sus colaboraciones en la prensa.

Una buena parte de los poemas de Baquero aparcan la solemnidad de las ortodoxias para condensarse en una devastadora ironía y un humor propiciador del asombro poético. Tienen un humorismo sugerente, revelador. Hay un imperio de la sonrisa, que se debe al intelecto y al ritual.

Comprobamos la capacidad de hacer sonreír en su desenfado optimista, con su chispeante verso. Baste con leer los poemas «Luigia Polzelli mira de soslayo a su amante, y sonríe», «Oscar Wilde dicta en Montmartre a Toulouse-Lautrec la receta del cocktail bebido la noche antes en el salón de Sarah Bernhardt», «Pavana para el Emperador», «Charada para Lidia Cabrera», «Plegaria del padre agradecido» o «Manuela Sáez baila con Giuseppe Garibaldi el rigodón final de la existencia».

Habría que estudiar con mayor detenimiento este aspecto. Puede ser trabajo de investigadores más empecinados. Yo solo digo que no es conveniente tratar de explicar lo inexplicable, cuando se sabe con certeza que es imposible acceder al secreto último del talento creador. Quedan los poemas para que el lector los lea y valore. Eso es lo que quiere alguien llamado Gastón Baquero, un poeta con mayúsculas, un poeta de prolongada y memoriosa andanza.

Sólo me resta agregar, siguiendo a Teresa de Jesús: «No sé de dónde pude merecer tanto bien».

Alfredo Pérez Alencart
Universidad de Salamanca

-17-

Sobre esta edición

Poesía Completa reproduce en buena parte los libros y poemas publicados en las primeras ediciones. No habiendo sido posible contar con el libro Poemas que Gastón Baquero publicó en 1942 y del que no conserva ningún ejemplar, se utilizó la antología Diez poetas cubanos (1937-1947), dada a conocer por Cintio Vitier en 1948, que incluye los poemas de Baquero en las páginas 111 a 146. Cuando la presente edición estaba por entrar a imprenta, la buena fortuna quiso que Fina García Marruz y Cintio Vitier pasaran por Salamanca y revisando el índice de la obra, comprobaran la ausencia de un poema constantemente presente en los recuerdos del autor: «Creo recordar que uno de mis primeros poemas consistía en una retahíla de preguntas: era una pura y cándida interrogación sobre el misterio de la rosa en el jardín. Ahora caigo en la cuenta que no he hecho en la vida otra cosa que preguntar, y reproducir después lo que me ha parecido ser una respuesta». Fue gracias a ellos, que guardan un ejemplar de esa edición, como ahora podemos incluir el poema «¿Qué pasa, qué está

pasando...». También en este bloque se ha incorporado el poema «Canta la alondra en las puertas del cielo», publicado en la revista Orígenes, núm. 1, La Habana, 1944, pp. 9-11.

Poemas escritos en España se incorpora de acuerdo con la edición de Magias e invenciones (1984). Tampoco existen cambios en el libro Memorial de un testigo, que sigue la edición de 1966. Poemas africanos, escrito en 1974, fue publicado en Magias e invenciones, respetándose esa edición. «Ciervo en la muerte», poema que se publicó en Poemas invisibles, se incluye ahora como último trabajo del bloque titulado Magias e invenciones.

-18-

«Himno al Doncel de Sigüenza», escrito en 1975 e inédito hasta ahora, se coloca al final de Poemas Invisibles (1991). Se publican seis poemas inéditos de reciente época, bajo el título de Otros poemas invisibles. En la segunda parte de la obra, titulada El álamo rojo en la ventana, de especial interés para estudiosos o no, se publican cincuenta y dos poemas inéditos y nueve publicados -con alguna errata importante, ya corregida- en la revista Credo, de la Cátedra de Estudios Cubanos del Instituto Superior de Arte, La Habana, año I, octubre 1993, pp. 18-24. Estos poemas comprenden el espacio temporal 1935-1942.

-19-

Bibliografía

Libros de poesía de Gastón Baquero

Poemas, La Habana, 1942.

Saúl sobre su espada, La Habana, Ediciones «Clavileño», 1942.

Poemas escritos en España, Madrid, «Cuadernos Hispanoamericanos», 1960.

Memorial de un testigo, Madrid, Ediciones Rialp, colección «Adonais», 1966.

Magias e invenciones, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984. (Recoge su producción anterior y cerca de cincuenta nuevos poemas).

Poemas invisibles, Madrid, Editorial Verbum, 1991.

Autoantología comentada, Madrid, «Signos», 1992.

El álamo rojo en la ventana (1935-1942), inédito.

Otros poemas invisibles (1992-1994), inédito.

Estudios sobre la poesía de Baquero (selección)

JESÚS J. BARQUET: «La poética de Gastón Baquero», Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, núm. 496, octubre 1991, pp. 121-128.

FRANCISCO BRINES: «La poesía como salvación de la inocencia», en

Celebración de la existencia. Homenaje internacional al poeta cubano Gastón Baquero, coordinado por Alfonso Ortega Carmona y Alfredo Pérez Alencart, Salamanca, Ediciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1994, pp. 29-33.

SANTIAGO CASTELO: «Gastón Baquero, un poeta universal», en Celebración de la existencia. Homenaje internacional al poeta cubano Gastón Baquero, pp. 63-68.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA: «Gastón Baquero o la sabrosa poesía del mestizaje», en Celebración de la existencia. Homenaje internacional al poeta cubano Gastón Baquero, pp. 19-27.

-20-

CARLOS CONTRAMAESTRE: «Gastón Baquero, poeta de Tres Mundos», El Diario de Caracas, 27 de abril de 1993.

LUIS FRAYLE DELGADO: «Vitalismo en la obra poética de Gastón Baquero», en Celebración de la existencia. Homenaje internacional al poeta cubano Gastón Baquero, pp. 51-62.

SALVADOR GARMENDIA: «Un silencio llamado Gastón», Imagen Latinoamericana, núm. 100-104, mayo de 1993, Caracas, p. 4.

JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ: Diez años de poesía española, Madrid, 1972.

JOSÉ PRATS SARIOL: «Gorostiza, Baquero, los misterios», Imagen Latinoamericana, núm. 100-104, mayo de 1993, Caracas, pp. 32-35.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO: «Magias de Gastón Baquero», en Celebración de la existencia. Homenaje internacional al poeta cubano Gastón Baquero, pp. 35-42.

—. «Proyección de un origenista: Las invenciones de Gastón Baquero», Revista Unión, La Habana, núm. 18, enero-marzo 1995, pp. 40-44.

FRANCISCO UMBRAL: «Gastón Baquero», El Mundo, 13 de febrero de 1994, última página.

LUIS ANTONIO DE VILLENA: «Versos de magia y belleza», Fin de siglo, Cádiz, Segunda época, núm. 2, noviembre-diciembre 1992, p. 12.

CINTIO VITIER: Lo cubano en la Poesía, La Habana, 1958, pp. 484-498.

Entrevistas

FELIPE LÁZARO: Conversación con Gastón Baquero, Betania, 1987 (2.^a edición aumentada y revisada, 1994), Madrid, pp. 75.

CARLOS ESPINOZA DOMÍNGUEZ: «La poesía es magia e invención», Imagen Latinoamericana, núm. 100-104, mayo de 1993, Caracas, pp. 20-25.

MARCO ANTONIO CAMPOS: «Entrevista con Gastón Baquero», Poesía, núm. 4, Nueva época, invierno 1993, UNAM, México, pp. 90-95.

ÁNGEL GONZÁLEZ JEREZ: «En la luz de la palabra», La Gaceta de Canarias, 15 de marzo de 1994, pp. 30-31.

Poemas de Baquero en antologías

Su obra ha sido incluida, entre otras, en las siguientes antologías: Diez Poetas Cubanos (La Habana, 1948), en Cincuenta Años de Poesía Cubana 1902-1952 (La Habana, 1952), ambas de Cintio Vitier; en Poesía Cubana Contemporánea. Un ensayo de Antología (Nueva York, 1967) de Humberto López Morales; en La última poesía cubana (Madrid, 1973) de Orlando Rodríguez Sardiñas; en Antología de la poesía hispanoamericana (México, 1985) de Juan Gustavo Cobo Borda; en Poesía Cubana Contemporánea (Madrid, 1986) y Poetas Cubanos en España (Madrid, 1987) ambas de Felipe Lázaro; en Noche insular. Antología de la Poesía Cubana (Barcelona, 1993) de Mihály Dés; en Una fiesta innombrable (México, 1993) de Nedda G. de Anhalt y Manuel Ulacia y en las antologías alemanas Lyrik aus Latinamerika de Curt Meyer Classon y Scwarzer orpheus de Janiz Jahn. Cabe destacar que ya en 1957 el reconocido crítico Caillet-Bois incluyó la obra de Baquero en su clásica antología de poesía hispanoamericana publicada en Buenos Aires.

El poema

Explicación:

En la obra de todo autor hay siempre una página que se toma por emblemática. El poema de G. B. «Palabras escritas en la arena por un inocente», que él escribiera en 1941 al pie de unas líneas de Lady Gregory en uno de sus dramas, marcó indeleblemente toda la obra posterior del autor. Por eso abrimos con él esta suma de la poesía completa de Gastón Baquero.

Palabras escritas en la arena por un inocente

I

Yo no sé escribir y soy un inocente.
Nunca he sabido para qué sirve la escritura y soy un
inocente.
No sé escribir, mi alma no sabe otra cosa que estar

viva.

Va y viene entre los hombres respirando y existiendo.

Voy y vengo entre los hombres y represento seriamente el
papel que ellos quieren:
Ignorante, orador, astrónomo, jardinero.

E ignoran que en verdad soy solamente un niño.
Un fragmento de polvo llevado y traído hacia la tierra
por el peso de su corazón.
El niño olvidado por su padre en el parque.
De quien ignoran que ríe con todo su corazón, pero jamás
con los ojos.
Mis ojos piensan y hablan y andan por su cuenta.
Pero yo represento seriamente mi papel y digo:
Buenos días, doctor, el mundo está a sus órdenes, la
medida exacta de la tierra
es hoy de seis pies y una pulgada, ¿no es ésta la medida
exacta de su cuerpo?
Pero el doctor me dice:
Yo no me llamo Protágoras, pero me llamo Anselmo.
Y usted es un inocente, un idiota inofensivo y útil.
Un niño que ignora totalmente el arte de escribir.
Vuelva a dormirse.

II

Yo soy un inocente y he venido a la orilla del mar,
Del sueño, al sueño, a la verdad, vacío, navegando el sueño.

-26-

Un inocente, apenas, inocente de ser inocente, despertando
inocente.

Yo no sé escribir, no tengo nociones de lengua persa.

¿Y quién que no sepa el persa puede saber nada?

Sí, señor, flor, amor, puede acaso que sepa historia de la
antigüedad.

En la antigüedad está erguido Julio César con Cleopatra en los
brazos.

Y César está en los brazos de Alejandro.

Y Alejandro está en los brazos de Aristóteles.

Y Aristóteles está en los brazos de Filipo.

Y Filipo está en los brazos de Ciro.

Y Ciro está en los brazos de Darío.

Y Darío está en los brazos del Helesponto.

Y el Helesponto está en los brazos del Nilo.

Y el Nilo está en la cuna del inocente David.

Y David sonríe y canta en los brazos de las hijas del Rey.

Yo soy un inocente, ciego, de nube en nube, de sombra a sombra

levantado.
Veo debajo del cabello a una mujer y debajo de la mujer a una rosa y debajo de la rosa a un insecto.
Voy de alucinación en alucinación como llevado por los pies del tiempo.
Asomado a un espejo está Absalom desnudo y me adelanto a estrecharle la mano.
Estoy muerto en este balcón desde hace cinco minutos lleno de dardos.
Estoy cercado de piedras colgado de un árbol oyendo a David.
Hijo mío Absalom, hijo mío, hijo mío Absalom!
Nunca comprendo nada y ahora comprendo menos que nunca.
Pero tengo la arena del mar, sueño, para escribir el sueño de los dedos.
Y soy tan sólo el niño olvidado inocente durmiéndose en la arena.

III

«Yo soy el más feliz de los infelices».
El que lleva puesto sombrero y nadie lo ve.
El que pronuncia el nombre de Dios y la gente oye:
-27-
Vamos al campo a comer golosinas con las aves del campo.
Y vamos al campo aves afuera a burlarnos del tiempo con la más bella bufonada.
Pintando en la arena del campo orillas de un mar dentro del bosque.
Incorporando las biografías de hombres submarinos renacidos en árboles.
Atalía interrumpe todo esfuerzo gritando hacia los cielos traición, traición!
Nos encogemos de hombros y hablamos con los delfines sobre este grave asunto.
Contestan que se limitan a ser navíos inesperados y tálamos de ruiseñores.
Que lo dejen vivir en todo el mar y en todo el bosque.
Escalando los delfines los árboles y las anémonas.
Comprendo y sigo garabateando en la arena.
Como un niño inocente que hace lo que le dictan desde el

cielo.

IV

Bajo la costa atlántica.
A todo lo largo de la costa atlántica escribo con el
sueño índice:
Yo no sé.

Llega el sueño del mar, el niño duerme garabateando en
la arena,
escucha, tú velarás, tu estarás, tú serás!
«Sí, es Agamenón, es tu rey quien te despierta,
Reconoces la voz que golpea en tus oídos».
¿Por qué vas a despertarle rey de las medusas?
¿Qué vigilas cuando todos duermen y no estás oyendo?
Las cúpulas despiertas. Las interminables escaleras de
la memoria.
Oye lo que canta la profunda medianoche:
Reflexiona y tírate en el río.
De la mano del rey tírate en el río.
Nada como un amigo para ser destruido.
Prepárate a morir. Invoca al mar. Mírame partir.
Yo soy tu amigo.

-28-

No! Si yo soy tan sólo un niño inocente.
Uno a quien han disfrazado de persona impura.
Uno que ha crecido de súbito a espaldas de su madre.
Pero nada comprendo ni sé, me muevo y hablo
Porque los otros vienen a buscarme, sólo quisiera
Saber con certidumbre lo que pasó en Egipto
Cuando surgió la Esfinge de la arena.
De esta arena en que escribo como un niño
Epitafios, responsos, los nombres más prohibidos.
Escribiendo su nombre y borrándolo luego,
Para que nadie lea, y los peces prosigan inocentes.
Y los niños corran por las playas sin conocer el nombre
que me muere.

V

«Qué soy después de todo sino un niño,
Complacido con el sonido de mi propio nombre,
Repitiéndolo sin cesar,
Apartándome de los otros para oírlo,
Sin que me canse nunca?».

Escribo en la arena la palabra horizonte

Y unas mujeres altas vienen a reposar en ella.
Dialogan sonrientes y se esfuman tranquilas.
Yo no puedo seguirlas, el sueño me detiene, ellas van
por mis brazos
Buscando el camino tormentoso de mi corazón.
El horizonte guarda los amigos perdidos, las naves
naufragadas,
Las puertas de ciudades que existieron cuando existió
David.

brazos,
Yo no comprendo nada, yo soy un inocente.
Pero los dejo irse temblando por el camino de los

Sangre adentro, centellas silenciosas,
Ahora los escucho platicar por las venas,
-29-
Fieles, suntuosamente humildes, vencidos de antemano.
Hablan de las antiguas ciudades, hablan de mujeres
esfumadas, gritan y corren apresurados.

Esta mano de un rey me pertenece.
Esta Iglesia es mi casa. Son mis ojos
Quienes la hacen alta y luminosa. Aquel torso
Que sirve de refugio a un bienamado pueblo de palomas
Escapado ha de mí. Han escrito una letra de mi nombre
En las tibias espaldas de aquel árbol. ¿Quién es esta
mujer?
La oigo mis verdades. Ella conoce elpreciado alimento.
Va inscribiendo mi nombre sobre sepulcros olvidados.
Ella conoce la destreza de amor con que se yergue
Dentro de mí un cuerpo esplendoroso. Ella vive por mí.
¿Cómo responde cuando soy llamado? ¿Cómo alcanza
A su terrible boca el alimento que deparado fuera a mis
entrañas?
Ahora comprendo que su cuerpo es el mío.
Yo no termino en mí, en mí comienzo.
También ella soy yo, también se extiende,
Oh muerte, oh muerte, mujer, alma encontrada,
¿Qué vigilas cuando todos duermen?
Oh muerte, feliz inicio, campo de batalla,
Donde las almas solas, puras almas, ya no se mueren
nunca,
También se extiende hacia su extraña playa de deseos
Esta frente que en mí es destruida por ardientes deseos
de otra frente.

Bajo este murmullo de guerreros por dentro de las venas

Pienso en los tristes rostros de los niños.
Pienso en sus conversaciones infantiles y en que van a morir.
Y pienso en la injusticia de que no sean niños eternamente.

Y una voz me contesta:
Eres el más inocente de los inocentes.

-30-

Apresúrate a morir. Apresúrate a existir. Mañana sabrás todo.

A su oído infantil, a su inercia, a su ensueño,
Bufón, rojo anciano, sabio dominante, le dirás la verdad
Diciendo tus verdades, bufón, anciano dominante, sabio de Dios, alerta.

Mañana sabrás todo. Mañana. Duerme, niño inocente, duerme hasta mañana.

Le mostrarás el polvoriento camino de la muerte, anciano dominante,

Bufón de Dios, poeta.

To-morrow, and to-morrow, and to-morrow,
Creeps in this petty pace from day to day,
To the last syllable of recorded time;
And all our yesterdays have lighted fools
The way to dusty death: Out, out, brief candle!

Bufón de Dios, arrójate a las llamas, que el tiempo es el maestro de la muerte.

Y tú no estás, ya nadie te recuerda el cuerpo ni la sombra.

Hoy eres el bufón, que se levanta y ríe, padre de sus ficciones, sabio dominado.

Levántate sobre la última sílaba del tiempo que recordamos, levántate, terrible

y seguro, imponiendo tu sombra a la luz de la vida.

Life's but a walking shadow, a poor player
That struts and frets his hour upon the stage,
And then is heard no more; it is a tale
Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing.

Mañana sabrás todo.

Vuelve a dormirte.

La vida no es sino una sombra errante,
Un pobre actor que se pavonea y malgasta su hora sobre
la escena,
Y al que luego no se le escucha más, la vida es
-31-
Un cuento narrado por un idiota, un cuento lleno de
sonido y de furia,
Significando nada.

Vuelve a dormirte.

VI

Estoy soñando en la arena las palabras que garabateo en la
arena con el sueño

índice:

Amplísimo-amor-de-inencontrable-ninfa-caritativo-muslo-de-sirena.

Éstas son las playas de Burma, con los minaretes de Burma, y
las selvas de

Burma.

El marabú, la flor, el heliógrafo del corazón. Los dragones
andando de puntillas porque duerme San Jorge.

Sóñar y dormir en el sueño de muerte los sueños de la muerte.

Danos tiempo para eso. Danos tiempo. Tú eres quien sueña
solamente.

«No. Yo no sueño la vida,
Es la vida la que sueña a mí,
y si el sueño me olvida,
he de olvidarme al cabo que viví».

VII

Andan caminando por las seis de la mañana.

¿Querría usted hacer un poco de silencio?

La tierra se encuentra cansada de existir.

Día tras día moliendo estérilmente con su eje.

Día tras día oyendo a los dioses burlarse de los hombres.

Usted no sabe escucharla, ella rueda y gime.

Usted cree que escucha las campanas y es la tierra quien gime.

Recoja sus manos de inocente sobre la playa.

-32-

No escriba. No exista. No piense.
Ame usted si lo desea, ¿a quién le importa nada?
No es a usted a quien aman, compréndalo, renuncie gentilmente.
Piense en las estrellas e invéntese algunas constelaciones.
Hable de todo cuanto quiera pero no diga su nombre verdadero.
No se palpe usted el fantasma que lleva debajo de la piel.
No responda ante el nombre de un sepulcro. Niéguese a morir.
Desista. Reconcilie.
No hable de la muerte, no hable del cuerpo, no hable de la
belleza.
Para que los barcos anden,
«Para que las piedras puedan moverse y hablar los árboles».
Para corroborar la costumbre un poco antigua de morirse,
Remonten suavemente las amazonas el blanco río de sus
cabellos.

VIII

inocente.
«Yo soy el mentiroso que siempre dice su verdad».
Quien no puede desmentirse ni ser otra cosa que
Yo soy un niño que recibe por sus ojos la verdad de su
inocencia.
Un navegante ciego en busca de su morada, que tropieza
en las rocas vivientes del cuerpo
humano, que va y viene hacia la tierra bajo el peso
agobiante de su pequeño corazón,
Quien padece su cuerpo como una herejía, y sabe que lo
ignora.
Quien suplica un poco más de tiempo para olvidarse.
La mano de su Padre recogéndolo piadosa en medio del
parque.
Sonriendo, sollozando, mintiendo, proclamando su nombre
sordamente.
Bufón de Dios, vestido de pecado, sonriendo, gritando
bajo la piel, por su fantasma venidero.
Amor hacia las más bellas torres de la tierra.
Amor hacia los cuerpos que son como resplandecientes
afirmaciones.
Amor, ciegamente, amor, y la muerte velando y sonriendo
en el balcón de los cuerpos más hermosos.
-33-
Las manos afirmando y el corazón negando.

Vuelve, vuelve a soñar, inventa las precisas realidades.

Aduéñate del corazón que te desdeña bajo los cielos de
Burma.
Sueña donde desees lo que desees. No aceptes. No
renuncies. Reconcilia.
Navega majestuoso el corazón que te desdeña.
Sueña e inventa tus dulces imprecisas realidades,
escribe su nombre en las
arenas, entrégalo al mar, viaja con él, silente navío
desterrado.
Inventa tus precisas realidades y borra su nombre en las
arenas.
Mintiendo por mis ojos la dura verdad de mi inocencia.

IX

Estamos en Ceylán a la sombra crujiente de los
arrozales.
Hablamos invisiblemente la Emperatriz Faustina,
Juliano el Apóstata y yo.
Niño, dijeron, qué haces tan temprano en Ceylán,
Qué haces en Ceylán si no has muerto todavía.
Y aquí estamos para discutir las palabras del Patriarca
Cirilo,
Y hablaremos hebreo, y tú no sabes hebreo?

El emperador Constantino sorbe ensimismado sus refrescos
de fresa.
Y oye los vagidos victoriosos del niño occidente.
Desde Alejandría le llegan sueños y entrañas de aves
tenebrosas como la herejía.
Pasan Paulino de Tiro y Petrófilo de Shitópolis.
Pasan Narciso de Neronias, Teodoto de Laodicea, el
Patriarca Atanasio.
Y el Emperador Constantino acaricia los hombros de un
faisán.
Escucha embelesado la ascensión de Occidente.
Y monta un caballo blanquísimo buscando a Arlés.
El primero de Agosto del año trescientos catorce de
Cristo.
Sale el Emperador Constantino en busca de Arlés.
Lleva las bendiciones imperiales debajo de su toga,
Y el incienso y el agua en el filo de su espada.

-34-

Faustina me prestaba su copa de papel

Y yo bebía del vino que toman los muertos a la hora de dormir.
Pero no conseguían embriagarme
Y de cada palabra que decían sacaba una enseñanza.
El pez vencerá al Arquitecto,
Los hijos son consubstanciales con el padre.
Si descubren un nuevo planeta, habrá conflagraciones, y
renunciará a existir el Sínodo de Antioquía.

Y de todo salía una enseñanza.

Estamos en Ceylán a la sombra de los crujientes
arrozales.
Mujeres doradas danzan al compás de sus amatistas.
Niños grabados en la flor de amapola danzan briznas de
opio.
Y en todo el paraninfo de Ceylán las figuras del sueño
testifican:
¿Quién es ese niño que nos escribe en palabra en la
arena?
¿Qué sabe él quién lo desata y lanza?

Me prestaba su copa de papel.
El patriarca hablaba desde su estatua de mármol, con su
barba natural y voz de adolescente:
Preparaos a morir. La hora está aquí. Vengan.
Continuaba bebiendo el vino de los muertos y fingía
dormir.
El patriarca me ponía su manto para cuidarme del sueño.
Y oía su diálogo por debajo del vuelo, la voz enjorada
de Faustina, la voz de la estatua,
el vino de Ceylán, la canción de los pequeños
sacrificados en la misa de Ceylán.

¿Quién es ese niño que nos escribe en palabras en la
arena?
¿Qué sabe él quien lo desata y lanza?

Una voz contesta desde su garganta de mármol:
Dejadlo dormir, es inocente de todo cuanto hace,
Y sufre su sangre como el martirio de una herejía.

-35-

Dormir en la voz helena de Cirilo.
Con las soterradas manos de Faustina.
Dialogando interminablemente Juliano el Apóstata.

X

Echemos algunas gotas de horror sobre la dulzura del mundo.
Mira tu corazón frente a frente, piensa en la terrible belleza y renuncia.
Los ancianos ya tiemblan al soplo de la muerte.
Los ancianos que fueron también la belleza terrible,
Los que turbaron un día las débiles manos de un niño en la arena.
Ellos son los que tiemblan ya ahora al soplo de la muerte.
Piensa en su belleza y piensa en su fealdad.
Aún los seres más bellos conducen un fantasma.
Ellos son los que tiemblan ya ahora al soplo de la muerte.
Escapa, débil niño, a la verdad de tu inocencia.
Y a todos los que se imaginan que no son inocentes
Y adelantándose al proscenio dicen:
Yo sé.

Dejemos vivo para siempre a ese inocente niño.
Porque garabatea insensatamente palabras en la arena.
Y no sabe si sabe o si no sabe.
Y asiste al espectáculo de la belleza como al vivo cuerpo de Dios.
Y dice las palabras que lee sobre los cielos, las palabras que se le ocurren,
a sabiendas de que en Dios tienen sentido.
Y porque asiste al espectáculo de su vida afligidamente.
Porque está en las manos de Dios y no conoce sino el pecado.
Y porque sabe que Dios vendrá a recogerle un día detrás del laberinto.
Buscando al más pequeño de sus hijos perdido olvidado en el parque.
Y porque sabe que Dios es también el horror y el vacío del mundo.
Y la plenitud cristalina del mundo.
Y porque Dios está erguido en el cuerpo luminoso de la verdad como en el cuerpo sombrío de la mentira.

-36-

Dejadlo vivo
para siempre.

Y el niño de la arena contesta: ¡Gracias!
Y una voz le responde:

Sea Pablo,
Sea Cefas,
sea el mundo,
sea la vida,
sea la muerte,
sea lo presente,
sea lo por venir,
todo es vuestro:
y vosotros de Cristo,
y Cristo de Dios.

Vuelve a dormirte.

-37-

Primera parte
Magias e invenciones

Poemas anteriores a 1959
Poemas recogidos en «Diez poetas cubanos» de Cintio Vitier (1948)

-[38]- -39-

Canta la alondra en las puertas del cielo

(Para Ángel Gaztelu, Pbro.)

-Hark! Hark! The Lark at Heaven Sings....
Shakespeare

Canta la Alondra en las puertas del cielo sus arpas
infinitas.
Canta espacios de oro rindiéndose ante el alba en suaves
pasos.
Canta la Alondra la angélica alegría de los astros, canta el
coro de Dios.
Iluminando fuentes y tránsitos de estrellas en la carne del
cielo.

Quiero escuchar su trino lanzado a la dulce marea de las
nubes,
Con ese oído de nácar que tendrán los ángeles cuando padece el
corazón humano.
Yo sé que ella suplica el presto arribo de algunos seres
amados por mi alma.
Y quiero ayudarla un poco, y recojo su canto por encima de su
propia armonía.
Y ellos echan sus pasos a la noche prosiguiendo en belleza la
estela de la Alondra.
Y nada cesa de temblar y gemir en las puertas del cielo.

Canta la Alondra en alas divinales transformada, canta el
suplicio.
Por donde ahogándose en luz y en blanca música la lluvia se
detiene.
Canta la Alondra sobre el punto cimero, diamantino de
estrellas, incendiado.
En el albo resplandor de la Paloma, canta después del trono,
canta la gloria.
De Sagrados vellones luminosos, deslizados al Pórtico nevado
en alas del navío.

De dónde, de dónde viene esta garganta apretada de espumas
siderales.
Y este encaje deslumbrante que cuelga de su labio vibrando en
cada nota.
-40-
Yo pregunto de dónde, inquiero por el sitio original de todo
arpegio.
De dónde llega, cómo el viento lo hace posible huésped de los
mares.

Y cómo surge este público de rosas atendiendo el responso.
Y la oración de fuego que es el alba enlazada en la voz de la Alondra.
Aquí, aquí también resuena el canto de la Alondra, lejos del cielo divinal resuena,
Como una llamada urgente es escuchado, como alguien que dice palabras que le dicta
Un músico sapiente, un rey, un exigente dueño custodiado de flamígero coro.
Y aquí resuena sólo cuando es pura la noche y los deseos han sido despeñados.

Entre los blandos secretos de corderos, de abejas, de azucenas, se escucha el tremolar.
Canta la Alondra aquí detrás de cada sombra salvada en el Paráclito.
Y hay diminutas antorchas delicadamente asidas al mirar de los niños,
Y resuenan las manos dolorosas de espuma, librándole senderos de esa lira de nieve.
Y contemplo mi alma cotidianamente asombrada de belleza.
Y la dejo partir, la desdeño sin llanto, como una piedra irremediadamente inscripta de blasfemia.
Y pienso en el rostro de Santa Flora y escucho los sonidos,
Y en el mancebo ignorado que ofreciera en el Huerto la espada de su cuerpo
Y escucho los sonidos, y el gorjear perfumado de algún lejano ángel que me vela impasible.

Canta la Alondra el éxtasis que asciende y no retorna.
Así, apacible, lenta, como la frente de un penitente cayendo en el regazo de Dios, asciende.
Yo la siento gemir en un remoto pasado de mi alma.
Yo la gusto, errante, anclada en aquel signo de Dios que no ha partido todavía.
Erguida, así, la escucho y la contemplo, en el fragmento de ángel que me espera por detrás de la muerte.

-41-

Y la escucho cantar en los breves instantes en que ese rostro amado refulge y me confunde.
E ignoro si es posible tenerla por testigo de este doliente anhelo.
Y he aquí que entrego irremisiblemente mi alma al cristalino lecho de su canto.

Qué decir en esta circunstancia que no impregne los labios de alegría.

Yo recojo mi cuerpo en el silencio y me dispongo a morir
escuchando.
Escucho cómo ascienden los seres bien amados de mi alma en pos
de ese conjuro.
¡Oh Alondra! Penetra en voz de enigma por la clara ventana de
su cuerpo,
Hechizando sus ojos con los propios ensalmos que derramas en
extáticos lirios.
Penetra, ¡oh dulce Alondra!, su corazón amado, su pequeño
recinto de gacelas,
Con los rostros más bellos, con los gestos ocultos en el
límpido giro de los astros.
¡Escucha! Los címbalos del cielo despertados renuevan la
alborada.
Como un gesto de Dios los trinos son llevados a enmudecido
canto.
Y tu voz no ha cesado sobre el rostro de los serafines.
Y qué gran silencio pones debajo de mi sangre.

Soneto a las palomas de mi madre

A vosotras, palomas, hoy recuerdo
Decorando el alero de mi casa.
Componéis el paisaje en que me pierdo
para habitar el tiempo que no pasa.

La más nívea de ustedes se posaba
a cada atardecer sobre un granado
y nevando en lo verde se quedaba
mientras pasase tarde por su lado.

-42-

Fuisteis la nieve alada y la ternura.
Lo que ahora sois, oh nieve desleída,
levísimo recuerdo que procura

rescatar por vosotras mi otra vida,
es el pasado intacto en que perdura
el cielo de mi infancia destruida.

Sintiendo mi fantasma venidero

Sintiendo mi fantasma venidero
bajo el disfraz corpóreo en que resido,
nunca acierto a saber si vivo o muero
y si sombra soy o cuerpo he sido.

Camino la ciudad, la reconstruyo
día tras día contemplando en vano;
luego vuelvo a perderla, luego huyo
protegiendo mi ensueño con la mano.

Y me tropiezo a mí, me reconozco
lleno de muerte, en sombra construido;
y sé que no soy más, pregunto, y no conozco

otro saber que el no saber sentido
por el muerto futuro que conduzco
bajo el disfraz corpóreo en que resido.

-43-

Génesis

Sus rodillas de piedra, sus mejillas
frescas aún de la reciente alga;
sus manos enterradas en la arcilla
que el cuerpo oscuro hacia la luz cabalga;

y su testa nonata todavía, blanda silla
de recóndita luz, de espera larga,
fue ascendiendo detrás de la semilla
ida del verbo a la región amarga.

Ciego era Adán cuando la augusta mano
le impartió su humedad al rostro frío.
Por el verbo del agua se hizo humano,

por el agua, que es llanto en desvarío,
se fue mudando hacia el jardín cercano
e incendió con su luz el astro frío.

Nacimiento de Cristo

Por darle eternidad a cuanta alma
en hombre, flor o ave se aprisiona,
sustancia eterna ya brindose en palma
salvando del martirio a la paloma.

La blanca sombra y el gentil aroma,
que sus carnes exhalan; y la calma
de angustias plena que la frente asoma,
alma sin par desnudan en su alma.

-44-

Siendo recién venido eternidades
a sus ojos acuden en tristeza.
Ya nunca sonreirá. Hondas verdades

ciñéndole en tinieblas la cabeza,
van a ocultar su luz, sus potestades,
mientras en sombras la paloma reza.

Preludio para una máscara

El rocío decora los restos de un naufragio
Donde sólo la muerte palpita débilmente.
Los astros ya no agitan sus tiernas cabelleras
Sobre el rostro invisible que decora el rocío.

Sin color se adelanta por la muerte un recuerdo
Que aprisiona en sus alas la forma que mi cuerpo
Tendrá cuando sea el tiempo de que la muerte quede
Enterrada en el rostro que decora el rocío.

Yo no quiero morirme ni mañana ni nunca,
Sólo quiero volverme el fruto de otra estrella;
Conocer cómo sueñan los niños de Saturno
Y cómo brilla la tierra cubierta de rocío.

Algo visible y cierto me arrastra por el alma
Hasta un balcón vastísimo donde nada aparece.
Allí me quedo inmóvil escuchando que muero;
Presintiendo aquel rostro que decora el rocío.

El árbol que mi sombra levanta cada día
Sediento de los cielos devora sus raíces;
-45-
Toca en las puertas blancas del naufragio lejano
Y florece en el rostro que decora el rocío.

Con el sol que solloza por la muerte que un día
Le hará rodar oscuro debajo de la tierra,
De súbito ilumina mi estancia venidera
Donde deslumbra el rostro que decora el rocío.

No soy en este instante sino un cuerpo invitado
Al baile que las formas culminan con la muerte.
Dondequiera que al tiempo me disimulo o niego
Surge radiante el rostro que decora el rocío.

Ahora me reconozco como un huésped que llega
A una estación extraña a pasar breves días.
Mi patria se desnuda serena entre las nieblas:
Su extensión es el rostro que decora el rocío.

No importa que la muerte sea una nieve eterna
Que a la forma en el tiempo aprisiona y exige.
Un valle silencioso florece en mi recuerdo,
Y siento que a mi rostro lo decora el rocío.

Versos para un grabado de Durero

El caballero

Un caballero es alguien
que se opone al pecado.

Sale con paso de aventura
en busca del origen de su alma.
Sale hacia el sol,
dialogando con el múltiple espejo
del rocío.
Conoce la clara fisonomía
de cada estrella.
Ha sido huésped nemoroso
de cada árbol.
Ha templado su arma bendecida
en cada amanecer.

Un caballero es alguien
que se opone al pecado,
que requiere su espada
y despliega sus armas,
ante el malicioso rostro,
ante la incitación perfumada
de una doncella, cuyo pecho
resguarda los ámbitos del Paraíso.

El caballero avanza
ceñido por las ramas.
Su mirada es más fría
que su espada. Arde su corazón.

-47-

Su memoria persigue
los parajes extensos,
las sombras que atestiguan
un pasado más puro que los cielos.

El Caballero avanza por el bosque.
Los mirlos le siguen, le acompaña

el silencio de las ramas, y el aire.
Busca el lugar que canta
en el bosque remoto. Avanza
como un trémulo azor hacia el pecado.

El diablo

Resuenan sus pensamientos.
Combaten sus ojos cristalinos
con la más dura imagen del pecado.
Algo tiende sus frutos y procura
arrebatar su alma bajo el bosque:
es el diablo el que canta entre las ramas.

El diablo es la alegría
que entrega llanto y ríe.
Es el perfume que alarga una rosa
cuyo centro está hecho de tinieblas.
Es la campana que anda sola recorriendo el bosque,
y suena como un canto inocente, de llanto y risa.

El caballero escucha,
requiere sus armas,
atraviesa veloz las ramas,
ora.

-48-

El caballero sigue por el bosque.
Alguien lo llama aún con voz muy poderosa.
Trina el diablo, retiñe su campana, su cascabel
persigue, su risa avanza.

El caballero escucha: está lejos la sombra.
No hay música tan pura como el silencio.
No hay palacio tan puro como las ramas.
Su caballo comienza a encantarse, el aire
se viste de una serena música, corporal, cristalina:
el caballero avanza hacia la muerte.

La muerte

La muerte es el soldado
perpetuo del Señor.

Cuando alguien hiere
la mirada que nunca se fatiga
ella viene a volverlo
ser único del mundo ante esos ojos.

Cuando alguien deja hundir su sueño
detrás del propio cuerpo,
ella viene a golpearle
amorosa los hombros,
y descubre un viajero
más despierto y profundo.

Cuando alguien olvida
su existencia,
ella viene y desgrana
en lugar suyo
-49-
la melodía abierta del ascenso;
esparce como el agua por el suelo
el lento descender,
el ir arriba.

Cuando es llamada
por aquél que no puede con su alma,
se oculta entre la malla de los días;
luego se cubre el pecho
con su coraza negra,
y armada de su lanza,
su caballo y su escudo,
se arroja inesperada
entre la hueste erguida.
Tala sin ruido
lo pesado y lo leve.
No pregunta ni escucha.
Trabaja y parte
hacia otro ser,
único en el mundo,
que la espera aunque duerma,
que la espera y despierta
para encontrarse solo

ante su cuerpo abierto,
sin secreto y sin mundo
delante del Señor.

Ella atraviesa el tiempo
como atraviesa el polvo los espacios.
Sus combates
renacen el instante en que los cielos
sin peso fueron levantados
y fueron destruidos.

-50-

Para ella las flores,
el adiós, la sonrisa,
la aflicción que no acierta,
lo hiriente y lo amoroso.

Para ella el olvido,
el no mirarla nunca
destruir el espejo,
devorar el silencio,
arrinconar el mundo.

Para ella los brazos,
los metales más puros,
los signos, el lamento,
que todo esto alcanza
a dejar que su canto
penetre hasta las hondas
claridades del cuerpo.

La muerte es el soldado
perpetuo del Señor.

Cada muerto es de nuevo
la plenitud del mundo.
Por cada muerto habla
la piedad del Señor.
Aquella que nos busca
debajo de lo oscuro,
la que nos pone en llamas
otra vez como el día
en que los cielos fueron
creados y deshechos,
es la siempre perdida,
la siempre rechazada,
pero la siempre entera,
corporal, cristalina,
memoria del Señor.

El Caballero rinde
sus armas a la muerte.
Su corcel se arrodilla
lentamente en el aire.
Las ramas tienden
hacia el cielo su alma,
cantan a su gloria,
le entregan al Señor.

1940

Testamento del pez

Yo te amo, ciudad,
aunque sólo escucho de ti el lejano rumor,
aunque soy en tu olvido una isla invisible,
porque resuenas y tiembles y me olvidas,
yo te amo, ciudad.

Yo te amo, ciudad,
cuando la lluvia nace súbita en tu cabeza
amenazando disolverte el rostro numeroso,
cuando hasta el silente cristal en que resido
las estrellas arrojan su esperanza,
cuando sé que padeces,
cuando tu risa espectral se deshace en mis oídos,
cuando mi piel te arde en la memoria,
cuando recuerdas, niegas, resucitas, pereces,
yo te amo, ciudad.

Yo te amo, ciudad,
cuando descienes lívida y extática

-52-

en el sepulcro breve de la noche,
cuando alzas los párpados fugaces
ante el fervor castísimo,
cuando dejas que el sol se precipite
como un río de abejas silenciosas,
como un rostro inocente de manzana,

como un niño que dice acepto y pone su mejilla.

Yo te amo, ciudad,
porque te veo lejos de la muerte,
porque la muerte pasa y tú la miras
con tus ojos de pez, con tu radiante
rostro de un pez que se presiente libre;
porque la muerte llega y tú la sientes
cómo mueve sus manos invisibles,
cómo arrebata y pide, cómo muerde
y tú la miras, la oyes sin moverte, la desdeñas,
vistes la muerte de ropajes pétreos,
la vistes de ciudad, la desfiguras
dándole el rostro múltiple que tienes,
vistiéndola de iglesia, de plaza o cementerio,
haciéndola quedarse inmóvil bajo el río,
haciéndola sentirse un puente milenario,
volviéndola de piedra, volviéndola de noche
volviéndola ciudad enamorada, y la desdeñas,
la vences, la reclinas,
como si fuese un perro disecado,
o el bastón de un difunto,
o las palabras muertas de un difunto.

Yo te amo, ciudad
porque la muerte nunca te abandona,
porque te sigue el perro de la muerte
y te dejas lamer desde los pies al rostro,
porque la muerte es quien te hace el sueño,
-53-
te inventa lo nocturno en sus entrañas,
hace callar los ruidos fingiendo que dormitas,
y tú la ves crecer en tus entrañas,
pasearse en tus jardines con sus ojos color de amapola,
con su boca amorosa, su luz de estrella en los labios,
la escuchas cómo roe y cómo lame,
cómo de pronto te arrebata un hijo,
te arrebata una flor, te destruye un jardín,
y te golpea los ojos y la miras
sacando tu sonrisa indiferente,
dejándola que sueñe con su imperio,
soñándose tu nombre y tu destino.
Pero eres tú, ciudad, color del mundo,
tú eres quien haces que la muerte exista;
la muerte está en tus manos prisionera,
es tus casas de piedra, es tus calles, tu cielo.

Yo soy un pez, un eco de la muerte,
en mi cuerpo la muerte se aproxima
hacia los seres tiernos resonando,
y ahora la siento en mí incorporada,
ante tus ojos, ante tu olvido, ciudad, estoy muriendo,
me estoy volviendo un pez de forma indestructible,
me estoy quedando a solas con mi alma,
siento cómo la muerte me mira fijamente,
cómo ha iniciado un viaje extraño por mi alma,
cómo habita mi estancia más callada,
mientras descansas, ciudad, mientras olvidas.

Yo no quiero morir, ciudad, yo soy tu sombra,
yo soy quien vela el trazo de tu sueño,
quien conduce la luz hasta tus puertas,
quien vela tu dormir, quien te despierta;
yo soy un pez, he sido niño y nube,
por tus calles, ciudad, yo fui geranio,
bajo algún cielo fui la dulce lluvia,
-54-

luego la nieve pura, limpia lana, sonrisa de mujer,
sombbrero, fruta, estrépito, silencio,
la aurora, lo nocturno, lo imposible,
el fruto que madura, el brillo de una espada,
yo soy un pez, ángel he sido,
cielo, paraíso, escala, estruendo,
el salterio, la flauta, la guitarra,
la carne, el esqueleto, la esperanza,
el tambor y la tumba.

Yo te amo, ciudad,
cuando persistes,
cuando la muerte tiene que sentarse
como un gigante ebrio a contemplarte,
porque alzas sin paz en cada instante
todo lo que destruye con sus ojos,
porque si un niño muere lo eternizas,
si un ruiseñor perece tú resuenas,
y siempre estás, ciudad, ensimismada,
creándote la eterna semejanza,
desdeñando la muerte,
cortándole el aliento con tu risa,
poniéndola de espalda contra un muro,
inventándote el mar, los cielos, los sonidos,
oponiendo a la muerte tu estructura
de impalpable tejido y de esperanza.

Quisiera ser mañana entre tus calles
una sombra cualquiera, un objeto, una estrella,

navegarte la dura superficie dejando el mar,
dejarlo con su espejo de formas moribundas,
donde nada recuerda tu existencia,
y perderme hacia ti, ciudad amada,
quedándome en tus manos recogido,
eterno pez, ojos eternos,
sintiéndote pasar por mi mirada

-55-

y perderme algún día dándome en nube y llanto,
contemplando, ciudad, desde tu cielo único y humilde
tu sombra gigantesca laborando,
en sueño y en vigilia,
en otoño, en invierno,
en medio de la verde primavera,
en la extensión radiante del verano,
en la patria sonora de los frutos,
en las luces del sol, en las sombras viajeras por los muros,
laborando febril contra la muerte,
venciéndola, ciudad, renaciendo, ciudad, en cada instante,
en tus peces de oro, tus hijos, tus estrellas.

Octubre

Octubre está escalando sereno la ventana.
Fugándose a ese ardiente corazón del estío.
Desborda silencioso el fruto de su cuerpo.
Vuelve a golpear sin ruido los cristales oscuros
Donde ya nadie asoma su rostro ni su anhelo.
Golpea, trémulos dedos y pecho indiferente.
El inerte perfume que aún guardan las ventanas.
Sus blancas vestimentas desperézanse lentas
En torno a un pez de fuego que retorna al vacío.

Octubre asciende lento la pálida ventana.
Navecillas hialinas le transportan veloces
En los hombros del aire angustioso de Octubre.
En están los peregrinos sentados en la niebla
Con sus guantes dorados y barbas escarlatas.
Trinan en la arboleda los adioses solares
Confundiendo la forma en turbias floraciones.

-56-

Los árboles recogen sumisos el cabello
Y hasta la mar se tiende sobre el mar de la niebla.

Regresan los ausentes con su pálida música.
Población delicada de errantes girasoles
Acude dialogando sus oros con la niebla.
Todo el espacio inunda sus coros de pisadas
Breves como la tierna vibración del sonido.
Ellos vienen callados, envueltos por la bruma
De su extraña costumbre nacida sobre el cielo.
Son aquellos que han ido a reclinar sus frentes
En las altas columnas de un templo inextinguible.

Octubre está escalando sereno la ventana.
Se pierden en la sombra postreros ruseñores
Que alzaron al verano sus puentes de armonía.
Hacia el sitio en que estuvo la extinta mariposa
Una tímida niña conduce sus deseos.
¿Quiénes son éstas sombras más altas que la sombra,
Impenetrables miradas que rodean serenas
El compás presuroso y el canto destruido?
Nada queda en la tierra a no ser la ventana.

Aquí están con el nombre angustioso de Octubre.
La memoria se acerca temblando a la ventana
Y espera a los ausentes que el silencio conduce.
Por todas partes llegan noticias de la muerte.
¿Sabes que ya no existe aquel que amó los días
Con una voz más tierna que el llanto de un anciano?
¿Que ya no existe nunca, que ya más nunca existe?
Soñando geometrías de angélicos recintos,
La memoria rehuye los ausentes de Octubre.
Pueblan los peregrinos los oscuros cristales.
Son ellos, los recuerdos nacidos en belleza de Octubre.

-57-

Ahora sólo aparecen envueltos en sus nieblas
Con sus puros contornos de seres que no existen.
Aquí están sonriendo ante el horror del aire.
Son ellos, los oídos eternos de la muerte,
Los que ascienden tranquilos la belleza de Octubre
Con vibrantes caricias e inmóviles recuerdos.

Que vuelvan a sus nieblas sin penetrar la sombra!
Un paisaje compuesto de pequeños rosales,
Una tenue sonrisa al paso de los días,
Una señal menuda sobre el pecho del astro,
Y un adiós a estas sombras eternamente idas.
Mas ellos, los ausentes, al borde de este nombre
Infinito y tranquilo que es el nombre de Octubre.

Son ellos los que habitan la pálida ventana:
Nada puede borrarlos su resonante ausencia.

Dialogan girasoles sus oros con la niebla.
Ya están en la memoria, fundidos al olvido
Que existe sin descanso laborando en la sangre.
Yo vuelvo a la ventana a esperar los ausentes.
Son ellos quienes dicen por mí lo que yo ignoro,
La recóndita mano que sostiene a mi vida
Encima de un abismo poblado de vacíos.
Voy a quedarme inmóvil escuchando sus voces
Aún cuando navegue los fuegos del deseo.

Cuán lejanos parecen al sentirlos naciendo
Sucesión de existencias liberadas de muerte.
Por el cielo de Octubre cruza un ave sagrada,
Una clara vigilia que destruye al espectro
De todo oculto llanto y ansiedad y agonía.
Ellos están dormidos en el recinto oscuro,
Son la lumbré escondida, la señal destinada
-58-
A inaugurar senderos eternos donde el alma
Construye eternamente su invisible morada.

Y aún después que transcurra toda la muerte mía,
La belleza de Octubre bañará las ventanas.
Ascensiones serenas hacia el pecho de un astro
Siguiendo peregrinos, produciendo esa música
Tan llena de silencios que este nombre convoca.
Como el brazo de un hombre que despide a su amada
Regresaré en el aire unido a los ausentes.
Vendremos con Octubre silencioso y solemne
A golpear las ventanas ardientes del verano.

Saúl sobre su espada

¡Oh rey Saúl, vencido de Dios, lejano fundador de la sangre
que niega, porque tu nombre es puesto contra el espejo
sagrado, y como negador eres visto, tú el desvalido todavía,
el dejado muerto con su nieve, y víctima fuiste de lo que
murió en torno tuyo antes que tú, porque eres de los que al
morir ya han muerto todo, evoca a la Pitia de Endor, tráenosla

de nuevo!

I.S 31

1 Cr 10

Busca las cenizas de sus hijos
Nubes ya, áspero polvo, vencidos.
La arrogante cabeza de Jonathan llorada por David
Reluciente como una camelia fiera y dulce.
Y Melquisúa su más pequeña estrella
Temblando de amor bajo su paso hasta las bestias
Custodiado de ángeles durante veinte años
Melquisúa primerizo en batalla inerte ahora.

-59-

Y el más bello hijo de todos los padres Abinadab
Guerrero desde la cuna grave como un azahar
Abinadab amado de los árboles esposo silencioso
Que entraba en la batalla tenebrosamente sonriente
Y encantaba con su rostro el temblor y el gusto de la muerte.

Busca las cenizas de sus hijos
Detrás de todo cuerpo derribado.
Ya alcanza con la frente el duro cielo de las murallas
Golpéase las sienes con sus nubes
No guerrero ni rey más padre puro
Resonando en sus huesos un millar de llantos
Gimiendo por todos sus cabellos
E inclinándose paso a paso hacia el rastro de sus hijos
Vuelve sin cesar el torrente de sus brazos
Hacia la negra lluvia de cuerpos enemigos.
Sobre un paisaje resplandecido de muerte
Busca las cenizas de sus hijos.
Compulsando los desconocidos ojos
Las desconocidas figuras de los yacientes que no son más
Separando con todo su cuerpo la borboteante marea de cuerpos
Hasta comenzar a adivinarles en el punto más alto del combate
Donde la batalla canta infernalmente su libertad de sangre
Viéndoles arder desde lejos en hogueras de un fuego
inextinguible adivinados como estatuas en la ternura del trigo
Los hijos enhiestos ayer torres de la más clara porcelana
Nubes ya, áspero polvo, vencidos,
Como vivas espadas o ríos inmortales como tres reyes
De un imperio comenzado en el mar empuñando la esfera
Reyes de toda tierra donde florezcan hombres de batalla
Como tres danzas o altares.

Como tres danzas o altares abatidamente arrasados por el polvo
Empapando la tierra con el manar de esa sangre que los
alimentaba

-60-

Cenizas con sólo morírseles los arrogantes cuerpos
Para la seca tierra cenizas de metales más finos que el agua
Oyéndola alegrarse tierra de singular bautizo
Mirando que por todo el planeta va y viene un tenue polvo
escarlata
Abrazándose al aire sembrándolo de estatuas bañándolo de

música

Y después del aire a la quietud del mundo tres altares o
danzas.

Tres danzas entre el perfumado flamear de las estrellas
Como tres danzas o altares abatidamente arrasados por el

polvo.

Sobre el triduo de arcos de sus nombres
Busca las cenizas de sus hijos.
Tres frutos de granado henchidos de simiente
Cesándole la muerte la grana de su manto
Sonriendo la muerte como un guerrero eternamente fiel a su rey
Sintiéndola reírse en las bocas cortadas de sus hijos
Vuelto estéril de pronto por la sombra avanza
Destallando las carnes que engendrara
Ciego e igual ante los cuerpos idos pavor del cielo inerte
A despeñado mar o ciudad desnuda de paredes
Pidiendo ya en silencio los cuerpos de sus hijos
Padre hasta olvidar las nieblas del trono y de su pecho
Volviéndose hacia el aire más denso de la tierra
Busca las cenizas de sus hijos.

Reposa Jonathan con la espada aún ardiendo entre las manos
Y es David quien aparece sostenido por su cuello
Y mirándole es el rostro de David el que se mira
Con toda la frente colmada por el llanto del ausente
David después de las montañas como una reposada melodía
Alejado en el reino donde las sombras andan
Y se escucha a David gemir junto al difunto
Amado añorado también por el metal
Rendido Jonathan por una amante espada
Rindiéndose hacia tierra bajo el amor de las espadas
Mientras la sangre llueve durante todo un día

-61-

Entregado a la tierra en el inmóvil lecho de los trigos
Y David asomado a la sombra de su cabello
Como el silencio oculto en el trepidar de la batalla

Asomado al balcón inerme de los ojos
Con el cortejo de liras y fúnebres salterios
David en torno de la boca derribada
Apoyándose vibrante sin levantar su voz sólo lamento
Y Saúl contemplándole
Navegando el color y el cuerpo de la tierra
Y el navío humillado de su propio corazón
Que lanza su amor por encima de las nubes
Y sólo entre el silencio navega su amor hacia las nubes
Como el humo blanquísimo de un cuerpo incinerado
Y sobre el hombro del cuerpo derribado aparece la sombra de
una mano
Y levanta Saúl el cuerpo destruido
Hacia la furia tranquila de las llamas.
No guerrero ni rey mas padre puro
Volviéndose hacia el aire más denso de la tierra
Después del blanco humo
De la blanca escritura dada al cielo
Con un labrado puente de eternidades
Vuelve Saúl al campo de batalla
Buscando las cenizas de sus hijos.

Un címbalo asordado una centella
Anunciada en el cielo como un reino
Luces ocultas bajo el párpado espeso de la noche
Con tan sólo el clamor lejano del combate
Busca las cenizas de sus hijos.

En brazos de un guerrero
En los petrificados brazos de un guerrero
La más pequeña estrella se acomoda.
Hay un coro de lanzas enlazadas
Florecidas de súbito las lanzas
Como naranjos henchidos de floraciones
-62-
Y Saúl contemplándole sin latidos ni labios ni gritos

ululantes

Cuando entre las ramas de ese árbol
Sin un cuerpo que lanzar hacia el combate
Cual nueva llama o instrumento de venganza
Entre las tristes ramas de ese árbol
Dormido ya de un sueño inextinguible
Y Saúl contemplándole
Arrancándole al pecho del guerrero su más eterno llanto
Poniéndole a la tierra un sabor de amistad destruida
Un rencor de partir hacia nunca
Rasgando con los labios el jardín de sus años
Mientras la sangre llueve durante todo un día

Con los ojos hundidos en la verde cabeza de su hijo
Evocando los peces y la gloriosa sonrisa
Las delicadas torres de sus hombros y el perfil de la danza
Saúl levanta lentamente el ofertorio de sus brazos
Y entrega el corazón callado de su estrella
A la furia tranquila de las llamas.

Comienza la batalla a disipar su cuerpo
Debajo de las frentes de sus hijos.
Un golpe de asombrada desventura o mar de héroes
Hacia otros mundos parte.
La ciudad es la llama del silencio
Golondrina a solas en la más remota luna
Deshecha suavemente de plumas y de duelo
Bajo el fluir del llanto
Busca las cenizas de sus hijos.

Debajo de la muerte henchida de amapolas
Debajo del sonido del llanto de la muerte
Debajo aún donde la tierra ignora a los guerreros
Donde nunca la estrella se detuvo
Un cuerpo un árbol una estación purísima del año se disuelve.
El más bello hijo de todos los padre Abinadab
-63-
Abinadab esposo silencioso grave como un azahar
Con el pecho postrado en lo sombrío
Golpeando con su sueño de muerte la desesperación de la muerte
Vencido al fin devuelto al reino perpetuo de la desesperación
Tiritando y cayendo bajo la playa ilimitada
Abinadab esposo silencioso de la muerte
Debajo de los cuerpos yacientes de la esfera
Debajo de las nieblas sollozantes
Debajo del metal cubierto de tinieblas
Solo solemne muerto
Y Saúl contemplándole
Arrancando a sus ojos la postrera desolación

Sonriendo de pronto libre a solas con su alma
Hundido en las cenizas de sus hijos
Retrocediendo no guerrero ni rey mas padre puro
Muriendo ante su risa los árboles los peces remotos
Los últimos relumbres de la hoguera
Muriendo todo lo tierno y todo lo amoroso ante su risa
Ante el duro disfraz de su llanto
Retrocediendo y mirando y sonriendo
Evocando la gloria tendida del combate
Hundido en las cenizas de sus hijos

Con el cuerpo de oro con la última forma viva de su carne
Abinadab celeste sideral mensajero de la muerte
Y Saúl contemplándole
Irremediablemente huérfano de hijos
Se inclina sonriendo hacia la muerte
Levanta sonriente el cuerpo final de su esperanza
Y lo entrega callado triunfante sonriendo
A la furia tranquila de las llamas.

Vuelve prendido de la muerte
Dialogando de pronto con la muerte
Soñando con su espada

-64-

Busca las cenizas de su cuerpo
Nube ya, áspero polvo, vencido.

Un centinela augusto velando a las estrellas
Con el silencio vivo que la muerte mantiene
Con el cuerpo cubierto de heridas luminosas
Firme y sereno muerto velando a las estrellas
Sobre la planicie sembrada de insepultos
Junto a la encarnada tienda del vencido
Con el cuerpo cubierto de heridas luminosas
Ante la noche muerta que finaliza el mundo
Con la espada en sus manos de muerto fidelísimo
Velando despertando en medio de su muerte
Para velar erguido debajo de la estrella
Volviendo de la muerte al escuchar los pasos de su rey
Debajo de la tierra encima de la muerte
Se ve envuelto por la nube gimiente
Por el pecho que pide el calor de la espada
Y el guerrero se vuelve de espaldas al monarca
Niega entregar la muerte niega su espada muerta
Parte silencioso bajo el cielo sombrío.

Busca las cenizas de su cuerpo
Sombra ya, muerto ya, vencido.
Perdido en la llanura oscura de la muerte
Solo solemne muerto
Padre más solitario que todos los muertos
Huérfano de simiente eternamente muerto
Avanza hacia su espada gigantesco y hermoso
Procurando un combate inclinando sus manos de gigante
Hacia la flor tiernísima del sueño.

Acompañado apenas de sí mismo avanza hacia su espada

Con las estrellas creándole faz de moribundo

-65-

Iluminando su vuelta hacia la muerte

Las estrellas ávidas de muerte

Levantadas del cielo vigilantes

Guiándole la sombra hasta la espada

Hasta el lecho delgado donde la muerte anchísima se asoma

Donde una estrella sola le espera y le conduce

Nube ya, áspero polvo, vencido,

Sombra ya, muerto ya, vencido,

Hacia el sitio en que nada se devuelve.

Jabes la que él salvara inaugura el incendio de sus cenizas

Jabes ciudad tejida por la espada y el fuego

Ciudad donde la muerte ordena sus legiones

Donde el dolor habita el sitio de las rosas

Donde Saúl un día nació para la lumbre

Golpeando con su pecho el rostro de la luna cuajado de saetas

Donde un humo tranquilo sonoro libertado

Sella la destrucción de cuerpos de reinos de ciudades

Con la furia tranquila de las llamas.

-66-

¿Qué pasa, qué está pasando...

a Fina García Marruz

Qué pasa, qué está pasando siempre debajo del jardín
que las rosas acuden sin descanso.

Qué está pasando siempre bajo ese oscuro espejo
donde nada se oculta ni disuelve.

Qué pasa, qué está pasando siempre debajo de la sombra
que las rosas perecen y renacen.

Que nunca se desmiente su figura,
que son eternas sombras, idénticos recuerdos

Qué está pasando siempre bajo la tierra oscura
donde la luz levanta rubias alas

y se despliega límpida y sonora.

Qué está pasando siempre bajo el cuerpo secreto de la rosa
que no puede negarse al cielo temporal de los jardines,
que no puede evitar el ser la rosa, precisa voluntad, sueño visible.

Qué pasa, qué está pasando siempre sobre mi corazón
que me siento doliéndole a la sombra,

estorbándole al aire su perfil y su espacio.
Y nunca accedo a destruir mi nombre,
y no aprendo a olvidarme, y a morir lentamente sin deseos,
como la rosa límpida y sonora que nace de lo oscuro.
Que se inclina hacia el seno impasible de la tierra
confiando en que la luz la está esperando, creándose la luz,
eternamente fija y libertada bajo el cuerpo secreto de la rosa.

-67-

Poemas posteriores a 1959

Poemas escritos en España (1960)

-[68]- -69-

Canciones de amor de Sancho a Teresa

Sancho, basto por fuera, fino por dentro, cayó enamorado de Teresa cuando apenas contaba dieciocho años. Ella iba por los quince, era amiga de la infancia, vecina, compañerita en hurtar nidos y panales. Ahora, cuando esta fiebre, le iban y venían a Sancho por la cabeza unas locuras, unas alegrías y unas tristezas, que a él mismo lo dejaban alelado y como tonto sin cura. Era la enfermedad de Amor, pero él no lo sabía. Sobre el corazón de la rústica moza -rosa silvestre, manzana blanquirrosa- caía el silencio de su enamorado, que no acertaba a decir en palabras, en canciones, de sus ensueños y de sus fiebres.

¿Cómo fueron aquellas nonatas canciones de amor, aquellas mudas endechas que Sancho joven enviaba desde su silencio a Teresa? Bello sería que los poetas más próximos al sentir del fino Sancho interior hurgasen su propia imagen de aquel instante, de aquellos raptos puros, que vieron derramarse del pecho roto y encendido el canto sin palabras, la mudez clamorosa del amor. Aquí se escorzan, se abocetan, unas incitaciones, unos balbuceos de aquel cántico oloroso a pan y a romero, que debió salir del corazón riente y brincador de Sancho cuando fue herido, llenándose de gozo como un cervatillo, por las flechas de Amor.

-70-

- I -

La mariposa

Teresa:
traía para ti,
entre las manos,
una mariposa.

Era roja, era azul,
era oriblanca,
era tan linda,
que al verla bajo el sol
esta mañana,
quise que la tuvieras
o al menos la miraras.

Traía para ti,
lleno de contentura
aquella mariposa
que aleteaba en mis manos
como un pajarito.
¡Quería verte la cara
cuando vieras saltar
sobre tu falda
aquella mariposa!

Pero ya junto a tu casa
vi otra mariposa
sola, amarilla, y verde,
parecía estar triste
como un hombre sin novia,
y pensé si sería
la novia de la mía:

-71-

y abriendo las mis manos
dejé que se escapara
la oriblanca, la azul,
la roja mariposa;
y las dos se volaron,
y juntas fueron a quererse
perdidas por el cielo.

La luz del día

Anoche la luna
sobre tu casa
demoró tanto en irse
que yo entendía
estaba allí esperando
que tu salieras
a conversar conmigo
por ser de día.

Y como no saliste
ni de mí acordaste,
y quedé yo sufrido
y ella vio que lloraba,
trajo hacia sí unos nublos
renejidos y grandes;
y entonces nochecía,
y yo ya no sufría,
porque ahí recordaba
que tú sólo apareces
cuando hay luz del día.

-72-

- III -

Canción

¡Toda mi miel
y toda mi delicia!
¡Toda mi infantil
malicia!
¡Toda alegría
y todo desazón!
¡Todo mi pequeño solar
junto al pino!
¡Todo lo que es noble
y todo lo que es fino,
con el alma toda
y todo el corazón!

- IV -

La rosa

Taiada está la rosa
con tu cintura:
yo no sé si es más linda
que tú la rosa.
Pero al mirarla creo
que todavía
es tu color más vivo
que el de su cara.
Y que la rosa piensa,
cuando te acercas,
que tú eres la rosa
y ella la rama.

-73-

- V -

Celos

No quiero que mires
al Illán de Vargas.
Si te da quesillos,
si la miel te lleva,
si los berros frescos
en tu casa deja,
no quiero que mires
al que va diciendo
que tú eres su novia
y yo su burlanza.

Si me das desdenes
por Illán de Vargas,
romperé a puñadas

la cerca de piedras,
y echaré a los aires
a esos pajaritos
que tanto tú quieres:
el sacre de nieve
y el neblí de llama.

No quiero que mires
al Illán de Vargas,
o tendré que irme
de nuevo a las cuevas
¡a purgar desdenes
con ciruelas pasas!

-74-

-VI -

Las estrellas

¡Cuántas estrellas anoche!
¡Yo las veía tan claras y cercanas
como higos de cristal, como frutillas azules!
Me parecía, Teresa,
que todas las estrellas te miraban
con la misma alegría con que te miran
los ojos de mi alma.

Bocarriba en el campo,
solos la tierra y yo con las estrellas,
yo ponía mis ojos
en el pueblo de ojillos azulosos
que desde arriba podía contemplarte
con tantos ojos como estrellas tiene
el cielo blanco.

¿O serán las estrellas
las orejas del cielo,
por donde arriba oyen
tu cantar cuando hilas
o tu risa en el baile?

¿O serán las estrellas
como un sarpullido
que en la piel del cielo
provoca rasquiñas,
y comezón, y ansias,
y por eso titilan
y brincan las estrellas?

-75-

No: son ojos las estrellas,
son miradas, son fiestas.
Yo anoche bien veía
que estaban contentas y felices,
como quien puede mirar desde un collado
a una moza llamada Teresa
mientras va por la cabra
o recoge azucenas.

Y yo quería tener, yo deseaba
tantos ojos como tiene el cielo
para verte con ellos. Yo me sentía
el cuerpo hecho un acerico
de estrellas y de ojos.
Por la piel
me picaban y corrían
todas las estrellas.
¡Pudiera yo ser cielo
y eternamente verte
con los innumerables ojos
de mis estrellas!

- VII -

Ausente conmigo

Me dejaste omisiado
bajo la parra;
fue a darme rabieta,

rabia que rabia,
pero sentí de pronto
una cigarra.

Y salta que te salta,
-76-

canta que canta,
me fuí a buscarla
entre las ramas,
para oír las voces
de tu garganta.

Rebullendo en los gajos
de aquella parra,
so las alas de oro
de la cigarra,
saltaba el canto,
salta que canta,
y yo riendo,
ríe que salta,
y yo saltando,
canta que salta,
busca que busca
a la cigarra,
te sentía conmigo
bajo la parra.

- VIII -

El bululú

El domingo, Teresa,
rompen las fiestas.
Tamborines vienen
y flautas traen
los de la zampona
y el farantán.

Al alba la campana
con despertarte,

-77-

dejará que el tomillo
entre a buscarte;

trompeticas de oro
harán ruido divino,
y los que citarizan
sones con armonía,
como tu primo Nembro,
como tu primo Elino,
golpearán tu ventana
cantando a porfía.

Con mi camisa limpia
iré a buscarte;
con mis botas de fiesta
iré a bailarte;
con los alamares
de mi chaleco
iré a escoltarte
por toda la pradera
junto a tu vera.

Y después de la misa
y tras el yantar,
cuando ya la tarde
diga a llegar,
bajaremos al pueblo
donde la fiesta
estará rompiendo
junto al corral.
Cogidos de la mano,
pegaditos yo y tú,
como el cuerpo y la sombra,
como el ala y el vuelo,
pasaremos la tarde
-78-
ante el bululú.
Tú llorarás de pena
cuando a la infanta
se la lleven los moros
para hechizarla;
y yo daré patadas
contra la tierra
por no poder seguir
al que la salva.
Sacarán los muñecos
de Trapisonda;
saldrán los gaiferos
y las lisandras,
mientras gritan mozos
y vihuelas suenan,

y afuera hay panderos
y corren las jacas,
pero en tanto, yo y tú,
seguiremos pasmados
ante el bululú.

¡Vengan maravillas,
y magos, y damas,
príncipesas, moras,
merlinas, egitanas!
¡Canten menestriales
y viva el laúd,
y viva el tambor,
y Lindabridis baile,
y dancemos yo y tú
cuando rompa su danza
el del bululú!

-79-

Notas a estas cartas de Sancho

Canción.- Se trata, como el lector podrá advertir, de una traducción con muy ligeras variantes, del rondelet de Ronsard «toda mi miel y toda mi delicia», porque tiene sabor campesino. Este rondelet fue puesto en música por Roland Manuel.

La rosa.- Taiada: ajustada.

Celos.- En la canción de Lope titulada «Murmuraban al poeta la parte donde amaba, por los versos que hacía», aparecen estos versos: «Que Amor es un compuesto de accidentes. -A quien los celos dan chanzas corrientes. -Y Fénix de sus brasas, purga desdenes con ciruelas pasas». Ese sacre y ese neblí, con otras aves que aparecen en otras canciones de esta serie, están tomados de Góngora; lo mismo quesillos.

Las estrellas.- En la bella obra de Luis Vélez de Guevara, «La luna de la sierra», aparecen estos curiosos versos: «que orejas son las estrellas, por donde los cielos oyen».

La idea de que las estrellas son un sarpullido del cielo, no es de Sancho, es... de Hegel.

El final de este poema es una traducción -una retraducción- del epitafio de Platón a Aster. Se ha traducido del texto inglés compuesto por Shelley, y dice: «Tú, desde tu estrella -sabrás quién es mi estrella-. ¡Oh, pudiera yo ser cielo -y eternamente verte- con los innumerables ojos -de mis estrellas!».

Ausente conmigo.- Omisado: olvidado. Como taiada, aparece en poemas del siglo XV.

El Bululú.- Sancho era muy amigo de cómicos, Recitantes los llama, y píntaselos a Don Quijote como gentes de mucha influencia y boato en el

vestir. Pocas «compañías» debió ver mientras joven, y posiblemente su deleite era el curioso bululú, actor único que hacía con su verbo y sus gestos cuanto podía por narrar toda una obra.

Farantan es una corrupción adrede que hago de farante, faraute.

«Trompeticas de oro», no hay que decirlo, es de la letrilla famosa de Góngora popularizada por Lope en «No son todos ruseñores», y glosada por el propio Góngora.

«Los que citarizan» y lo que sigue, viene de una estrofa del extenso poema «Aquí comienzan los romances con glosas y sin ellas: y este primero es el -80- Romance de Parnaso glosado por Juan González de Rodil», contenido en la Segunda Parte del Cancionero General, Zaragoza, 1552. (Edición Rodríguez-Moñino). Dice así la estrofa textualmente:

Vi a Dardano troezino
otro segundo que orfeo
afabula y mercurino
zeco: tamires elino
nenbro jubal timoteo
y otros que citarizavan
sones de mucha armonía
y en los ratos que paravan
las nueve musas cantavan
versos de gran poesía

Aquí probablemente hay un Favila, del mismo apellido que el Mercurino. Todos tienen puesto primero el apellido y luego el nombre. El verbo citarizar lleva de la mano a decir cosas bastante horribles como éstas: «arpizando estaba la ninfa», «pianizaba la niña sobre la tarde», «él, violiniza, y ella, muere», etc.

Memorial de un testigo (1966)

Memorial de un testigo

I

Cuando Juan Sebastián comenzó a escribir la Cantata del
café,

yo estaba allí:
llevaba sobre sus hombros, con la punta de los dedos,
el compás de la zarabanda.

Un poco antes,
cuando el señorino Rafael subió a pintar las cameratas
vaticanas
alguien que era yo le alcanzaba un poquito de blanco
sonoro bermejo,
y otras gotas de azul virginal, mezclando y atenuando,
hasta poner entre ambos en la pared el sol parido otra
vez,
como el huevo de una gallina alimentada con azul de
Metilene.

¿Y quién le sostenía el candelabro a Mozart,
cuando simboliteaba (con la lengua entre los
dientecillos de ratón)
los misterios de la Flauta y el dale que dale al
Pajarero y a la Papagina?
¿Quién, con la otra mano, le tendía un alón de pollo y
un vasito de vino?
Pero si también yo estaba allí, en el Allí de un Espacio
escribible con mayúsculas,
en el instante en que el Señor Consejero mojaba la pluma
de ganso egandino,

-84-

y tras, tras, ponía en la hojita blanda (que yo iba
secando con acedera meticulosamente)
Elegía de Marienbad, amén de sus lágrimas.

Y también allí, haciendo el palafrenero,
cuando hubo que tomar de las bridas al caballo del Corso
y echar a correr Waterloo abajo. Y allí de prisa, un
tantito más lejos, yo estaba
junto a un hombre pomuloso y triste, feo más bien y no
demasiado claro,
quien se levantó como un espantapájaros en medio de un
cementerio, y se arrancó diciendo:
Four score and seven years ago.
Y era yo además quien, jadeante, venía (un tierno gamo
de ébano corre por las orillas de Manajata)
de haber dejado en la puerta de un hombre castamente
erótico como el agua,
llamado Walterio, Walterio Whitman, si no olvido,
una cesta de naranjas y unos repollos morados para su
caldo,

envío secretísimo de una tía suya, cuyo rígido esposo no consentía tratos con el poco decente gigantón oloroso a colonia.

II

Ya antes en todo tiempo yo había participado mucho.
Estuve presente
(sirviendo copazas de licor, moviendo cortinajes,
entregando almohadones, cierto, pero estuve presente),
en la conversación primera de Cayo Julio con la Reina del Nilo:
una obra de arte, os lo digo, una deliciosa anticipación del psicoanálisis y de la radioactividad.

La reina llevaba cubierta de velos rojos su túnica amarilla,
y el romano exhibía en cada uno de sus dedos un topacio descomunal, homenaje frustrado a los ojos de la Asombrosa Señora. ¿Quién, quién pudo engañarle a él, tan sagaz, mintiéndole el color de aquellos ojos?

-85-

Nosotros en la intimidad la decíamos Ojito de Perdiz y Carita de Tucán,
pero en público la mencionábamos reverentemente como Hija del Sol y Señora del Nilo,
y conocíamos el secreto de aquellos ojos, que se abrían grises con el albor de la mañana,
y verdecían lentamente con el atardecer.

III

Luego bajé a saltos las escaleras del tiempo, o las subí, ¡quién sabe!
para ayudar un día a ponerse los rojos calzones al Rey Sol en persona,
(la música de Lalande nos permitía bailar mientras trabajábamos):

y fui yo quien en Yuste sirvió su primera sopita de ajos
al Rey,
ya tenía la boca sumida, y le daba cierto trabajo
masticar el pan,
y entré luego al cementerio para acompañar los restos de
Monsieur Blas Pascal,
que se iba solo, efectivamente solo, pues nadie murió
con él ni muere con nadie.
¡Ay las cosas que he visto sirviendo de distracción al
hombre y engañándole sobre su destino!
Un día, dejadme recordar, vi a Fra Angélico descubrir la
luz de cien mil watios,
y escuché a Schubert en persona, canturreando en su
cuarto la Bella Molinera.

No sé si antes o después o siempre o nunca, pero yo
estaba allí, asomado a todo
y todo se me confunde en la memoria, todo ha sido lo
mismo:
un muerto al final, un adiós, unas cenizas revoladas,
¡pero no un olvido!
porque hubo testigos, y habrá testigos, y si no es el
hombre será el cielo quien recuerde siempre
que ha pasado un rumoroso cortejo, lleno de vestimentas
y sonatas, lleno de esperanzas
y rehuyendo el temor: siempre habrá un testigo que verá
convertirse en columnilla de humo
lo que fue una meditación o una sinfonía, y siempre
renaciendo.

-86-

IV

Yo estuve allí,
alcanzándole su roja peluca a Antonio Vivaldi cuando se
disponía a cantar el Dixit,
yo estuve allí, afilando los lápices de Mister Isaac
Newton, el de los números como patitas de mosca,
y unos días después fui el atribulado espectador de
aquel médico candoroso
que intentaba levantar una muralla entre el ceñudo
portaestandarte Cristóbal Rilke
y la muerte que él, dignamente, se había celosamente
preparado.

Sobre los hombros de Juan Sebastián,
con la punta de los dedos, yo llevaba el compás de la
zarabanda. Y no olvido nada,
guardo memoria de cada uno de los trajes de fiesta del
Duque de Gandía, pero de éstos,
de estos rojos tulipanes punteaditos de oro, de estos
tulipanes que adornan mi ventana,
Ya no sé si me fueron regalados por Cristina de Suecia,
o por Eleonora Duse.

Rapsodia para el baile flamenco

Dialogar con la muerte es la hermosa imprudencia
de quienes aprenden a cantar desde la cuna al borde del abismo.
El canto y la danza también pueden ser fervorosos rituales de la
desesperanza,
escuelas de lo terrible pobladas de una infancia hipnotizadas por
los ojos de la madre,
los ojos de una fascinada mujer que a su vez viene rodando por los
siglos,
con su encantamiento amarrado a la cintura, y quiere arrojarlo de
sí,
-87-
con palmas, con gemidos, con arranques de un fuego que prende
otro fuego más hondo, para evitar el imperio de la ceniza en el
alma,
y levantar la sangre hasta los rostros de los santos de papel.
La danza puede ser el idioma perdido de unos dioses,
la señal arrojada a la noche desde un faro hundido en el infierno,
la invitación a rugir de protesta y de odio contra el acabamiento
humano,
la llamada al disfrute de placeres absolutamente baldíos, pero
gratos por ello,
la plegaría burlona ante ídolos que perdieron todo su poder,
y son ahora piedrecillas azotadas por la danza.
Ese canto que viene de más allá de las entrañas,
este canto aprendido junto al muro de los cementerios,
este canto guardado entre sus vísceras por los errantes hijos de
David,
este disfraz del llanto de las sinagogas, que lleva siglos
resonando,
este canto hecho de milenios de mendicidad, de pavor y de
adulterios,

este lamento que es un río de belleza y de sangre vertida por el amor prohibido,
este canto que es un hombre en fuga, un criminal acorralado,
un violador de niñas a la sombra del nardo, alguien
a quien el destino persigue con sus perros más feroces,
este canto y esta danza, hermanos gemelos de la muerte,
hijos de la calavera, sonidos del bailete que el diablo ensaya todos los días
a las puertas del cielo,
esta danza y este canto, esta belleza golpeadora en el bajo vientre,
estas
victorias, elevan al hombre hasta más allá del glorioso desdén por la muerte, lo mantean.
como a un polichinela humanizado por el impuro amor a la hetairas,
y esparcen y derraman la blanca sangre de la fecundación,
y al final lo entregan rendido a la orgullosa posesión del vacío;
esta danza y este canto, estas alucinaciones, estos esqueletos de carnosas grupas,
por los siglos, estos misteriosos gatos egipcios que saltan entre los brazos en arco y muerden la cintura
-88-

de los bailarines, estas agrias flechas de lascivia contra el San Sebastián
que las contempla, este aquelarre ardiendo entre los muslos, y a la postre,
después de los altos himnos paganos a la carne, después del rostro contraído por el
miedo a la muerte, después de la pasión crispada y anhelante, del llanto denunciado
en las tenebrosas guitarras, esta danza y este canto se pierden en el vientre
de la noche, vuelan hacia los recónditos cementerios, y agazapados quedan; este canto
y esta danza, hasta mañana, hasta mañana otra vez, hasta siempre y más siempre, hasta mañana.

Cuando los niños hacen un muñeco de nieve

Cuando los niños hacen un muñeco de nieve,
Ellos no saben que juegan a Dios,
Autorizados por Dios.

Desde el seno de la cellisca sonrío el Señor,
Y aporta nuevos ramos de nieve, más blanca a cada instante,
Para hacer los brazos del ente, las orejas, la frente

De ese muñeco que acaba por erguirse en la vastedad de la
nieve,
Igual que un hombre sale de las manos de Dios.

Cuando los niños hacen un muñeco de nieve,
Una vez satisfechos y plenos como el mismo
Padre de todas las criaturas,
Lo abandonan gentiles a su nuevo destino,
Y queda sorprendido de ser para siempre una sombra arrojada a
la nieve,
Aquel a quien los niños dejan como un centinela perdido en el
desierto.

-89-

Palabras de Paolo al hechicero

Ma se a conoscer la prima radice del nostro amor tu hai
cotanto affetto...

DANTE, *Inferno*, C. V.

No hay para nosotros una marcha nupcial,
Ni muestran una alianza de oro nuestras manos.
Nosotros reunimos nuestras soledades desautorizadamente,
Pero sabemos que Dios tiene una respuesta para todo.

No podemos mirar en derredor para pedir clemencia,
Ni hemos de esperar nunca una señal de consuelo.
Con nuestras manos desnudas, manos sin alianzas,
Llamaremos directamente a la puerta de Dios,
Contemplando en la alta noche ese fulgor de las estrellas
Que no preguntan por el cuerpo de quien las mira,
Sino que vibran sólo al sentirse golpeadas por un alma,
Por un alma que pide socorro contra la hostilidad de los
hombres.

No podemos mirar en torno: nadie ha de perdonarnos.
Ninguna mano humana acariciará nuestra extraña herida
(Esa herida que Dios mismo tiene que haber hecho).
Solo podemos tú y yo acompañarnos valerosamente,

Y ser yo el castillo donde refugies en la tierra tu soledad,
Y ser tú para mí el amparo que halla en medio del bosque
El ciervo sin cesar acosado por el furor de la jauría.

No hay un himno nupcial para nosotros: somos el espejo de la
nada.
Pero yo escucho en torno nuestro toda la música del cielo,
Y cuando estamos tú y yo ofrecidos en nuestra miseria a Dios,
Cuando interrogamos con nuestro sufrimiento al creador de toda
herida,
A la luz de todo misterio, a la clave de todo jeroglífico,
Nos bendice desde las últimas estrellas la música celeste,
Y comprendo que sólo Él puede perdonarnos, porque sólo Él nos
ama
Y nos comprende, ya que nos ha creado como abismo y misterio,
también para su gloria.

-90-

Para Berenice, canciones apacibles

I

El amor y el tiempo

El tiempo junto a ti no tiene horas,
ni días, ni minutos;
es un tiempo que ilumina y llena la memoria,
y la ocupa entera,
como ocupa y llena la extensión de los cielos
el diminuto corazón de cada estrella.

El tiempo junto a ti no tiene horas,
me anticipa, ¡quién sabe!,
las playas que algún día conoceremos
con el radiante nombre de eternidad,
las playas donde el tiempo no ha perdido su luz,
donde no es hábito ni costumbre,
sino memoria pura.

A veces tu recuerdo me hace daño
como un alfiler clavado en la palma de la mano.
Pero me das el tiempo intemporal, lo eterno,
el olvido del mundo y de esas horas
que me van empujando lentamente al vacío;
el tiempo que me das tiene su nombre:
solemne puede ser llamado Eternidad,
humilde puede ser llamado Amor,
pero a solas yo gusto de invocarlo con tu dulce nombre,
y decirle simplemente, ven a mi corazón,
porque te quiero.

-91-

II

La llave del corazón está en los ojos

La llave del corazón está en los ojos,
como la llave del árbol está en su raíz.
Aquellos largos ojos de Svengali,
que atravesaban muros y ciudades
en busca del corazón secreto de su Trilby,
son los ojos del siempre amor.
Pues la mirada
lleva en peso al cuerpo y lo transforma en alma,
y nada puede hacerla mentir; igual que el humo,
proviene de algún incendio de las entrañas,
y ha recorrido antes de aflorar sobre el rostro,
las selvas viscerales,
el rumor sombrío de las venas,
las inmensas aduanas de los huesos; y ha vencido
la noche interminable de la sangre: la mirada,
no puede mentir, trae a su espejo la cifra celestial
del demonio o del ángel, y los exactos retratos
del alma personal. Y en lo impalpable, en lo fugaz,
en el claro misterio revelado por el centellear de una
mirada,
quedamos avisados de que la llave del corazón está en
los ojos,
como está en la raíz la figuración del árbol.

Magnolias para Betina

El árbol de la magnolia parece un hombre mudo.
Está vuelto hacia sí, metido en su hondo adentro,
Y ni aún la luz más pura consigue que sonría.

-92-

La madera del barco de Caronte es negra y silenciosa
Madera de magnolio: solo al ser luna estremécese y vibra
El árbol para el cual no existen las estrellas.

Cuando una niña llamada Betina, niña sin brazos, tristísima
Betina,
Eleva hacia el magnolio sus ojos pavoridos, sale de entre lo
negro
Como una estrella espesa, como una mascarilla de alguna
extinta rosa
La magnolia lunar; cae la magnolia
Sobre el rostro impasible de Betina, borra su llanto,
Y regresa hacia su soledad y su silencio el árbol del
magnolio.

El viento en Trieste decía

El viento en Trieste decía tan extrañas canciones al amanecer,
que a nada temíamos tanto como al anuncio de que el alba
llegaba.
Allí fuimos por una vez hijos felices de las tinieblas,
allí aprendimos a amar como si fuera la más hermosa luz
el rostro entero de la noche.

El viento en Trieste decía tales sufrimientos y horrores en lo
alto,
que aprendíamos a desconfiar de las candorosas nubes,
y tomábamos por verdaderos centinelas de oscuras ceremonias
la antes cristalina bandada de aves blancas.

El viento,
el viento en Trieste abatía premeditadamente cuanto fuera
hermoso,
y metidos en el último rincón de nuestros refugios sentíamos
que el viento,
el viento bramador, el de la enajenada y espectral sinfonía,
hería, y estrujaba, y arrastraba gozosamente entre la
inmundicia,
las vestiduras blanquísimas de los ángeles, los velos de la
futura desposada,
los últimos depósitos de la sangre conservada como reliquia en
el secreto del sagrario.

-93-

El viento en Trieste decía la pena de las estrellas,
la guerra incesante que hay allá, en las regiones donde
nosotros
queríamos ver astros límpidos, armonía pautada en persona por
Santa Cecilia,
paz del cielo.

El viento,
el viento en Trieste nos hacía desear como refugio la vida de
la tierra,
la propia vida que nos habíamos empeñado en repudiar. El
viento en Trieste decía
cuántos infiernos moran allá entre las estrellas, y nos hacía
buena la tierra,
y del pecho se escapaban bendiciones cuando el viento rugía
contra el sueño,
y nos daba sin tregua y sin consuelo
la inesperada enemistad del alba.

Nocturno luminoso

Music I heard with you was more than music, and bread I broke
with you was more than bread.

CONRAD AIKEN

Como un mapa pintado de violento amarillo sobre una pared

gris,
como una mariposa aparecida de súbito en medio de los niños en
el aula,
inesperadamente así, cuando es más noche la noche de los
ciegos extraviados en el laberinto,
puede aparecer de pronto una figura humana que sea como un
cirio dulcemente encendido,
como el sol personal, o como el recuerdo de que hay también
estrellas y hermosura,
y algo bello cantando todavía entre las viejas venas de la
tierra.
Como un mapa o como una mariposa que se queda adherida en un
espejo,

-94-

la dulce piel invade e ilumina las praderas oscuras del
corazón;
inesperadamente así, como la centella o el árbol florecido,
esa piel luminosa es de pronto el adorno más bello de una

vida,

es la respuesta pedida largamente a la impenetrable noche:
una llama de oro, un resplandor que vence a todo abismo,
un misterioso acompañamiento que impide la tristeza.

Como un mapa o como una mariposa así de simple es amar.
¡Adiós a las sombras, a los días ahogados de hastío, al
girovagar la Nada!

Amar es ver en otra persona el cirio encendido, el sol
manuable y personal
que nos toma de la mano como a un ciego perdido entre lo
oscuro,
y va iluminándonos por el largo y tormentoso túnel de los

días,

cada vez más radiante,
hasta que no vemos nada de lo tenebroso antiguo,
y todo es una música asentada, y un deleite callado,
excepcionalmente feliz y doloroso a un tiempo,
tan niño enajenado que no se atreve a abrir los ojos, ni a
pronunciar una palabra,
por miedo a que la luz desaparezca, y rueda a tierra el cirio,
y todo vuelva a ser noche en derredor
la noche interminable de los ciegos.

Negros y gitanos vuelan por el cielo de Sevilla

La carita falsamente trágica del bailarín de flamenco
nos recuerda que en ciertos meses el cielo muestra sus mejores
estrellas
para enseñarnos que no hay que hacerse demasiadas ilusiones.

Después de todo, nosotros, los espectadores, no somos
culpables: ¿o lo somos?
Alguien, en algún sitio, ha echado a andar toda la maquinaria
del gran baile,

-95-

y luego ha pretendido que seamos nosotros los responsables
traspuntes y guitarras;
pero ese, ese que ahí arriba zapatea, y da rítmicos golpecitos
contra el piso,
tacatac, tactac, tacataca, tacatac, tactac, tacata, ¡tac
tacataca!,
ese, ¿a quién llama desesperadamente?

Gitanos y negros tienen lenguaje en el tacón,
lenguaje de hablar con sus dioses secretos, con sus bisabuelos
transformados en piel de tambor o en media luna de
castañuelas.

Pero nosotros, los espectadores, los que fuimos invitados a la
fuerza a sentarnos
aquí, en este incómodo teatro tan redondo, para ver esta
representadísima representación
por la que tan caro se nos cobra la entrada a lo largo del
tiempo, ¿qué culpa tenemos?

Es cierto que nos dan, de cuando en cuando, la espléndida
vacuidad de la luna,
la vaca peregrinante por el cielo con sus ubres henchidas de
una leche que ningún ángel quiere saborear:
es cierto el regalejo de tantas estrellas, cercanas y a un
tiempo extraviadoras;
sí, nos dan la miel, dedalitos de alegría, y esa cosa
elocuente del sol,
pero luego, luego viene la noche, siempre viene la noche, sale
implacable
por todos los poros de la tierra dando gritos la noche,
desnuda y hambrienta
la noche se echa encima de todo lo existente y lo hace ícubo
y súcubo,
¡eh, rayos y truenos!, rompen su piel los gitanos y los
negros, peleando
contra la noche siendo ellos mismos parte de la noche siendo
noche,

en sus trajes, en sus voces, en sus taconeos tenaces contra el
silencio de la noche,
pero la noche nochea la sangre de negros y gitanos, y la
feria, la esperanza, ¡la feria!,
se hunde en el gemido de la noche, apaga sus pequeños soles y
sus lunas de papel plateado,
como se apaga la cerilla hundida en el vaso de manzanilla,
-96-
la cerilla encendida en el altar por una prostituta,
y negros y gitanos lloran deshechos contra el sombrío imperio
de la noche, taconeando,
taconeando tacatac inútil por hacer un alba donde hay un
abismo, y ponen
negros y gitanos volando por el cielo de Sevilla un sol allí,
de artificio,
donde solo hay en verdad la señal rencorosa de la noche
devorante,
la victoriosa, coronada noche.

Silente compañero

(Pie para una foto de Rilke niño)

Parece que estoy solo,
diríase que soy una isla, un sordomudo, un estéril.
Parece que estoy solo, viudo de amor, errante,
pero llevo de la mano a un niño misterioso,
que a veces crece de repente, y es un soldado aherrojado,
o es un hombre mayor meditabundo, un huésped del reino de los
lúcidos,
y se encoge luego, se recoge hasta devolverse a la niñez,
con sus ojos denominables arcano, con un látigo inútil, con su
estupor,
y este niño retráctil me acompaña, y se llama Rainiero en
ocasiones,
y en otras el Presente, y el Caballero Huérfano, y el Soldado
sin Dormir Posible,
y comulga con el comunicado mundo de ultratumba,
y conoce el lenguaje de los que abandonaron, condenados, el
cuerpo,
y pelean a alma limpia por convencer a Dios de que se ha
equivocado,

Parece que estoy solo en medio de esta fría trampa del universo,
donde el peso de las estrellas, el imponderable peso de Ariadna,
es tan indiferente como el peso de la sangre,
o como el ciego fluir de la médula entre los huesos;
-97-

parece que estoy solo, viendo cómo a Dios le da lo mismo que la vida tome en préstamo la envoltura de un hombre o la concha de un crustáceo,
viendo lleno de cólera que Pergolesi vive menos que la estólida tortuga,
y que este rayo de luz no quiere iluminar nada,
y el sol no sospecha siquiera que es nuestro segundo padre.

Parece que estoy solo, y este niño del látigo flácido está junto a mí,
derramado como compañía su mirada sagaz, temerosa porque ha reconocido
el vacío futuro que le espera;
parece que estoy solo, y golpeándome el hombro está este niño,
este aislado de la multitud, lleno de piedad por ella,
que se inclina sobre el centro del misterio,
y golpea y maldice,
y hace estremecerse al barro y al arcángel,
porque es el Testimonio, el niño pródigo que trae la corona de espinas,
la verdad asfixiante del sordo y ciego cielo.

Cuando yo mismo sueño que estoy solo,
tiendo la mano para no ver el vacío,
y esta mano real, este concreto universo de la mano,
con destino en sí misma, inexorablemente creada para ser osamenta y ser polvo,
me rompe la soledad, y se aferra a la mano del niño, y

partimos

hacia el bosque donde el Unicornio canta,
donde la pobre doncella se peina infinitamente,
mientras espera, y espera, y espera, y espera,
acompañada por las rotas soledades de otros seres,
conscientes del misterio, decididos a insistir en sus preguntas,
reacios a morir sin haber encontrado la clave de esta trampa.

Parece que estoy solo,

pero llevo en derredor un mundo de fantasmas,
de realidades enigmáticas como el pan y la silla,
y ya no siento asombro de llamarme Roberto o Antonio o
Segismundo,

-98-

o de ser quizá un árbol a cuyo pie descansa un peregrino
en cuya mente vive como metáfora de su realidad la persona que
soy;

pues sé que estoy aquí, realmente aquí, destruible pero ya
irrevocable,

y si soy sueño, soy un sueño que ya no puede ser borrado;

y una lejana voz confirma todas las anticipaciones,

y alguien dice -¡no sé, no quiero oírlo!-

que de esta trampa ni Dios mismo puede librarnos,

que Dios también está cogido en la trampa, y no puede dejar de
ser Dios,

porque la Creación cayó de sus manos al vacío,

tan perfecta y completa que el Señor, satisfecho,

se dedicó a crear otras creaciones,

y va de jardín celeste en jardín celeste, dando cuerda al

reloj, atizando los fuegos,

y nadie sabe por dónde anda ahora Dios, a esta hora del día o
de la noche,

ni en cuál estrella se encuentra renovando su curioso
experimento,

ni por qué no deja que veamos la clave de esta trampa,

la salida de este espejo sin marco,

donde de tarde en tarde parece que va a reflejarse la imagen
de Dios,

y cuando nos acercamos trémulos, reconocemos el nítido rostro
de la Nada.

Con este niño del látigo en la mano voy hacia el amanecer o
hacia el morir.

Comprendo que todo está ya escrito, y borrado, y vuelto a
escribir,

porque la sucia piel del hombre es un palimpsesto donde
emborrón y falla sus poemas

el Demonio en persona;

comprendo que todo ya está escrito, y rechazo esa lluvia sin
cielo que es el llanto;

comprendo que nacieron ya las mariposas

que obligarán a palmotear de alegría a un niño que

inexorablemente nacerá esta noche,

y siento que todo está escrito desde hace milenios y para
milenios,

y yo dentro de ello:

escrita la desesperación de los desesperados y la conformidad
de los conformes,

-99-

y echo a andar sin más, y me encojo de hombros, sin risa y sin llantos, sin lo inútil,
llevando de la mano a este niño, silente compañero,
o soñándole a Dios el sueño de llevar de la mano a un niño,
antes de que deje de ser ángel,
para que pueda con el arcano de sus ojos
iluminarnos el jardín de la muerte.

Canción sobre el nombre de Irene

¡Qué bueno es estar contigo ante este fuego, Irene,
saber que sigues llamándote así, Irene;
que tu nombre no se te ha evaporado de la piel
como se evapora el rocío de la panza del sapo!

Ah decir Irene, Irene, Irene, Irene,
cerrando los ojos y diciendo nada más Irene
por el solo placer y la magia de decir Irene,
Pedaleando en el aire existas o no existas,
¡qué real y sólida eres, qué verdadera eres
en medio del irreal universo por llamarte Irene!

Las salamandritas del fuego se te quedan mirando,
y el humo, antes de irse, se detiene feliz a contemplarse
en el topacioespejo de tus ojos, como una mujer que se empolva
la nariz
antes de entrar en el cementerio.

Y tú en tu aire,
y tú, impasible con tu abanico de llamas, sigues nada más
llamándote Irene,

-100-

segura de que todo el universo no puede despojarte de tu
nombre de Irene!

Yo paseaba un día por el Tíber,
-Tíber de cascabeles ahogados, Tíber de pececitos oscuros
Tíber meado por Tiberio-,
y vi en medio del río una isla verdeante,
trabajada en la materia de las madreporas o de las malaquitas,

¡vaya usted a saber!, pero pequeñita y completamente real;
y vi en la orilla
una de esas estatuas del Tíber sumergidas por siglos,
donde el mármol se ha hecho róseo, y carnal, y blando;
y con mucho temor, con una reverencia, pregunté a la estatua:
-Perdone usted, señor, ¿cómo se llama esta isla?
Y con un gran desdén, entreabriendo apenas los labios y
mirándome para nada, dijo suavemente:
-¿Cómo va a llamarse esta isla? Esta isla se llama Irene.

¡Qué bueno es estar contigo junto al fuego,
y saber que ahí estás, real y verdadera,
saber que estás ahí mientras afuera se evapora el mundo,
y que sigues y sigues,
y seguirás para siempre llámandote Irene!

-101-

Homenaje a Jean Cocteau

Il vous faudrait mourir pour joindre les deux bouts

J. C. en la muerte de Eluard

claves

El alambrista recorre de lado a lado lo más alto del circo,
y aplaude la multitud.
La multitud no sabe que él va palpando espejos, pidiendo

para cruzar el otro alambre más tenso y peligroso:
el que dos ángeles vestidos de arlequines sostienen de lado a
lado,
sobre el vientre de la noche.

¡Quién pudiera ser siempre niño inocente,
inocente, es decir, dueño de mil secretos!
Y menos mal que se nos ha dado el ardid del disfraz y la bola
de nieve,
el poder soñar con que un caballo es un candelabro,
un portallamas para empuñarlo y recorrer las planicies de la
muerte.

Al otro extremo de la cuerda tiene que estar Dios,
al otro extremo no es posible que abra sus poderosas
mandíbulas la nada.
Bien está pues la volatinería, el salto del payaso, la pirueta
del cisne;
bien está el olé a la sonrisa de la golondrina disecada, y al
torerito
muerto por sorpresa.
Bien está dar cuerda todas las noches a un ruiseñor de acero,
para sacarle de entre las tripas
la música depositada allí por el difunto Orfeo.

La línea de ferrocarril que parecía interminable,
se cortaba de pronto a cuchillo sobre la barranca imposible de
saltar.
El feérico vagón se quedaba vacío en un segundo:
¡eh, vosotros, camaradas, amigos, centinelas, no os vayáis!,
¡llevadme a vuestro juego, otro acto de magia, por favor!,
¡pronto, corred, sacad el conejo del sombrero, reanimad a
Nijinsky!,
-102-
¡haced algo, permitidme otra vuelta en el carrousel,
convertirme en busto,
pintar otra estrellita en la puerta del dormitorio de

Eurídice!

Hay que morir, amigo, para unir los extremos
de este cotidiano alambre
tendido sobre el abismo de estar vivo.

Hay que morir, no hay fallo, para enterarse un poco
de si es cierto que existe la Poesía, de si hay
al otro lado del castillo un guardián, una orquesta
y un teatro.

Y sobre todo hay que morir, amigo,
para quedamos finalmente convencidos
de que la luna es el sol de las estatuas.

El sol y los niños, y además la muerte

Al mediodía dijeron las voces secretas del instinto:
empujando por los últimos vencesijos el invierno se ha ido.
¡Abre ya las ventanas, sal a contemplar
la gloria de este mundo vestido por la luz!

Traída en hombros por el Patriarca San José llegó la
Primavera.

En montones de blanco fuego se ha desparramado
sobre la casa nuestra, sobre el jardín, sobre los niños
que ya están de nuevo en la plaza, como en los días de junio.
(¿Dónde se refugiaron estos niños, con sus chaquetillas rojas,
con sus gorritas de jockey inglés
cuando la nieve golpeaba y golpeaba los árboles y las
mejillas?)

-103-

Abrí la ventana y allí estaba, radiante y frutal,
como una mujer hecha de oro verde y de alegría,
Nuestra Señora la Primavera.

Florecido y robusto junto a ella
el anciano de los huesos rojos,
el de las rufas barbas infinitas, el llamado Don Sol,
amigo mío,

Buenos días, Don Sol, le dije. Gracias por tu regreso.
Correteaste feliz por otras regiones, fuera del tiempo
nuestro;

sentía añoranza el alma por tu castidad y por tu perfume,
y pensábamos ya que nunca más veríamos
el fulgor de tu cabellera y la delicia de tus mejillas.
¡Gracias porque has vuelto! Échanos ahora
algunas moneditas de tu luz
en nuestras faltriqueras de mendigos.
(Y además, en secreto, en voz baja, viejo amigo, capistrán,
borrachín,
bucanero sarnoso, ¡amigo contra el alma!, Don Sol de siempre y
siempre,
siempre te fuimos fieles: no pudo la bella nieve ganarte la
partida.
Tú estabas en otros mundos, olvidado de amarnos, es cierto,
pero yo cada día, al tomar en las manos el pan redondo y puro,
-este pan de los pueblos castellanos que es un pequeño sol, un
himno diario-,
pensaba que eras tú quien venía transformado en sol-niño
para encender de nuevo la esperanza en el desierto de mi
corazón.)

Y cuando saboreaba por todos los poros aquel epinicio de la luz,
afuera, aquella reconciliación de cuerpo y alma con el mundo de
vi una extraña señal en el rostro de los niños, y comprendí
que en ese instante,
desde detrás del cielo, el Señor nos arrojaba uno de sus
dardos dolorosos:
lentamente pasaba un entierro junto a la plaza.

Canturreaban los prestes, sollozaban los deudos,
y desde la alta cruz miraba Cristo cara a cara a la muerte.
Imitando a los viejos los niños levantaban sus graciosas
gorrillas;
-104-
se persignaban las nodrizas, y el lento carruaje de la muerte
parecía no querer salir jamás de aquella plaza.

Con los labios entreabiertos,
con los ojos como para no cerrarlos nunca,
los niños buscaban a tientas las manos de los mayores, y se
pegaban a éstos,
contemplando absortos aquella interrupción,
aquel misterio que clausuraba la luz,
cegabla la Primavera, y a pesar de todo el sol daba
escalofríos.
Los niños miraban a la muerte y la muerte a los niños:
nadie dijo una palabra, nadie miró a su vecino,
sólo silencio y silencio dieron.

Y cuando ya el cortejo hubo pasado,
invierno, cerramos de nuevo las ventanas: el frío de un extraño
¡otra vez la nieve oscura en el alma, el aire helado, la
apagada luz!,
golpeaba allá dentro; otra vez golpeaba las raíces, daba en el
alma
el frío de la tumba recién cavada. Dentro era noche, sin
primavera posible,
y de repente golpeaba el imperio de la nieve, y otra vez
golpeaba,
y golpeaba implacable los dolorosos bosques de la memoria.

Madrigal para Nefertiti

Tiempo vencido el del amor secreto.
El que remonta siglos, permanece
Tras la urna de pórvido, visible
Sólo para la luna roja de septiembre.

¿Desde cuándo, Doncella, te enamoran
Los humildes silencios, las tímidas miradas
De unos viajeros que se suceden, tristes
Porque han de abandonarte en cuanto llegan?

-105-

Los cielos que te vieron iluminar la noche,
Los ríos que sintieron el peso de tu cuerpo,
Las ciudades perdidas, los guerreros ansiosos de morir,
¿Qué han sido para ti, oh Impasible?

Yo he pasado también junto a tus ojos,
Y he sentido el desdén, la frialdad, la malicia:
Nada podía apartarme de tu contemplación, pero he sufrido
Como sufrieron los fascinados por ti hace mil años,
Y como sufrirán los jóvenes amantes del milenio futuro.

Yo he escuchado la música secreta que sale de tu corazón:
Un dulce aviso envuelto en frases crueles. Un enigma
Que alimenta la vida y hace olvidarla, eso es amor.
La melodía que arrastra gozosamente hacia el jardín de los
difuntos,
Eso es amor.

¡Desvíala mira y prosigue, viajero; no te inclines
Demasiado sobre el incendiado verdor de estos abismos!
Es el secreto amor el vencedor del tiempo.
El amor nunca dicho, el reservado a las doncellas talladas en
granito,
El amor que no estalla en lumbres ni en miradas.

Pienso en ti desde lejos, recuerdo, redescubro
El mensaje piadoso que hay en tus desdenes.
Aún guardo en las yemas de los dedos el rosado calor de tus
mejillas.

Soy el que un día levantó sus manos hacia ti, rozó tu rostro,
Y creyó mudarse para siempre al remoto país donde sonríes.

Nunca te dije adiós. Junto al nacimiento de tu cuello,
Acaso sea visible en las noches de luna la huella de una
herida:
Triste y gastado es el mundo, viejo e insípido el ritual de
los besos,
Pero el recuerdo, oh Hermética, oh Imperiosa, oh
Indestructible,
Remonta por los siglos, y renace encandecido
-106-
Cuantas veces se acerca un hombre enamorado
Al dulce cementerio de tus labios.

El mendigo en la noche vienesa

No puedo olvidar aquel mendigo,
de pie orgullosamente en un rincón de la noche,
clavado frente a las rojas cúpulas de San Carlos,
mientras iba y venía indiferente la majestad
de la noche vienesa.

No puedo olvidar su gesto de Carlomagno, su barba
blanquísima y autoritaria, su talante de archiduque de la
resignación,
ni su mano tendida en forma que parecía ordenar se le hiciese
caridad,
como si él fuese el emperador de los pobres y la cúpula de la
miseria.

Su inolvidable silencio, golpeador, despertante, molesto
silencio
de quien está por dentro henchido de verdades y desdeña
decirlas,
se adelantaba al paseante de la noche, lo sitiaba, e iba
zarandeándole
hasta dejarle sin respiro, atormentado, temiendo y odiando
a aquel mendigo tan próximo, a aquel navío inmóvil,
que presidía frente a la columnata espectral de San Carlos
el deslizamiento enlutado hacia el vacío
que es la noche vienesa.

El perentorio discurso del silencio, o su mirada
tenaz como un enfermo asido a la última esperanza,
decían que el mendigo no reclamaba monedas en su mano tendida,
que él no estaba allí para solicitar una habitual caridad:
era otra cosa la que su desesperada paciencia mendigaba,
era un oro distinto lo suplicado por él.

-107-

Y su poderoso silencio gritaba a las entrañas del paseante,
con el mismo decoro señorial con que Pascal gritaba;
callado el mendigo lloraba tenazmente en la noche un himno
que sólo el oído de los huesos podía escuchar,
que sólo una poderosa voluntad de compasión y de orgullo
podía rescatar de entre los fúnebres sonidos
de la noche vienesa.

Pues el mendigo pedía una pequeña alianza a los humanos,
un momentáneo socorro contra la soledad largamente padecida.
Y era como un guerrero negado a entregar su estandarte,
como un soldado que sabe lo imposible de combatir solo, y no
quiere rendirse,
y desafiando al cielo y al infierno persiste en suplicar,
y vuelve los ojos a todas partes cuando es más dolorosa la
batalla,
y sólo sombras descubre en derredor,
hundida en sombras de súbito la noche vienesa,
y hecha sombras la noche total del universo,
y allí aquel mendigo, fiero testigo en pie, con la mano
tendida hacia la nada,
acompañado solamente
por las abrumadoras sombras de su soledad y de la soledad que
ve en los otros.

Y nadie, nadie puede ayudarle, ni hacerle la caridad que
mudamente pide,
ni hoy ni mañana ni nunca,
porque al hombre le es fácil compartir sus monedas,
pero a ninguno le es dado pelear contra la soledad de un
semejante.

-108-

Relaciones y epitafio de Dylan Thomas

Era como un biznieto de Federico Nietzsche.
Era el acólito predilecto de Georges Sorel.
Era como un sobrino de Ernesto Hemingway.
Era el niño que lee a Spengler en lugar del Evangelio.
Era como el novio de Arturito Rimbaud.
Era el valet de chambre de Isidore Ducasse,
Era el kinder compañero de Capote y de James Dean.
Era el office-boy de Arturo Strindberg.
Era el peor recuerdo de Oscar Wilde en París.
Era el robafichas de Dostoiewski en Badem Baden.
Era el firma manifiestos de John Osborne.
Era hijo secreto de Gertrude Stein y Bertolt Brecht.
Era cliente fijo de Freud y de María Bonaparte.
Era el pianista favorito de Béla Bartók.
Era de los teen-agers que la noche cuelga en la 42.
Era taquígrafo de Henry Miller y de Ezra Pound.
No nació en Gales: nació en un cuento de Williams, Tennessee.

Y con todo eso, un día, ¡chas!,
Los bosques de Escocia sintieron caer un árbol
Que había sido muy remecido por el ventarrón de la poesía.
Y aquí yace, cubierto por la espuma de la cerveza
Y ahogado por la amarguísima leche de la vida,
aquí yace, Dylan Thomas.

-109-

Anatomía del otoño

Un puente de melancolía se levanta alrededor de la casa.
Deseos de dormir en la penumbra con los ojos abiertos,
de acariciar gatos egipcios, de alisar mantas,
de preguntar a un lunático gramático adónde ha ido la equis de
lasitud,
deseos de no hacer nada, salvo contemplar el humo, el vacío de
las cosas
y el perfil de Sardanápalo, si es que Sardanápalo tenía
perfil;
y luego un lentísimo desmoronamiento interior de convicciones,
hasta el extremo doloroso de hacer tolerable a Beethoven,
y de gustarnos el té.

Ha vuelto por su imperio el aire, oloroso a castañas.
Salen las hojas a coronar por sí bustos de bardos y puertas
sin historia;

el remolino avanza, como un niño ciego empeñado en jugar,
para de un traspies dar alcantarilla abajo, hacia el cepo de
la luz,
donde está el otoño germinante despidiéndose de Schumann.
Algo gris, un poco amargo, como una nuez algogris,
toma de la nariz al alma y la lleva a oler tierra mojada,
mojada por el lento orine del amanecer.

El secreto del otoño, no sé, es que provoca
deseos de frotarse las piernas con aceite alcanforado,
de obedecer la solemne llamada de las pantuflas
y, además, de no quitar el arpa de manos de Debussy,
para que finamente se purgue de sol y de litorales
la roja ballena que devoró al verano.

Ah, el aire afuera es el otoño, sin exclamaciones,
el aire pronunciado letra a letra, procesionalmente,
ya se acerca, ya se acerca, como en un verso de Whitman,
lo augural, lo nunciativo, lo heroico,
ya se acerca cálidamente, llena de gozo,

-110-

la tibia hora del chocolate con bizcochos,
de la plaza vista a través de los cristales,
de pensar que tienen frío los peatones y que su fiesta
es hundir las manos en los bolsillos y canturrear,
removiendo con el pie las hojas de oro.

Y quizá, no sé, no conozco suficiente ornitología,
ni he penetrado en el tiquitake corazonal del otoño, pero
acaso esté bien aquí decir que golondrinas y oropéndolas,
que búhos y estorninos con sus tres aceitunas,
que alcaravanes y tórtolas, ¡pero no abubillas!,
que éstas pertenecen al estío,
como toda palabra que suena a tripa rota
y huele a heno fresco y a leche recién ordeñada.

En fin, que el otoño, visto anatómicamente,
es tan simple y hermoso como cubrirse los pies con una manta
gruesa,
o como leer un poema idiota escrito por un idiota,
para que un lector idiota atravesase indolente, sueñante,
insensible,
la idiotez deliciosa del otoño.

Plenitud de la manzana

El mar rojo, el cielo verde, y la nieve
encerrada por latigazos del sol bajo esta púrpura, dan la
manzana.

Yo quisiera saber exactamente los milenios,
o cuantas edades completas contribuyen
a transformar en pulpa y en perfume una manzana.

-111-

De ahí salió el molde de las mejillas púberes;
de ahí el sello roto del amor, y la orgía
de dormir cara a las constelaciones bajo un árbol de manzanas.

Yo imagino que estas rojas brasas
colgadas de sus ramas dan señales, y llaman
a los remotos hombres de Saturno, porque concurren
a la plenitud de la manzana.

Los lunes me llamaba Nicanor

Yo los lunes me llamaba Nicanor.
Vindicaba el horrible tedio de los domingos
Y desconcertaba por unas horas a las doncellas
Y a los horóscopos.

El Martes es un día hermoso para llamarse Adrián.
Con ello se vence el maleficio de la jornada
Y puede entrarse con buen pie en la roja pradera
Del miércoles,
Cuando es tan grato informar a los amigos
De que por todo ese día nuestro nombre es Cristóbal.

Yo en otro tiempo escamoteaba la guillotina del tiempo
Mudando de nombre cada día para no ser localizado
Por la señora Aquella

La que transforma todo nombre en un pretérito
Decorado por las lágrimas.

Pero ya al fin he aprendido que jueves Melitón,
Recaredo viernes, sábado Alejandro,
-112-
No impedirán jamás llegar al pálido domingo innominado
Cuando ella bautiza y clava certera su venablo
Tras el antifaz de cualquier nombre.

Yo los lunes me llamaba Nicanor.
Y ahora mismo no recuerdo en qué día estamos
Ni cómo me tocaría hoy llamarme en vano.

1965

Fanfarria en honor del Escorial

(Poema para el Quinteto de Órgano Número 6 del Padre Antonio
Soler)

¡Ahí está la alegría, existe la alegría!
Detrás de los muros, donde lo tenebroso,
Estalla el pétreo Escorial en armonía.

¡Todo es jubiloso cántico y es fiesta!

Puede una tumba cantar, si está en belleza construida.
Puede un fraile danzar, si da al linaje de lo angélico,
Como da al prado florecido el torreón en ruinas.

¡Existe la alegría, ahí está la alegría!

El Infante Gabriel toma su violín entre las manos,
Y anuncia que todos pertenecen al reino de la armonía.
¡Purificados fueron! La música los ha tornado arcángeles.

¡Vencida es la sombra y la muerte está vencida!

-113-

El órgano no es el gemido de las tinieblas.
El órgano es el piano de las alegres nubes.
Una lluvia de sones eleva en danza los espíritus.

¡Vuelan las torres y bailan los muertos las cálidas sonatas!

¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor y Santa Cecilia exulte el
clavicordio!
¡Todo es júbilo! Un coro de altos trinos yendo de la tierra al
cielo
Arrebata las almas hacia los aposentos invisibles. ¡Aquí está
la alegría!
¡Todo es jubiloso cántico y es fiesta interminable!

Los perfectos multiplican para los hombre la perfección de las
formas.
La garganta del órgano es también espejo de la garganta del
ruiseñor.
El concierto desnuda la concertada huella del Perfecto.
¡Alabado sea!

¡Todo es júbilo! ¡La geometría conduce a la felicidad!

¡Arriba está el Señor! ¡Todo es júbilo! Danzan los niños al
arpa, y ríen.
El Infante Gabriel besa las manos de su maestro, y éste le
dice:
La luz es la sombra de Dios, y su cuerpo está en la música
reposado.

1965.

Primavera en el Metro

Entre Goya y Velázquez
se detuvo de súbito lo oscuro.
Sentimos que brotaban amapolas detrás de los ladrillos;
una revelación sonora, un himno, un telón descorrido de
repente nos transportaba
de la noche al alba, de la melancolía al júbilo, de la
indiferencia a la sorpresa.

-114-

¡Cuánta luz de repente entre Goya y Velázquez!
Y el Metro transformado
en plazoleta de oro para el muchacho ciego,
en alegre pan tierno para el anciano solo;
columpiado de la sombra a la luz, mágicamente,
siendo otra cosa ya en un instante:
carroza de las hadas, corcel, jardín al mediodía.

Entre Goya y Velázquez,
¡todos felices de pronto, todos gozosos
devorando el asombro de la luz!

Yo había descendido con pensamientos de invierno
-sonetos de Quevedo y cenizas de Paul Klee-;
y cada cual, ceñudo, leía entre vaivenes para olvidar el
tiempo.
Un son inesperado, un aviso imperioso, una luz que cantaba,
nos arrastró de un golpe hacia regiones áureas:
del carbón de Goya pasamos en un vuelo al aire de Velázquez.
Y el Metro danzaba jubiloso, como si escuchase
poemas de Jorge Guillén musicalizados por Vivaldi;
y el serio oficinista cerraba su ABC,
y la joven de lentes desdeñaba un final de Agatha Christie,
y -¡prodigio!- los novios dejaban de mirarse,
y los niños se hastiaban de Supermán y volvían a ser niños:
¡todos gozosos, mudos por felices,
sentíamos que el planeta derramaba de nuevo su luz sobre
nosotros,
como vuelca una aldeana sobre sus hojaldres una jarra de miel!

Sí: entre Goya y Velázquez, en el Metro, una mañana,
yo he asistido al nacimiento de la Primavera.

-115-

Fábula

Mi nombre es Filemón, mi apellido es Ustariz.
Tengo una vaca, un perro, un fusil y un sombrero;
vagabundos, errantes, sin más tierra que el cielo,
vivimos cobijados por el techo más alto;
ni lluvias ni tormentas, ni océanos ni ríos,
impiden que vaguemos de pradera en pradera.
Filemón es mi nombre, Ustariz mi apellido.
No dormimos dos veces bajo la misma estrella;
cada día un paisaje, cada noche otra luz,
un viajero hoy nos halla junto al río Amazonas,
y mañana es posible que en el río Amarillo
aparezcamos justo al irrumpir el sol.
Somos como las nubes, pero reales, concretos:
un hombre, un perro, una vaca, un sombrero,
apestamos, queremos, odiamos y nos odian,
vagabundos, errantes, sin más tierra que el cielo
-Filemón es mi nombre, Ustariz mi apellido-;
los míos me acompañan, lucientes o sombríos,
pero con nombres propios, con sombras bien corpóreas,
seres corrientes, sueños, efluvios de una magia
que hace de lo increíble lo solo que creemos.
Filemón es mi nombre, Ustariz mi apellido;
somos materia cierta, cifras, humareda,
llevados por el viento, hambrientos de infinito,
un perro, una vaca, un palpable sombrero;
simples y sin misterio seguiremos el viaje:
por eso yo declaro al tomar el camino,
que es Filemón mi nombre y Ustariz mi apellido,
que la vaca se llama Rosamunda de Hungría,
y que al perro le puse el nombre de una estrella:
le digo Aldebarán, y brinca, y ríe, y canta,
como un tenor que quiere romperse la garganta.

-116-

Amapolas en el camino de Toledo

La palabra Toledo sabe a piedra,
a memoria milenaria,
a judío tenaz,
a fantasma.

Vista la ciudad
se comprende que no existe,
que no ha existido nunca,
que todo es el sueño de un profeta loco,

de un emisario del otro mundo
que olvidó el camino de regreso.

En las torres de Toledo
descansan los guerreros del año mil doscientos,
los que fueron a buscar el Santo Grial,
y quedaron inmóviles ante las murallas de Jerusalén
hasta que el Río los trajo a las almenas de Toledo.

Dentro de estos muros
hay viejos peces de piedra, y hay enigmas
que nadie quiere escuchar,
y antiquísimo llanto petrificado, y plegarias
que en lugar de ir al cielo
caen como imprecaciones en las rodillas del diablo.

En el silencio de la noche
Toledo sirve de reposo a aquellos muertos
que no pueden dormir,
a los ángeles arrojados incesantemente del Paraíso,
a los seres que no han sido perdonados por Dios,
y vivirán invisibles para siempre
en las callejuelas más tristes de Toledo.

-117-

Yo he visto todo eso: yo, ciego, he visto más:
la alondra saboreando el amargor del incienso,
la borla caída de un sepulcro gótico,
el cirio rojo en la tumba del cardenal,
la mariposa comunicando un secreto a San Cristóbal,
la osamenta de un rabino escondida bajo la armadura del Conde
de Orgaz.

Yo, ciego, he visto; pero debo callar,
porque la muerte me hace señas de guardar silencio,
y dentro de mí tiemblan mis huesos,
y de pronto comprendo por qué allí,
en las afueras de Toledo,
ofrecen su signo a la inocencia de los hombres
las rojas amapolas.

Discurso de la rosa en Villalba

Yo vi una rosa en Villalba:
era tan bella, que parecía la ofrenda hecha a las rosas
para festejar la presencia de las rosas en la tierra.

Yo creía haber visto ya todas las rosas: marmórea en Bogotá,
llamativa en Amsterdam como un domingo aldeano,
primigenia en Haití, melancólica en la melancolía de Viena,
falsa como de nieve y alambre en una calleja de Manhattan,
túrgida y breve bajo las campanas de Florencia,
radiante como un verso de Ronsard en un jardín de Francia;
yo creía haber soñado ya todas las rosas, y las no vistas
sobre todo:

la rosa de la India ciñendo a los leopardos,
la del Japón labrada en oro, la mística de Egipto,
-118-
la imperiosa como un guerrero bajo el sol africano,
la silvestre de Nueva Zelanda, que se abre al escuchar una
melodía
y muere cuando la música fenecer: yo creía haber visto ya todas
las rosas.

Pero yo vi la rosa en Villalba;
su geometría imperturbable
era una respuesta de lo Impasible a la Desesperación,
era la indiferencia ante el caos y ante la nada,
era el estoicismo de la belleza, que se sabe perdurable,
era el sí y el rechazo a la ávida boca de la muerte.

Yo vi la rosa, tan pura y sorprendente,
que borraba el hastío de su nombre profanado
y no aparecía ya el lugar común de la rosa gastada:
era otra vez la Creación en su día inicial, coronada por el
estupor de Adán,
recorrida por la inmensa alegría de saborear la luz y por el
asombro de sentirse vivir.
Estaba allí, en Villalba, impávida y absoluta, como si
pertenesiese
a un rosal personalmente sembrado por Dios en el propio jardín
del Paraíso.

Y ante ella sentí la piedad que siempre me ha inspirado
la contemplación de la belleza efímera. ¡Que esta geometría
vaya a confundirse

con el cero del limo y con la espuma del lodo!

No quise mirar más la rosa perfectísima,
la que debió ser hecha eterna o no debió ser nacida.
De espaldas al dolor de su belleza, la rescataba intacta
en ese rincón final de la memoria que va a sobrevivirnos
y a mantener en pie la luz de nuestra alma cuando hayamos
partido.
Negándome a mirarla, la llevaba conmigo.

Y dije adiós a la rosa de Villalba.

-119-

Poemas africanos (1974)

-[120]- -121-

En 1965 ofrecí en la Tertulia Literaria de Rafael Montesinos una lectura provocativa de poemas de autores africanos, seleccionados y adaptados, más que traducidos, por mí, con la sola intención de añadir un argumento más en contra de esa estulticia llamada «poesía negra», «afroantillana», «afrobrasileira», etc. que, salvo excepciones contadísimas, ni es negra ni es poesía.

Al ofrecer esos poemas africanos intentaba exaltar la belleza y las sensibilidades de una poesía que muestra a la perfección -como toda poesía auténtica- la conmovedora y magnífica espiritualidad del hombre negro. Quiero dedicar estas adaptaciones a Lidia Cabrera, la gran traductora del máximo poeta negro de las Antillas, Aimé Césaire. Ella dio a las letras hispanoamericanas «Orígenes» «Cuaderno del retorno al país natal», con dibujos de Wifredo Lam, y su gesto debió bastar para impedir que en Hispanoamérica se siguiese cometiendo la frivolidad de denominar «poesía negra» a una cosa útil sólo para ser estudiada por los sociólogos y analistas del racismo enmascarado.

-122-

Piano y tambor

Gabriel Okara, NIGERIA

Quando al romper el día en la orilla del río me detengo a
escuchar la voz de la selva,

oigo los tambores de la jungla telegrafando su místico ritmo,
urgente, crudo y palpitante como la carne sangrienta todavía,
el ritmo de los tambores de la selva,
que habla de tiempos primitivos, de la juventud de la tierra,
de cuando las fuerzas del hombre eran puras y gloriosas.
Oigo los tambores de la jungla, y veo en el sonido a la
pantera presta para saltar,
al leopardo a punto de descargar su golpe. Y oigo,
a los cazadores preparando sus arcos, sus flechas envenenadas,
su guerra a muerte con la pantera y con el leopardo, bajo el
místico ritmo de los tambores de la selva.

Y mi sangre brinca alborotada, corre por dentro como un
torrente de fuego,
arrasa los años, y de un golpe me encuentro niño otra vez,
acurrucado como un lactante en el regazo de mi madre,
vuelto a la selva en la mística música de los tambores,
más allá del tiempo, cuando la tierra era fuerte todavía
como una mujer paridora,
y el hombre podía con el león, y la sangre era poderosa
como una piedra.
Y luego, el ritmo, el ritmo de los tambores de la selva
me lleva a pasear serenamente por el bosque, acariciando
con las plantas de los pies, las hojas verdes,
contemplando las flores silvestres, las cálidas flores de la
selva,
rumorosas también como los místicos tambores.

Voy por la selva perdido del mundo de los hombre, como una
gota de agua colgada de un fruto,
-123-
como un leopardo adueñado del bosque y de las estrellas de la
selva.
Y cuando estoy sereno, escuchando plácidamente la música de
las hojas verdes,
oigo llegar hasta la selva el sonido de un piano,
del piano donde alguien toca un concierto sentimental, lleno
de lágrimas,
un concierto traído de tierras lejanas,
y la selva se me cierra con nuevos horizontes, limitada
por el disminuyendo de las lánguidas notas del piano,
y el contrapunto y el crescendo del lejano concierto
van perdiéndose en el rumor de la selva, disolviéndola,
hasta que toda la música termina en una frase aguda y fina,
como la punta de una daga.

Y me siento extraviado en la mañana,

desconcertado en la selva, yendo
del piano al tambor, saliendo de una edad poderosa hacia una
más débil,
y no sé qué hacer allí, a la orilla del río, dubitando,
prisionero entre los delicados lamentos del concierto
y el místico ritmo de los tambores de la selva.

Llamada

Noemia de Sousa, MOZAMBIQUE

¿Quién ha estrangulado al fin la cansada voz de mi hermana,
la que venía del bosque,
la hermana mía, reina y señora del bosque
a pesar de su miseria?

De repente, su llamar a la acción, su llamada,
se perdió en el interminable fluir del día y de la noche.
Ya no ha vuelto a sonar, ya no me llega con cada amanecer,
-124-
agotada de la larga jornada, pero fuerte,
milla tras milla ahogada, pero siempre lanzando
el sempiterno grito: ¡Macala! ¡Macala!

No, ya no viene más, ya no vuelve, húmeda todavía del rocío,
como solía,
atada a niños, y a sumisión, y a tristeza....
Un niño a sus espaldas y otro en sus entrañas,
siempre, siempre, siempre;
y con una cara armonizada con su gentil mirada.

Siempre que recuerdo esa mirada siento
mi carne y mi sangre dilatarse temblorosas,
palpitando hacia revelaciones y afinidades,
hacia los secretos que ella me traía cada día del bosque.

¿Pero quién ha cortado su infinita mirada,
quien la ha impedido seguir alimentando mi profunda avidez de

camaradería,
la que mi pobre mesa nunca será bastante para satisfacer?

¡Oh mamá, ¿quién puede haber matado la noble voz de mi
hermana del bosque,
la hermana que venía cada amanecer a regalarme otra vez la
savia y el consuelo?
¿Qué cruel y brutal látigo de rinoceronte la ha golpeado hasta
matarla?

En mi jardín florece todavía la seringa,
pero con presagio malvado en sus flores de púrpura;
en su intenso inhumano aroma, también hay noticias de muerte,
y la envoltura de ternura suavísima regada por el sol, la que
se vuelve
ligera alfombra de pétalos a los pies del árbol,
ha esperado desde el verano porque el hijo de mi hermana
descanse sobre ella.

En vano, en vano
un chirico canta y canta posado en los juncos del jardín,
para el pequeño niño de las auroras vaporosas del bosque.

-125-

¡Ah! Yo sé, yo sé; el último día había un brillo de adiós en
aquellos ojos nobles,
y su voz llegaba como un sonido áspero, trágico y
desesperado....

Oh África, madre mía, respóndeme,
¿qué ha sucedido con mi hermana del bosque
que ya no viene a la ciudad con sus eternos niños,
(uno a sus espaldas, el otro en sus entrañas),
con su eterno pregón de vendedora de leños y de ramas?
Oh África, madre mía,
tú al menos no vas a abandonar jamás a mi heroica hermana,
a aquella que venía del bosque con cada amanecer:
ella vivirá para siempre en el orgulloso monumento de tus
brazos.

Leopoldo Sedar Senghor, SENEGAL

[Woi, (himno), para tres koras (especie de arpa de 16 a 32 cuerdas) y balafong (especie de xilofon), Gongo es un perfume silvestre del Senegal, dice colinas de ámbar y de gongo, como si dijéramos de ámbar y de romero. Tann es como una llanura cerca del mar, cubierta por el mar cuando avanza la marea. La Neomenía es una flor]

¡Oho! ¿Congo oho! Para ritmar tu nombre enorme
sobre las aguas sobre los ríos sobre toda memoria,
convoco la voz de los Korás Koyaté!
La tinta de los escribas no tiene memoria.
¡Oho! Congo extendido en tu lecho de selvas,
reina sobre el África domada.
Que los falos de los montes icen alta tu bandera,
porque eres mujer por mi cabeza por mi lengua,
porque eres mujer por mi vientre.

-126-

Madre de todas las cosas que tienen fauces,
de los cocodrilos, de los hipopótamos, manatíes, iguanas,
peces, pájaros,
¡madre de las crecientes! ¡nodriza de las cosechas!
¡Giganta! agua tan abierta al remo y a la flecha de las
piraguas,
mi Sao mi amante de muslos furiosos de largos brazos,
de nenúfares tranquilos,
mujer magnífica de Uzugú cuerpo de aceite inalterable,
piel de noche de diamantes!
Tranquila diosa de la sonrisa aliada al impulso alucinante de
tu sangre,
única sana de tu linaje palúdico libérame de la sumisión de mi
sangre:
tam-tam a ti tam-tam de los saltos de la pantera de la
estrategia de las hormigas,
de los dioses viscosos surgidos al tercer día del potopó de
los pantanos,
¡ah! y sobre todo de la materia esponjosa del suelo del hombre
blanco
y de los cantos de jabón del hombre blanco, pero líbrame
de la noche sin alegría, pero acecha el silencio de las

selvas,

y que yo sea entonces el tronco espléndido y el salto de
veintiséis codos,
y que yo sea entonces en la fuga de la piragua sobre la

exaltada lisura de tu vientre
tierra desnuda de tus pechos islas enamoradas colinas de ámbar
y de gongo,
tans de la infancia tans de Joal y aquellos de Dyilor en
setiembre,
noches de Ermenonville en otoño tiempo demasiado hermoso
demasiado sereno,
flores tranquilas de tus cabellos, tan blancos los pétalos de
tu boda
sobre todos los dulces discursos a la neomenia, hasta la
medianoche de la sangre.

¡Libérame de la noche de mi sangre porque acecha el silencio
de la selva!

Vuélvanse ritmo las campanas pequeñas,
vuélvanse ritmo las lenguas, vuélvanse ritmos,
remos vuelvan ritmo la danza del Maestro de los remos,
¡ah la piragua! ella sí es digna del triunfo de los coros de
Fadyut,

y yo grito dos veces dos manos de tam-tam,
-127-

y pido cuarenta vírgenes para cantar sus gestos:
vuélvanse ritmo la flecha que brilla, las garras del sol al
mediodía,
vuélvanse ritmo molinos estridentes, los murmullos de las
aguas.

Y la muerte sobre la alegría más alta cuando llama lo
inevitable del abismo.

¡Por los nenúfares de la espuma renacerá la piragua,
nadará sobre los suaves bambúes,
en el alba transparente del mundo!

Adhiambo

Gabriel Okara, NIGERIA

Oigo muchas voces,
como dicen que las oye un loco;
oigo hablar los árboles,

como dicen que los oye el hechicero.
Quizás sea yo un loco,
o sea un hechicero.

Acaso soy un loco,
porque las voces me están llamando,
me están urgiendo desde la noche,
desde la luna, desde el silencio de mi cuarto,
para que eche a andar y recorra a pie los mares del mundo.
Acaso soy un hechicero
que escucha a la savia conversar
y ve a través de los árboles:
un hechicero que ya ha perdido
sus poderes de invocación.

Pero las voces y los árboles
están llamando a alguien por su nombre;
-128-
una figura de mujer silenciosamente erguida
va y viene por la superficie de la luna,
recorriendo a pie los continentes y los mares.

Levanto hacia ella mi mano,
agarro mi corazón como un pañuelo,
y lo agito, lo agito, lo agito,
pero ella no quiere mirarme:
ella aparta sus ojos de mí,
y no me mira.

Retrato

Antoine-Roger Bolamba, CONGO BELGA

Yo tengo mi gri-gri
gri-gri
gri-gri
mi calma saltando despierta
se prende a los ondeantes miembros del Congo
nunca una etapa tormentosa para mi corazón

bombardeando con chispeantes llamas
Yo pienso en mi collar de plata convirtiéndose
en mil islas de silencio
Yo admiro la obstinada paciencia de okapi
pájaro azul aguerrido en el cielo abierto
que náufrago
lo sumerge en el golfo de la nada
nada vacía de nocturnas súplicas

¡ah! las determinaciones rotas
¡ah! las locuras clamorosas
-129-
dejaron mi destino caer sobre sus guardianes
son ellos tres villanos

Yo digo tres al contar 1 2 3
que empañan el espejo ancestral
excepto tu fugitiva imagen
yo te veré en la cumbre de aturdida ira
aguarda mientras me coloco en la frente la máscara de sangre
y pronto verás
mi lengua tremolar como estandarte.

Imagen de África

Leopoldo Sedar Senghor, SENEGAL

Tokowaly, tío mío, ¿te acuerdas de las noches de antes,
cuando mi cabeza te pesaba en tu espalda
llena de paciencia,
o dándome la mano tu mano me guiaba
por tinieblas y signos?
Los campos son flores de guanos brillantes,
estrellas se posan en las hierbas, en los árboles.
Hay silencio alrededor: sólo zumban
los perfumes del matorral,
colmenas de abejas rojizas que dominan
la vibración endeble de los grillos,
y, velado tam-tam, la respiración a lo lejos de la noche.

Tú, Tokowaly, tú escuchas lo inaudible,
y me explicas lo que dicen los antepasados
en la serenidad marina de las constelaciones:

-130-

el Toro, el Escorpión, el Leopardo, el Elefante, y los peces
familiares,

y la pompa láctea de los espíritus, desplegándose
por la cascada celeste que no termina.

Pero aquí está la inteligencia de la diosa Luna, y caen los
velos y las tinieblas.

Noche de África, mi noche negra,
mística y clara, negra y brillante.

Traducido de la noche

Jean-Joseph Rabérivelo, MADAGASCAR

¿Que invisible rata
sale de las paredes de la noche
y va a robar la tarta lechosa de la luna?
Mañana por la mañana,
cuando la rata se haya ido,
aparecerán en los bordes de la luna
sangrientas huellas de dientes....

Mañana por la mañana,
los que hayan pasado la noche bebiendo,
los que acaban de abandonar la mesa de juego,
mirarán sorprendidos a la luna
y gritarán:
«¿De quién es esa moneda roída
que corre sobre el tapete verde?».
«¡Ah! responderá uno de ellos,
nuestro amigo lo ha perdido todo
y ha corrido a suicidarse».
Y los jugadores procurarán sonreír,
y luego, tambaleándose, rodarán por tierra.

-131-

La luna no estará allí para verlos:
la rata se la habrá llevado a su agujero.

Solitario

Bloque Modisane, JOHANNESBURGO

Terriblemente solitario,
solitario;
como gritando solitario:
gritando por el callejón de los sueños,
gritando tristezas nunca oídas por nadie;
pero tú puedes oírme claro y alto:
con eco fuerte y alto, puedes oírme,
como si fuera para ti que gritase,

Hablo conmigo mismo cuando escribo,
me grito y me chillo a mí mismo,
luego para mí, otra vez,
chillo y grito;
gritando una plegaria,
gritando ruidos,
sabiendo que de esta manera,
hablo al mundo de vidas
tranquilas y solitarias,
quizás incluso cuando no hago más
que gritar y chillar.
¿Es que me falta el contacto directo del músico
con su instrumento?
O acaso la verdad sea
que el escritor crea
(con la trinidad de Dios, la máquina y él)
incestuosas siluetas
que una a otra se gritan y se chillan,
-132-
que me chillan y gritan a mí,
que vigilan y reúnen,
las innatas deformidades
de la soledad.

No hayas temor

Leopoldo Sedar Senghor, SENEGAL

No temas amada si a veces mi canción se vuelve demasiado
sombria,
si cambio el lírico laúd por el jalam² o la tama³,
y el verde aroma de los arrozales por el galopante rugir
de los tambores guerreros.

Oigo las amenazas de la antiguas deidades, el furioso cañoneo
del dios.
Quizás mañana la vehemente voz de tu bardo haya enmudecido
para siempre:
por eso mi ritmo se vuelve apresurado, y mis dedos sangran en
las cuerdas del jalam.

Quizás, amada, deberé caer mañana sobre esta tierra sin
sosiego.
Caeré lamentando el hundimiento de tus ojos y el oscuro
tam-tam
de los morteros en la lejanía.

Y tú llorarás en el atardecer:
llorarás por la apasionada voz que cantaba a tu belleza negra.

-133-

Totem

Leopoldo Sedar Senghor, SENEGAL

Tengo que esconderlo en lo más íntimo de mis venas:
el Ancestro,

a cuyo tormentoso refugio sólo llegan truenos
y relámpagos.

Mi animal protector, el totem mío,
tengo que ocultarlo,
porque no quiero romper las barreras del escándalo,
no quiero abandonar la prudencia del mundo ajeno.
Él es mi sangre fiel que demanda fidelidad,
protegiendo mi orgullo desnudo contra mí mismo,
y protegiéndome contra la soberbia
de las razas felices.

Dongo, el buitre

Canto bambara de guerra

Guerreros que no conocéis el temor:
oíd el canto del Buitre.
El canto inmortal del Buitre Victorioso.
Canto a Mansú, el Buitre de la gloria.
¿Quién de vosotros se atreverá a decir «No», si el pájaro de
gloria ha dicho sí?
¡Quién se atreverá a enfrentarse a Mansú!
Pobre de quien tal hiciera: ése no verá nunca más la luz del
día.

-134-

Digo lo que le fue fatal al rey de Diajuruna.
Mansú el Glorioso le envió a Samanial Baa,
y el rey burlón dejó escapar una de sus burlas.
Pero el Buitre no gusta de ser objeto de burlas,
y toma muy a mal las risas Mansur el Victorioso.
Allá en Diajuruna, Mansú atrapó al burlón,
y ya la cabeza de Baa no sigue cabalgando sobre su cuello.

Canto al Buitre en su gloria;
cuando se posa, abre una hendidura en la tierra.
El Buitre se remonta a lo más alto del espacio:
tiene cuatro alas el Buitre Victorioso.

Cuando alza el vuelo, por la fuerza de sus garras
la tierra queda como en carne viva.
El Buitre desprecia a los cobardes.
«No come nunca el corazón de los valientes caídos en combate».

Canto del fuego

Bantú, ANÓNIMO

Fuego que los hombres contemplan en la noche, en la
profundidad de la noche.
Fuego que quemas y no calientas, que brillas y no quemas.
Fuego que vuelas sin cuerpo, sin corazón, que no conoces
hoguera ni hornillo.
Fuego transparente de las palmas: un hombre sin miedo te
invoca.

Fuego de los hechiceros, ¿dónde está tu padre?
Tu madre, ¿dónde está?
¿Quién te ha alimentado y te ha hecho crecer?
Tú eres tu padre, tú eres tu madre, tú pasas y no dejas
huellas.

-135-

El bosque seco no te engendra, tú no dejas cenizas al morir,
tú mueres y no mueres.
El alma errante se transforma en ti, y nadie lo sabe.
Fuego de los hechiceros, Espíritu de las aguas inferiores,
Espíritu superior a los aires,
Fulgor que brillas, luciola que iluminas el pantano,
Pájaro sin alas, cosa sin cuerpo,
Espíritu de la Fuerza del Fuego,
Oye mi voz: un hombre sin miedo te invoca.

Magias e invenciones (1984)

Al final del camino

En esta poesía reunida hallará el lector los poemas que he escrito desde el final de los años 30. No están todos, porque afortunadamente se perdieron muchos, ¡gracias sean dadas a los dioses! Creo que con lo que ha quedado hay suficiente, y hasta demasiado. Uno tendría que tener el valor, al final del camino, de quedarse con dos o tres poemas, los que considere más representativos de la intención, del propósito que se persiguió, o del instinto que llevó a escribirlos. No se trata de escoger «los mejores», porque el tiempo me ha enseñado que al enfrentarse con lo propio uno no tiene la menor idea de lo mejor, ni de lo menos malo, ni de lo decididamente malo. Uno no sabe nada de la poesía que ha intentado -de lo que intentó hacer con la poesía- y todavía sabe menos de la reacción que producirá en el lector éste o aquel poema.

Como no es posible ir susurrándole a cada lector, en el momento en que se lee, lo que realmente deseáramos que viese en el poema, no queda sino resignarse con lo que ocurra en cada caso, una catástrofe o una apoteosis. Valéry enseñó que «lo que uno escribe ríe riendo, otro lo lee llora llorando», o se lee ríe riendo lo que se escribió llora llorando. Y aún cuando para mí las dos cosas -reír, llorar- no tienen sitio en la poesía, sé que todavía hay muchos lectores que entran o salen de un poema como salen o entran de un baile o de un funeral.

Hay, por esencia, una incomunicación radical entre el autor y el lector. Lulio decía: «Ningún hombre es visible para otro»; puede decirse: «Ningún poema es visible por entero para el lector». (Ni acaso para el autor).

Cada poema tendría que llevar adherido un tratado de mil páginas que comunicase todo lo que se quiso decir en el poema, y que no se dijo, probablemente por la incapacidad o el pobre oficio del autor. Habría que acompañar el poema de una carta de marear para facilitar el viaje por dentro de su entraña, más allá de su piel. Pero esa es una tarea tan insensata como utópica. No queda otra salida que tirar el poema a la calle y desentenderse de su destino.

A lo más que puedo llegar en materia de establecer una comunicación que sea eficaz para la lectura de lo hecho por mí, es a recordarle al lector un pensamiento -140- de Heidegger, según el cual la poesía es la leyenda de la desnudez de lo existente, que yo gusto de interpretar como «la poesía es la fantasía, la lectura que completa ante nuestros ojos la desnudez (la realidad) de lo existente». Dar existencia a lo tenido hasta ese momento por inexistente, es la función mayéutica de la poesía.

Esta definición no apareció en mí como un programa de trabajo, no fue un hecho a priori, sino que ahora, al mirar hacia atrás cuando llego al final del camino, pienso que es aplicable y adecuada para resumir, más que una intención, un instinto.

Creo recordar que uno de mis primeros poemas consistía en una retahíla de preguntas: era una pura y cándida interrogación sobre el misterio de la rosa en el jardín. Ahora caigo en la cuenta de que no he hecho en la vida otra cosa que preguntar, y reproducir después lo que me ha parecido ser una respuesta.

Creía estar haciendo una poesía de la inteligencia, y me salió un poemero

del desconcierto y de la confusión de un hombre cualquiera ante el enigma del mundo, que es la más trivial y la menos inteligente de las reacciones ante el enigma del mundo. En el fondo, todo vulgar, instintivo, fisiológico: una pena. Y llamo pena a todo lo que es Naturaleza bruta, a todo lo que no es Inteligencia. Lo único que me ha interesado en este viaje hacia el morir que es estar vivo, es inventar, fabular, imaginarle a una realidad cualquiera la parte -el completo- que creía le faltaba. No ignoro la soberbia que hay en esto, pero la soberbia es también un instinto indomable.

Al finalizar esta señal de comunicación deseada con el lector, debo agradecer a la insistencia de un grupo de amigos, Pedro Shimose al frente, y al I.C.I., la publicación de estos poemas. Por fortuna, tendría que mencionar en este agradecimiento a tantos poetas y amigos fieles, que haría de esta introducción un catálogo, grato para mí, pero enojoso para el lector. Me limito a inscribir el nombre de Francisco Brines, poeta-poeta, que encarna a la perfección la gentileza de los poetas españoles con mis poemas. Brines es además un modelo de la amistad, ese sentimiento tan profundamente creador como la poesía misma. Gracias a todos ellos reúno estos poemas. Para que queden recogidos cuando muera. Para nada más.

G. B.

-141-

Retrato

E se pobre señor, gordo y herido,
que lleva mariposas en los hombros
oculta tras la risa y el olvido
la pesadumbre de todos los escombros.

Él dice que lo tiene merecido
porque aceptó vivir, que no hay asombro
en flotar como un pez muerto y podrido
con la cruz del vivir sobre los hombros.

Cenizas esparcidas en la luna
quiere que sean las suyas cuando eleve
su máscara de hoy. No deja huellas.

Sólo quiere una cosa, sólo una:
descubrir el sendero que lo lleve
a hundirse para siempre en las estrellas.

Epicedio para Lezama

Tiempo total. Espacio consumado.
No más ritual asirio, ni flecha, ni salterio.
El áureo Nilo de un golpe se ha secado,
y queda un único libro: el cementerio.

Reverso de Epiménides, ensimismado
contemplabas el muro y su misterio:
sorbías, por la imagen de ciervo alebestrado,
del unicornio gris el claro imperio.

-142-

Sacerdotes etruscos, nigromantes,
guerreros de la isla Trapobana,
coregas de Mileto, rubios danzantes,

se despidieron ya: sólo ha quedado,
sobre la tumba del pastor callado,
el zumbido de la abeja tibetana.

Marcel Proust pasea en barca por la bahía de Corinto

A la sombra de la juventud florecida
sentábase todos los días el viejo Anaximandro.
Tan viejo estaba ya el famoso mandrita,
que no despegaba los labios, ni sonreía, ni parecía comprender
la fiesta de aquellas cabelleras doradas, de aquellas
risas y picardías de las muchachas más bellas de Corinto.

Fue hacia el final de su vida,
cuando ya decíase la gente a sí misma al verle pasar:
a Anaximandro le quedan, cuando más, tres o cuatro girasoles
por deshojar;
fue en aquel pedacito de tiempo que antecede al morirse,
cuando Anaximandro descubrió la solución del enigma del

tiempo.

Fue allí en Corinto, junto a la bahía, rodeado de muchachas florecidas.
Le había dado por la inofensiva manía
de protegerse con un quitasol mitad verde mitad azul a la hora
del mediodía;
no saludaba a las gentes de su edad, no frecuentaba los sitios
de los ancianos,
ni parecía tener en común con los del ágora
otra cosa que senectud y nieve alrededor de las mandíbulas:
Anaximandro
se había mudado al tiempo de la juventud florecida,
como quien cambia de país para curarse una dolencia vieja.
-143-

Llegaba con el mediodía a la sombra sonora de aquellas
muchachas de Corinto;
arrastrando los pies, impasible, con su quitasol abierto, y
sentábase calladito,
sentábase en medio de ellas a oír sus gorjeos, a observar la
delicada geometría
de aquellas rodillas de color de trigo, a atisbar alguna
fugitiva paloma de rosado plumaje,
volando bajo el puente de los hombros.
Nada decía el viejo Anaximandro
ni nada parecía conmoverle bajo su quitasol, sintiendo el
tiempo pasar entre
las dulces muchachas de Corinto, el tiempo hecho una finísima
lluvia
de alfileres de oro, de resplandor de cerezas mojadas,
el tiempo fluyendo en torno a los tobillos de las florecidas
palomas de Corinto,
el tiempo que en otros sitios acerca a los labios del hombre
una copa de irrechazable veneno,
ofrecía allí al mediodía el néctar de tan especial ambrosía,
como si él, el tiempo, también quisiese vivir, y hacerse
persona, y deleitarse
en el raso de una piel o en el rayo de una pupila entre verde
y azul.

Silencioso Anaximandro
como un cisne navegaba cada día entre las nubes de la belleza,
y permanecía;
estaba allí, dentro y fuera del tiempo, paladeando lentos
sorbitos de eternidad,
con el ronroneo del gato junto a la estufa. Al atardecer
volvía a su casa,
y pasaba la noche dedicado a escribir pequeños poemas para
las rumorosas palomas de Corinto.

Los otros sabios de la ciudad murmuraban sin descanso.
Anaximandro había llegado a ser, más que el rito de las cosechas y que el vaivén de los navíos,
el tema predilecto de los aburridos conciliábulos:
-«Siempre os dije,
oh ancianos de Corinto, afirmaba su viejo enemigo Pródico, que éste no era
un sabio verdadero ni siquiera un hombre medianamente formal.
¿Su obra?
Todo copiado. Todo repetido. Pero vacío por dentro. Vacío como un tonel de
vino cuando los hijos de Tebas vienen a saborear la luz de los viñedos de Corinto».

-144-

Anaximandro cruzaba impasible las calles de la ciudad, rumbo a la bahía.

Llevaba abierta su sombrilla azul, y cazaba al vuelo los rumores de cuanto ocurría:
un día tras otro se iba hacia los sótanos del tiempo algún profundo anciano.

Los sabios eran talados, día a día, por las mensajeras de Proserpina, y sólo sus cenizas pasaban, rumbo al mar, entre las aguas cubiertas de violetas que es el mar de Corinto.

Todos se iban, y Anaximandro seguía allí, rodeado de muchachas, sentado bajo el sol.

Un pliegue de la túnica de Atalanta, la garganta de Aglaé, cuando Aglaé lanzaba hacia el cielo su himno para imitar las melodías del ruiseñor,

una sonrisa de Anadiomena, eran todo el alimento que Anaximandro requería:

y estaba allí, seguía allí, cuando todo a su alrededor se había evaporado.

Un día, allá, desde lo lejos, se vio dibujarse una pequeña barca en el

trashorizonte de la bahía de Corinto.

Venía en ella, remando con fatigada tenacidad de asmático, un hombrecito:

cubría su cabeza un sombrero de paja, un blanco sombrero de paja encintado de rojo. Desde su confín el hombrecito miraba hacia el corazón de la bahía, y descubría a lo muy lejos

una sombrilla azul, un redondelito aureolado como el sol.

Hacia allí bogaba.

Terco, tenaz, tatareando una cancioncilla, el hombrecito de manos enguantadas

remaba sin cesar. Anaximandro comenzó a sonreír. La barca,

inmóvil en medio de la bahía,
vencía también el tiempo. Despaciosamente el blanco sombrero
de paja anunció
que el hombre regresaba.

Esa noche, poco antes de irse a dormir,
Marcel Proust gritaba exaltado desde su habitación:
«Madre, tráigame más papel, traiga todo el papel que pueda.
-145-
Voy a comenzar un nuevo capítulo de mi obra.
Voy a titularlo: «A la sombra de las muchachas en flor».

1973

Brandenburgo 1526

Exquisitas damas brandenburguesas
procuraban dominar la cólera del Barón Humperdansk,
no obstante que conocían la justificación de aquella cólera:
la Baronesa, a la que se tenía por mujer feliz en su castillo
rodeado de abetos gigantescos,
se levantó muy al alba, vestida ya de amazona, bebió de pie su
taza de Etiopía,
y dijo al palafranco por única despedida:
«cuando llegue el momento dígame al Barón que salí a ver qué
cosa es esa del
Nuevo Mundo de que se habla tanto ahora».

El Barón fue informado de su infortunio a la hora exacta
en que cada día autorizaba a sus lacayos a dirigirle la
palabra:
apagada la última campanada de las doce, él agitaba desde su
cámara secreta
una campanillita de oro que tintineaba por todo el castillo,
y erizaba de pavor los cabellos de la servidumbre.

-«Deme las novedades del día», dijo el Barón al bailío de
turno.
El bailío aclaró su garganta, se puso rígido, y desviando sus
ojos
de la cara granítica del Barón Humperdansk, dijo de una
tirada:

-«Hoy no hay nada más que decir que la señora baronesa partió a las cinco y treinta de la mañana en su caballo alazán Bucefalito, dejándole dicho a Vuestra Excelencia que iba al Nuevo Mundo».

-146-

El Barón Humperdansk clavó los ojos en el parque de abetos que rodeaba el castillo; mudo, con el cristal de las lágrimas perforaba el sendero, y seguía más allá, como persiguiendo el trotar del alazán en las llanuras brandenburguesas, y avanzaban hasta alcanzar las orillas del océano, donde desplegaba grandes velas color de azafrán, una barca lista para zarpar con rumbo a las remotas islas, a aquellas en cuya realidad creían tan sólo los navegantes fieles a Juan de Mandavilla y los pajes venecianos del perínclito Señor del Tapiz de Oro, llamado Marco Polo.

Adherido como un albatros muerto al ventanal sobre el bosque, el Barón presenciaba extrañas ceremonias.
¡Qué inmenso templo de columnas blancas coronadas de ventalles verdes!
¡Qué calidad de cielo! ¡Y cuántas claridades en las nubes!
¿Será ésta la tierra presentida por los altivos navegantes de la Eskalda,
por los viejos estrelleros del Egipto, por los augures persas?
Deleitosa dibujo nunca visto del sol sobre las hojas, del aire en la piel del espacio.
Todo es allí sustancia de diamante, todo se rompe en luz, todo fulgura.
¿Qué isla es esta de la que a Brandenburgo llegan insólitos aromas,
y rojos chillidos de desconocidos pájaros despiertan los abetos del castillo,
y humaredas de un incienso nuevo suben hasta el alma, y la enardecen?
¿Qué catedral radiante se alza junto a la espuma,
y piérdese feliz por ella la más exquisita dama de Brandenburgo,
reverenciada ahora entre himnos y elásticas danzas como una diosa ofrendada por el mar,
reverenciada por gentes extrañas, jamás vistas en los bosque de Europa?
¿Y quiénes son estos jóvenes guerreros desnudos que cantan sin

cesar tan suaves melodías,
y estas doncellas doradas que danzan percutiendo a compás sus
tamburines?

¿Qué es este extraño atuendo de sus cabezas, y esta mórbida
carne acanelada

de sus sensuales cuerpos, que se adivinan tibias como
caricias?

-147-

Mira el Barón absorto el ritual de la remota isla hecho a una
diosa nueva;

siente que aquellos extraños guerreros la han recibido
como si hubiese caído del cielo después del huracán, el
huracán,

que a veces dejaba en las llanuras y sobre el terciopelo de
las solemnes ceibas innumerables pajaritos

blancos y a veces, como ahora, ofrecía un ídolo benéfico,
otra diosa que renovarían la fecundidad de las mujeres y de la
tierra.

El Barón lloraba silenciosamente, día tras día, en noche y
alborada,

y en su habitación entraban las exquisitas damas de
Brandenburg

para escucharle una y otra vez el relato de sus alucinaciones.
Hablaban

de ríos absolutamente cristalinos, de rojas mariposas sonoras,
de aves que conversaban con el hombre y reían con él. Hablaban
de maderas perfumadas todo el tiempo, de translúcidos peces
voladores, de sirenas,

y describía árboles golpeantes con sus fustes en la techumbre
del cielo,

y se le oía runrunear, transportado en su sueño al otro mundo,
cancioncillas que jamás resonaron en los bosques del castillo.

Y cantaba:

Senserení, color de agua en la mano,
y sabor de aleluya en bandeja de plata;
Senserení cantando a través del verano,
con su pluma de oro y su pico escarlata.

Tornaba a ensimismarse en su felicísima tristeza, y allí se
estaba el Barón de Humperdansk,
pegado al ventanal de las iluminaciones, contemplando el vivir
de su esposa

en otro lejano paraíso, rodeada

de adolescentes lascivos, de ídolos hieráticos, de madreperlas
y palmeras.

Hasta que un día, de pronto, apagada la última campanada de
las doce, cuando
los lacayos entraban para cantar con laúd las novedades del
día

(que Lady Mirandolina se había malogrado,
que Piccolino Uccello había escrito un poema),

-148-

se oyó gozosa la voz del bailío diciendo:

-«Hay noticias, señor Barón, de que la Baronesa vuelve». Y a
seguidas,

crecía en todos los oídos el trotar de un caballo alazán. Y
avanzaba veloz,

entre los abetos, la diosa que venía de las islas. Corría
feliz hacia el castillo,

aquella que partió para encenderse y renacer en las tierras
del Nuevo Mundo.

Entró en la cámara del Barón,

besó la frente del deslumbrado cuchicheando extrañas palabras
en sus oídos,

y ceremoniosa fue hasta la ventana de los prodigios lejanos:

la Baronesa Humperdansk

llamó junto a sí a las exquisitas damas brandenburguesas y

dijo:

«Benedicme, mujeres de Brandenburgo; mirad mi vientre: traigo
del Nuevo Mundo

al sucesor de este castillo».

Y la Baronesa, con suma cortesía,

invitaba a las damas a fumar de unas oscuras hojas que recogió
en las islas.

El humo vistió de nubecillas plateadas la cámara del feliz

Barón. Ebrio de alegría,

agitaba su campanilla de oro, y pedía que trajesen los vinos
de las fiestas

principales. Todos brindaban

por el niño que pronto haría florecer de nuevo los muros del
castillo.

Todos bailaban locos de felicidad.

Y extraña cosa en los bosques de Brandenburgo:

todos quedaban castamente desnudos, envueltos por el humo
traído de las islas,

y danzaban al son de una música extraña:

una música hecha con tamburines de oro, y palmas, y

sahumerios.

La fiesta del fauno

A l'heure où ce bois d'or et de cendres se teinte.
Una fête s'exalte en la feuillée éteinte...

S. Mallarmé

Silbaba por el bosque
su blanda cancioncilla
el hermoso mulato,
aquél cuya mirada era
una llama verde y sofocada.
Volvía fatigado, pero recio
del duro trabajar de cada día.
Daba a la fresca tarde
la estatua de su cuerpo humedecido.
Era un astil de oro volando entre las ramas;
descalzo, con el torso desnudo, anudada
a la estrecha cintura la camisa,
elástico y sereno el paso de poderoso
centauro o fauno renacido, silbaba
su dulce cancioncilla
bajo la tibia techumbre de las ramas.
Doradas piernas, estilizados muslos,
andar que la gacela imitaría,
iba el hermoso bosque de miel y de canela
olvidado de todo, viajero de su silbo deleitoso,
cuando tocó en su hombro la leve piedrecilla
que alguien le arrojara; detenido quedó
bajo el palio de las verdes columnas. Inmóvil,
como el ciervo temeroso y ansioso a un tiempo mismo,
hundió entre las ramas la verde llamarada de sus ojos,
y descubrió a poco el rostro apasionado de la ninfa lejana,
de la que viera tantas veces contemplarle de lejos, recatada
tras las persianas de la casa señorial.
-150-

La brisa de la tarde
era ahora el silbo, era

el único sonido que podía escucharse
entre el cálido silencio de la pasión:
el fauno sintió la llamada
de un cuerpo ya desnudo,
apartó suavemente las ramas,
y delicado, callado, reverente,
ofreció de nuevo,
a la curiosidad insaciable de los dioses,
la estatua de dos cuerpos enlazados.

La casa en ruinas

Une rose dans les ténébres.

S. M.

Hoy he vuelto a la casa donde un día
mi infancia campesina conociera
el pavor y la extraña melodía
de encontrar otra vez lo que muriera.

Ya nada atemoriza, nada altera
el ritmo de la sangre. Aquí vivía
(cuando era mi vida primavera)
la que a los niños en dioses convertía.

Vació el caserón, rotas las jarras
que las rosas colmaron de belleza,
en vano vine en busca de mí mismo:
-151-

todo es inútil ya, perdidas las amarras,
y vencedoras las ruinas, es la pobreza
la única rosa nacida en el abismo.

Aparición

Quand avec du soleil aux cheveux, dans la rue
Et dans le soir, tu m'es en riant apparue...

S. M.

La tarde había llegado con su cara
de muchacha tontona, tetona, testaruda,
y amenazaba insistir en su bostezo
hasta partirnos de tedio el espinazo.
¿Otra tarde sin Brígida, sin piano que aporrear,
sin nadita que hacer salvo dormirse o rascarse la ingle,
o aventurarse en el último rincón del cuero cabelludo
en busca de un piojito compañero?
¡Otra tarde de hastío agotador,
cavando túneles en el techo de la nada,
viendo girar tiovivos sin niños adentro,
tiovivos con telarañas y moscas, y esqueletitos de
murciélagos!

Después de hurgarse la nariz hasta el cansancio, y luego
de atisbar si por fin se desviste la vecina, y tras
de buscarse meticulosamente la rebeldísima liendre en el
sobaco,
¡cuánto hay que esperar hasta la noche, hasta poder salir
con el sol vencido en busca de cangrejos por la playa!

Ni jugar a los dados con Juan puede,
ni han instalado la luz en el casino,
ni el mariquita oficial de nuestro pueblo
ha contado algún chisme succulento: esta va a ser la tarde
-152-
de las tardes, la tarde deshuesada, tardosa en deshacerse,
¡la retardada tarde amoladora!

Sentado en el portal de toldos rojos,
aferrado el taburete que acerca somnolencias y nostalgias,
con el paypay caído sobre el vientre dormitaba,
roncaba, revolví, remolineando la cabeza en el caldero
de la siesta, brindándole cariño hasta a las moscas

para que no fueran a dejarme solo
con toda aquella tarde sentada sobre el hombro.
(Y el sonsonete apagado de la siesta, el calladito
chischís de la cigarra conduciendo el soñar, llevándolo
por túneles pequeños, horadados en el tronco de las ceibas,
túneles acolchados de zumbidos de abejas, de lanas suaves,
de sonsonete como en sordina que el durmiente oye remoto:
«El resol, el resol achicharra al girasol,
la mejorana dormita bajo el sol,
el sueñín sueñecito de la siesta en el horno del sol,
el sol del resol achicharra al girasol»).

Sentí de pronto bajo el sopor del sueño
cómo cantaba a gritos el olor de la albahaca,
cómo avisaba con risas verdes y rojas y amarillas
el guacamayo azul, ¡cuánto bullicio golpeaba párpados,
despertaba sin pena, zarandeaba el bochorno del dormido!
¡Qué despertar de fiesta, de tarde transformada!

Abrí los ojos y me sentí cercado por un resplandor de oro:
algo venía precedido de músicas, de pájaros verdes, de
jazmines
abiertos a la luna. Fue de un golpe
como si cien niños golpeasen sartenes con cucharitas de plata:
Afrodita en persona, protegida del sol con una sombrilla de
hojas frescas,
Afrodita mulata de ojos verdes y andar de palomita buchona en
los maizales,
-153-
pasaba por la puerta de mi casa.
Nadie viera en el pueblo, jamás, mujer tan hermosa.
Tenía la belleza de las islas, el color de las islas, la risa
de las islas. No era de
allí, ni acaso de la tierra era: vendría del país de las
magnolias.
Andaba, y yo le veía inmóvil. Sonreía,
y yo veía salir de entre sus labios la luz de la alborada,
y el centelleo del sol sobre el mar, que despliega infinitas
colas
de pavos reales, y la brisa,
la brisa que vuelve paraíso las noches antillanas.

Cuando pasó al fin,
sonriendo benigna a mi estupor,
perfumando para siempre en mi memoria
la aparición de aquella tarde, de aquel dulzor de caimito y
pomarroza,

ya no pude pensar otra vez en el tedio, ni pensar nunca más en
la adelfa marchita;
sólo veía por todas partes el cielo derramado, el sol de
terciopelo:
florecidos todos los jardines, encendidas todas las estrellas.

1967

El galeón

Desde Manila hasta Acapulco
el poderoso galeón venía lleno de perlas,
y traía además el olor de ilang-ilang,
y las diminutas doncellas de placer criadas por Oriente,
y todo el aire de Asia pasando por el tamiz mejicano,
para derramarse un día sobre las severas piedras de Castilla,
como un extraño óleo de tentación y desafío.

-154-

Desde Manila hasta Acapulco
el viejo galeón cuidaba su vientre henchido de canela, y los
lienzos de vaporosas sedas para la ropa del rey,
y las garrafas de muy madurada malvasía,
y los alfilerones de oro para la arquitectura difícil del
peinado,
el palisandro, la taracea, el primor,
todo venía en el vientre del galeón
hurtándose de continuo a los corsarios golosísimos,
que pretendían adelantarse en lo de poner a los pies del rey
suyo
la espuma blanquísima del coco, el arcón de sándalo, el laúd
copiado del ave del paraíso, y la marquetería
rehilada de nácar, como diseñada por Benvenuto en la Florencia
medicea.

Desde Manila hasta Acapulco
el galeón saltaba entre mantas de transparentes zafiros,
y a cañonazos, a dentelladas, a blasfemias,
defendía el bosque de sus entrañas, fuese de computas,
de abanicos, o de caobas,
y avanzaba hacia el sol legendario de los mejicanos como a un
altar,
venciendo, escabulléndose, ascendiendo desde el abismo del

océano
hasta las playas donde la finísima arena remedaba la trama
delicada
de los tejidos que urdían en Filipinas las últimas hadas
verdaderas.

Desde Manila hasta Acapulco
el galeón hacía palpable los sueños de Marco Polo.
Parecía saber que allá en la corte lejana esperaba un rey,
un hombre sensual y triste, monarca de un vastísimo imperio,
un rey que no podía dormir pensando en la renovada maravilla
del galeón,
y en tanto los tesoros viajaban lentamente por tierras
mejicanas,
y llegaban al otro lado del mar para salir en busca de
Castilla,
él se serenaba en su palacio quemando redomillas de sándalo,
júcaras de incienso, pañuelos perfumados con ilang-ilang.

Y así, de tiempo en tiempo el Escorial era como un galeón de
piedra,
como un navío rescatado de un mar tenebroso, salvado
-155-
por la insistencia de la resina, por el aroma tenaz del benjuí
y de la canela.

El Escorial era
un galeón construido por el rey un día para viajar,
sin moverse de su rígido taburete, desde Castilla hasta
Acapulco,
desde Acapulco hasta Manila, desde Manila hasta el cielo.

1979

La esperanza

Recuerdo siempre al moribundo aquel,
el que prorrogaba su vida contemplando una rama,
al extremo de la cual solo quedaba una hoja,
nada más que una hoja resistiendo al cierzo
y a la tramontana: una hoja empeñada en no morir.

El moribundo asombraba todos los días a los doctores,
a los que no conocían el secreto de su resistencia,
a los que no veían la trama urdida en silencio
entre la hoja tenaz y el moribundo olvidado de morir.

Siempre, siempre recuerdo al moribundo aquel,
mirando desde su lecho, tras la ventana, la hoja solitaria,
desafiando las leyes de la duración humana,
viviendo cuando todos, médicos y sacerdotes,
tenían decidido que aquello había terminado, definitivamente.

Y su apresurada viuda, con largos velos y lágrimas,
y sus dulces herederos, formados ante el notario,
compungidamente:

-156-

todos coincidían en pensar que era excesiva tanta
persistencia:

coincidían los sabios doctores con los no afligidos deudos,
y con los parsimoniosos sacerdotes.

Braceaban todos a una en el gran desconcierto
de una vida escapándose a la vieja costumbre de perecer.
Porque no sabían que una débil hoja indicaba el camino,
y el moribundo resistía, insistiendo en vivir,
humillando al sentido común de los sagaces, mortificando el
prestigio
de quienes en asuntos de esos poseían una larga autoridad,
y una irrefutable experiencia.
Eso,
eso es la esperanza,
la esperanza es
un pavo real disecado que canta incesante en el hombro de
Neptuno.

1966

Coloquial para una elegía

Conocí a un señor que era al mismo tiempo príncipe y mendigo.
Si usted lo miraba con detenimiento para descubrir su edad y
su linaje,

comprobaba que en ocasiones tenía quinientos, seiscientos o
novecientos años,
y a veces sólo había arribado a la graciosa Edad del Melocotón
en las mejillas.
Este señor vivía apoyado en sus ojos arcánicos, memoriosísimos
ojos sedientos de mundo,
por lo cual conocía como nadie los sucesos ocultos en lo
porvenir,
y se paseaba por ellos como los astronautas pasearon por la
piel de la luna
en el siglo décimo antes de la aparición de Cristo.

-157-

Si alguien le interrogaba en busca de luz para vencer los
caminos
él se limitaba a explicar cuáles fueron exactamente los pasos
dados por Amenofis Tercero
para destruir a sus enemigos, y transformar en hormigas a sus
más queridos guardianes.

El Tiempo, decía, no puede escindir-se como si fuera un hilo de
seda ovillado sobre sí mismo,
el Tiempo necesita millones de los años inventados por el
hombre
para consumir siquiera un segundo de su existencia pura.
Todo lo que podemos recordar es simultáneo e idéntico a
nosotros mismos,
y todos los hombres y mujeres, y los episodios que llamamos
«la historia»,
cabén holgadamente en la minúscula fracción de una millonésima
de segundo
del Tiempo, del Tiempo continuo e indivisible que nosotros
creemos
poder cortar en rodajitas, como hicimos en su momento con los
brazos de la Venus de Milo.

Si usted se detiene a pensar en el misterio del pedazo de pan
sobre la mesa,
advertirá que todo cuanto ha sucedido aquí, y lo que está
haciéndose en este momento,
y lo que será hecho dentro de lo que decimos cien años
venideros,
todo eso, cabe en una gotita del Tiempo, y verá usted, sin
asombrarse demasiado,
con cuánta naturalidad danzan un gracioso minué Catalina de
Siena y Luis XIV,
y cómo el emperador Moctezuma desliza cuentos eróticos en los
oídos
de la siempre Bien Degollada María Antonieta de Francia y del

Vacío.

Aquel Señor sabía imitar muy bien los gestos, las palabras,
las ideas de sus semejantes,
pero él en el fondo no estaba exactamente en el mismo
escenario de los otros,
sino que vivía delante de la escena, y por fuera de ella y en
su encimarse
al tiempo unísono en que vivía también, más dibujado que
nadie, en el espeso tapiz
de la viviente escena.

-158-

El era el autor y el protagonista, el espectador y el inventor
del argumento,
el que entraba y salía de los laberintos del Tiempo, con un
libro en las manos,
con un espejo egipcio, con un enorme marghilé humeante,
colocándose a voluntad
dentro o fuera del Tiempo habitual de los humanos, o
enseñándoles a esos,
a los efímeros humanos, cómo se recorta y se hace nuestro un
fragmento del Tiempo.

Ahora creo que alguien ha dicho que aquel hombre se ha ido,
que se ha disfrazado de cadáver, de cuerpo desprendido de su
alma
como se desprende la sierpe de su camisa usada,
como se dejan morir de hastío las estrellas cuando llevan
exactamente
millones y millones de años, es decir, apenas un segundo
enviando señales
a los hombrecitos que van y vienen como gusanos sobre la
podredumbre fermentada,
por la piel de la pobre tierra, muerta hace tiempo y viva sin
embargo hasta la eternidad.

Por eso, porque conocí y contemplé a aquel señor que sabía
recordar
lo que va a ocurrir en el siglo XXI, y enseñaba que será lo
mismo que ocurrió
diez siglos antes de que Cristo apareciese una milésima de
segundo sobre la escena,
es por lo que ahora miro con tanto cariño este viejo reloj que
me acompaña,
el reloj que exactamente a las seis en punto de la mañana de
cada día de cada siglo
me saca del sueño como saca del horno su oloroso pan el

panadero,
y hace sonar en toda la planicie de mi alma
la horrible musiquita del Für Elise, que era la melodía
favorita de Aristóteles,
la que silbaba mañana, tarde y noche en la azotea de los
rascacielos de Nueva York,
ciudad que es como el espectro de la vieja metrópolis de Ur,
visto en el espejo de niebla de las aguas del Nilo.

1980
-159-

Primavera

(Beethoven, opus 24)

Hay días en que el sol siente deseos
de imitar a Dios.

Él se hastía
de ser la andrógina margarita del firmamento,
y atareadamente se entrega a la tarea
de remedar al Señor.

Aplica su malicia de niño irreverente
a producir la mariposa nueva.
Mete la luz entre el gastado iris,
y lo rojo da el negro y amarillo lo azul.
De la panza del sapo hace un diamante
tan casto y diáfano como el planeta Venus.
Y donde hubo verdor deja flotantes cabelleras
(interminables cabelleras de color amaranto).

¡No hay quien descubra en esta dulce belleza de la tórtola
la que fuera arredrante cabeza de hipopótamo!
El Universo es puesto en orden por el sol: queda
limpio de error. ¡Todo es belleza! Transfigurado,
lo hórrido de ayer canta himnos de gracias a lo justo.
Las alabanzas brotan de la boca del jabalí como de la del
ruiseñor.

¡Aleluya por todos! ¡Aleluya hasta el fin de los tiempos!

Y tras ver el sol el mundo variopinto y nuevo, échase a reír.
(A esa risa del sol es a lo que llamamos los hombres primavera).
Dios nuevo, ríe el sol, y sus cascadas de oro líquido,
ardiente,
hunden fulgor y hacen alegría
hasta en las negras entrañas de la tumba.

1967
-160-

Breve viaje nocturno

Según la leyenda africana, el alma del durmiente va a la luna.

Mi madre no sabe que por la noche,
cuando ella mira mi cuerpo dormido
y sonrío feliz sintiéndome a su lado,
mi alma sale de mí, se va de viaje
guiada por elefantes blanquirrojos,
y toda la tierra queda abandonada,
y ya no pertenezco a la prisión del mundo,
pues llego hasta la luna, desciendo
en sus verdes ríos y en sus bosques de oro,
y pastoreo rebaños de tiernos elefantes,
y cabalgo los dóciles leopardos de la luna,
y me divierto en el teatro de los astros
contemplando a Júpiter danzar, reír a Hyleo.
Y mi madre no sabe que al otro día,
cuando toca en mi hombro y dulcemente llama,
yo no vengo del sueño: yo he regresado
pocos instantes antes, después de haber sido
el más feliz de los niños, y el viajero
que despaciosamente entra y sale del cielo,
cuando la madre llama y obedece el alma.

1962
-161-

Pavos reales en un jardín de Oviedo

En el parque principal de Oviedo hay cisnes.
Y hay pavos reales. ¿Qué le vamos a hacer?

GERARDO DE NERVAL

Caminaba hacia el cisne visto entre la bruma,
seguro de que al llegar no existiría tal cisne,
cuando brilló un fuego azul, un rápido espejear
como la cola fatigada de pavo real en celo.

Y me dije: otro espejismo más y me creeré perdido,
desrazonado ya de punta a punta en este jardín de Oviedo;
¿pavos reales aquí?, ¿recuerdos de mi infancia
asaltándome a expensas del cansancio y la niebla?

Volvemos a mirar, pero con calma, ahuyentando fantasmas,
comprobando minuciosamente el peso, la medida, el tacto y el
perfume;
no concediéndoles ser realidad sino a las cosas reales:
un cisne, otro cisne, y otro, parejamente suaves, líricamente
puros a fuerza de blancura, de ritmo, de ufanía; y los
inevitables
niños arrojándoles migajitas de pan a los cisnes, y viejecitas
friolentas,
y todo el escenario realísimo y cabal de un jardín
provinciano.
¡Muy bien! Estos son los hechos, Acepto. ¿Pero qué puede hacer
aquí,
retador y rotundo este pavón suntuoso, indiferente, paseándose
entre los pobres con su túnica cuajada de esmeraldas? ¿A quién
ofrece
su habitual lección de gallardía, rodeado por la niebla,
orondo como un ciego
que cree ciegos a los demás, y vive mirándose en su espejo? El
pavo real
de carne, hueso y pedrería está en efecto aquí, no es sueño:
trae mi infancia con él, y tantas cosas.

Pasa el pavo real junto a mi mano, lento, como si buscase un

pedacito de pan
o de un clavel blanco. Me lo quedo mirando, fijo, fijo hasta
no estar más allí,

-162-

sino muy lejos, allá en los cálidos jardines, donde los pavos
reales

se irisan bajo el sol, y se transforman
en rápidas cascadas de rubíes, o en lentos abanicos de
mandarines viudos,

y se alimentan del canto de los pájaros,
de nada más que el canto de los pájaros.

1967

Es hermoso el verano, muy hermoso

Me siento bajo el sol a beber tarde,
a comer rodajitas de blando atardecer,
rodajitas finales de este domingo triste,
triste como todos los domingos,
y más los domingos tristes del verano.

La campana vacía de la tarde
se llena de fantasmas silenciosos:
vuelve la compañía mejor del solitario,
que es la memoria barrida de arriba a abajo,
lavada, planchada, limpiécita,
por la callada escoba de la muerte.

Julia, si quisieras ponerle un botón a esta camisa,
o un reborde de nácar a esta solapa,
porque esta noche
puede que regrese trayendo un clavel,
o quizás traiga otro puñadito de lágrimas
absolutamente cristalizadas ya,
en el revés de la manga.

Julia, no me dejes aquí:
llévame a tus terrazas llenas de geranios,

-163-

llévame al quitasol de estar bien muerto,
porque vendrá el verano otra vez,

y tendré que sentarme yo solo,
yo solo conmigo solo,
a beberme en largos tragos la tarde,
toda la tarde yo solamente solo,
con esta camisa tan sucia, sin botones,
con esta camisa,
vieja y destartalada
como el ataúd de un ajusticiado.

El poema

Homenaje a Eugenio Florit

«Quiero, dice la niña
irrumpiendo en el silencio del poeta,
que me escribas un poema».
«¿Quién puede hacer un poema? Yo no», responde el sorprendido.
«Ya están escritos todos los poemas».
«Ensimismado estaba,
ante un blanco papel, blanco y vacío horatras hora.
Un papel lleno del bostezo interminable de la nada».
«Quiero, quiero un poema», insiste
la inesperada niña. «Me gustan los poemas».
«Mira, ángel extraño, no es buen día el de hoy: la inspiración
ha huido. No puedo darte un poema,
ni soñar en hacerlo en todo el día. Pero toma,
toma esta rosa, llévala a aquel vaso que está en el fondo,
colócala allá cuidadosamente, para que mañana
-164-
siga siendo tuya todo el día. Y luego, puedes irte,
pero en silencio: la musa teme al ruido, y si se aleja,
tarda mucho en volver: déjame solo».

La niña tomó la rosa delicadamente,
y como en un vuelo cruzó la habitación.
Puso la rosa
en su erguido sepulcro de cristal, y sin ruido partió;
apenas pudo oírse la puerta, la que al cerrarse
enclaustraba de nuevo en su estéril espera, en su vacío,
al poeta. Todo fue paz de nuevo.
La nada resurgía

como una tierra amiga ante el ensimismado inútil.
Y al volver los ojos otra vez hacia el blanco papel,
vio que allí estaba:
como un mirlo en medio de la nieve,
como una estrella sola en el centro del cielo,
allí estaba, sobre el papel inmenso, el Poema.

Manos

¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos?
Te pregunto otra vez.

VICENTE HUIDOBRO

Me gustaría cortarte las manos con un serrucho de oro.
O quizás fuera mejor dejarte la manos en su sitio
Y rodearte todo el cuerpo con una muralla de cemento,
Con sólo dos agujeros precisos
Para que por ellos sacases las manos a que aleteasen,
Como palomas o como prisioneros de un rey implacable.

-165-

Tus manos estarían bien guisadas con tiernos espárragos,
Doradas lentamente al horno de la devoción y del homenaje;
Tus manos servidas por doncellas de cofias verdes,
Trinchadas por Trimalción con tenedores de zafiro.
Porque después de todo hay que anticiparse a la destrucción,
Destruyendo a nuestro gusto cuanto amamos:
Y si tus manos son lo más hermoso de tu cuerpo,
¿Por qué habíamos de dejar que pudiesen envejecidas,
Sarmentosas ya, horripilantes manos de anciano general o
magistrado?

Procedamos a tiempo, y con cautela: un fino polvo de azafrán,
Unas cucharaditas de aceites de la Arabia perfumante,
Y el fuego, el fuego santificador, el fuego que perpetúa la
belleza.

Y luego tus manos hermosísimas ya rescatadas para siempre.
Empanizadas y olorosas al tibio jerez de las cocinas:
¡Comamos y salvemos de la muerte, comamos y cantemos!

¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos? Creo que sí.
Por eso te suplico pases por el verdugo mañana a las seis en
punto,
Y dejes que te cercene las manos prodigiosas: salvadas
quedarán,
Habrá para ellas un altar, y nos reiremos, nos reiremos a
coro,
De la cólera inútil de los dioses.

-166-

Pensamientos de primavera para cualquier tiempo del año

En este mundo en cuya jaula el tiempo
es el pájaro solo y sin sueño.

ROSAMEL DEL VALLE

He venido a la hora que precede al alba;
en silencio he venido, y quedamente;
en cuclillas, como un ibis anciano me he puesto a contemplar
el rostro cerrado de esta flor tan rara,
traída quizás de los remotos jardines de Alejandría,
o quién sabe si de un viejo cementerio en el Camerún,
-¡nadie dice de dónde viene nada, de dónde y adónde!-
y he quedado ante ella fijo como el eje de la tierra,
olvidado del tiempo antes olvidado por mí, libre y solo,
por asistir al diario sorpresivo nacimiento,
al instante en que abriría ante el sol sus túnicas de nieve,
su corazón de muchacha enamorada.

Vine antes del alba,
y no he apartado un segundo los ojos
de esta hermética campánula dormida;
he sentido acercarse a paso quedos
el andar delicadísimo del amanecer,
ese blanco jinete que cabalga sin visible corcel, y sin ruido,
ese que avanza temeroso de destruir el sueño y lo soñado
bajo el cobijo maternal de la noche, y se esparce tenue,

inapresable, doliéndole la crueldad de despertar a los humanos.

Vino el amanecer, y luego el ruidoso
carro rojo del sol, y yo era inmóvil,
el Ibis milenario junto al estanque de Isis,
en espera del instante en que la flor se abriese;

-167-

y de pronto ya era el mediodía,
porque el cielo restallaba de flautas melódicas,
y el sol en su gran trono cantaba los himnos de la
fecundación,
poderosos pianos amarillos incendiaban de música la tierra. Y
abierta,
abierta la flor me miraba, sabiendo que yo no había sabido
cuándo abrió su corazón,
ni cuándo arrojó a los aires sus túnicas blanquísimas.

Me miraba la flor, me sonreía o desdeñaba,
y me llamaba hacia dentro de sí, como si fuera un palacio
deshabitado,
un interminable camino rojo bordeado
de vibrantes espadas.
Y yo descendía, descendía feliz,
río abajo del tiempo en busca de la flor inalcanzada,
cuando ya el sol decía adiós a los últimos enamorados del
jardín,
cuando ya se escuchaba en lo lejano el redoble
de los tambores luctuosos de la noche.

Al otro día, al otro lado del tiempo,
antes del alba, yo estaba allí de nuevo,
contemplando eternamente la misma flor,
y sintiendo cómo el alba se aproximaba,
y cómo traía cada vez más suaves sus pisadas,
y más tristes, más tristes sus caricias
para la piel reseca de la tierra.

El gato personal del conde Cagliostro

Tuve un gato llamado Tamerlán.
Se alimentaba solamente con poemas de Emily Dickinson,

y melodías de Schubert.

-168-

Viajaba conmigo: en París
le servían inútilmente, en mantelitos de encaje Richelieu,
chocolatinas elaborada para él por Madame Sevigné en persona,
pero él todo lo rechazaba,
con el gesto de un emperador romano
tras una noche de orgía.

Porque él sólo quería masticar,
hoja por hoja, verso por verso,
viejas ediciones de los poemas de Emily Dickinson,
y escuchar incesantemente,
melodías de Schubert.

(Conocimos en Munich, en una pensión alemana,
a Katherine Mansfield, y ella,
que era todo lo delicado del mundo,
tocaba suavemente en su violoncelo, para Tamerlán,
melodías de Schubert).

Tamerlán se alejó del modo más apropiado:
paseábamos por Amsterdam, por el barrio judío de Amsterdam
concretamente,
y al pasar ante la más arcaica sinagoga de la ciudad,
Tamerlán se detuvo, me miró con visible resplandor de ternura
en sus ojos,
y saltó al interior de aquel oscuro templo.

Desde entonces, todos los años,
envío como presente a la vieja sinagoga de Amsterdam,
un manojo de poemas.
De poemas que fueron llorados, en Amherst, un día,
por la melancólica señorita llamada Emily,
Emily, Tamerlán, Dickinson.

-169-

El héroe

El héroe pasó su vida a caballo.

Su esposa misma creía que él era un Centauro.
Sus hijos creyeron siempre que su padre era un Centauro.
Sus compañeros de armas le llamaban el Centauro.
Pues nadie, nunca, le había visto sino a caballo.
Montado día y noche, año tras año, cabalgando en su caballo,
Como un Centauro.

El héroe llegó a viejo y nunca descendió de su caballo.
«Es el Centauro», decían los nuevos soldados, con envidia.
«Es el Centauro», decían las novias llenas de pena por sus años.
Pero el viejo héroe se mantenía erguido en su caballo,
Y nadie pudo nunca, ni por dormir ni por nada,
Verle descendido de su hermoso caballo de pelea,
Como un Centauro.

Y el héroe un día aceptó, él también, morir, pero a caballo.
Fue llevado a su tumba encima de su caballo, como viviera,
Pues ni aún después de muerto quiso dimitir de su existencia.
Y ahora seguimos viéndole, en medio de la plaza, heroico,
En ese monumento que niños y palomas toman por viviente.
Erguido está en su caballo, el héroe de siempre, aquel
Centauro,
Cuyos hijos no le vieron sino a caballo, cuya esposa misma
No llegó a enterarse nunca de si aquel a quien amaba
Era un hombre a caballo, o era un Centauro.

1965
-170-

Confesión de un fiscal de Bizancio

En el otoño del setecientos
obtuve para mi tía Eufrasina Mitiklós
un nombramiento de cortesana.
Pues en aquellos días de la decadencia
sólo las cortesanas eran mujeres reverenciadas
en Bizancio.

Una vez obtenido el honor, pedí mi recompensa:
piezas de terciopelo rojo traídas de Turkestán,
ajorcas de diamantes para mi yegua preferida,
flores disecadas dos siglos atrás, cortinas del Bósforo,

candelabros comprados en Basora a cambio de centeno:
todo lo que me permitiera decorar mi casa,
y recibir en ella a Eufrasina Mitiklós, decorosamente.

Todo me fue negado por la impiedad de aquella harpía.
Ante el Gran Basileus me denunció por cohecho, soborno,
y crueldad contra los gatos favoritos del Emperador.
Juró puesta en cruz en el suelo que yo había envenenado
a la gata que dormía pegada al corazón de Constantino:
me perdió, me arrojó a las turbas, me pagó con hiel
todas mis dulzuras para ella.

Y fui condenado
a ser suspendido por el cuello en la torre más aguda
de la catedral de Bizancio. Utilizaron como cuerda de
extinción
el largo terciopelo traído del Turkestán: y allá arriba quedé,
flotando entre las nubes como una bandera de combate;
los niños, abajo, en la plaza, palmoteaban creyéndome una roja
cometa
que había sido izada para su deleite: aplaudían sin cesar,
y tuve así, en medio de la humillación, una errónea pero
agradable
-171-
apoteosis. Salí de este mundo entre aclamaciones, y Eufrasina
Mitiklós
quedó en definitiva vencida. Allá en la lejana torre de
Bizancio
flotaba la banderola rodeada de golondrinas.

Nadie podrá decir que yo no haya tenido una bella muerte.

1968

El hombre habla de sus vidas anteriores

Cuando yo era un pequeño pez,
cuando sólo conocía las aguas del hermoso mar,
y recordaba muy vagamente haber sido
un árbol de alcanfor en las riberas del Caroní,
yo era feliz.

Después, cuando mi destino me hizo
reaparecer encarnado en la lentitud de un leopardo,
viví unos claros años de vigor y de júbilo,
conocí los paisajes perfumados por la flor del abedul,
y era feliz.

Y todo el tiempo que fui
cabalgadura de un guerrero en Etiopía,
luego de haber sido el tierno bisabuelo de un albatros,
y de venir de muy lejos diciendo adiós a mi envoltura
de sierpe cascabel,
yo era feliz.

Mas sólo cuando un día
desperté gimoteando bajo la piel de un niño,
-172-
comencé a recordar con dolor los perdidos paisajes,
lloraba por aquellos perfumes de mi selva, y por el humo
de las maderas balsámicas del Indostán.
Y bajo la piel de humano
ya llevo tanto sufrido, y tanto, y tanto,
que sólo espero pasar, y disolverme de nuevo,
para reaparecer como un pequeño pez,
como un árbol en las riberas del Caroní,
como un leopardo que sube al abedul,
o como el antepasado de una arrogante ave,
o como el apacible dormir de la serpiente junto al río,
o como esto o como lo otro, ¿o porqué no?,
como una cuerda de la guitarra donde alguien,
sea quien sea,
toca interminablemente una danza que alegra de igual modo
a la luna y al sol.

1969

Jamás, con ese al final

Si tomas entre los dedos
la palabra amor,
y la contemplas de derecho a revés,
y de arriba a abajo,
verás que está hecha de algodón,

de niebla,
y de dulzura.

Si después aprisionas
la palabra música,
-173-
sentirás entre tus dedos
el crujir de una frágil
lámina de arena.

Si cae entre tus manos
la palabra jamás,
la terrible palabra
que pone punto final a la pasión
y al destino,
sentirás que está llena de infinito,
y que la serpiente inmóvil de la S
es un eslabón entre el fuego y la nieve,
entre el infierno y el cielo,
entre el amor y la música.

La palabra jamás con ese al final
no termina nunca;
rodea la tierra y salta luego,
perdiéndose en el océano
de las estrellas.

Bodas de plata

Cuando se vuelve muda la carne clamorosa,
para ella nos queda la ternura.
Persiste el resplandor de aquel hermoso incendio
que fuera un día himno de deleite, ramo de música viviente.

Debajo de las pálidas cenizas
palpita todavía
el jubiloso cantar de aquella hoguera.
-174-
Los ojos escaparon a otros paraísos;
tocó en otras playas la barca del deseo,
pero en el centro del alma está incrustada

aquella música lejana, suave y tenaz como el perfume de la infancia.

Cuando se vuelve muda la carne clamorosa,
aletea gimiente en el más puro rincón de la existencia
el pájaro gris de la ternura.

Fúnebre mariposa

Hay un país lejano con mariposas negras,
con mariposas enormes como un enigma, inagotables
en su extraño revolar silente sobre la cuna de los niños.
Allá a lo lejos, en el país perdido entre las rocas,
llaman a las mariposas con un nombre funeral: tataguas.
Se ve que estas negras mariposas vienen de las tumbas:
que traen mensajes en el idioma prohibido a nuestros oídos.
Ellas vuelan sobre las imágenes de los santos, se detienen
en la pequeña lámpara de aceite que pelea contra las sombras
y construye las sombras, con un mismo fulgor. Las mariposas
con su nombre espantoso, con sus grandes alas enlutadas,
gustan de oírse llamar tataguas, y a la música de este vocablo
extraño,
detienen su revolar y quédanse extáticas, en el aire,
como asistiendo a la reencarnación familiar de los difuntos.

-175-

Guitarra

De niño fui llevado al corazón exacto de la India,
quiero decir, a un templo desconocido en el centro mismo de la
India,
más lejos todavía de donde alcanza la memoria de los brahmanes,
allí donde los santuarios que no puede pisar el tocado de impureza,
custodiados por blancos cocodrilos, ceremoniosos leopardos,
adolescentes ciegos.
Fui introducido furtivamente en el hogar cimero del dios:
protegido por el velo de interminables melodías, de fina llovizna de
sonidos,
entre los pliegues del manto de un anciano venerado,
cuya santidad era comparable a la fuerza persuasiva de su magia.

Fui depositado a los pies del dios terrible, no como un desafío,
sino para ver de vencerle la cólera de su corazón,
pues todos sentían piedad de aquel dios poseído de un furor
inacabable,
que iba devorando cada día un territorio más de su esperanza.
Y allí quedé, frente a frente de sus terribles ojos asombrados.
Pero el dios devorador de llamas, de claros pensamientos y de
bosques,
aquel que se alimentaba con la sangre de sí mismo y quemaba en furor
su alma,
vio perdida su fuerza y hubo de perdonar y darse a sí propia la paz,
porque durante todo el tiempo que estuve en el santuario,
tocaba en mi guitarra suaves melodías: aquellas
que le recordaban al dios su propio nacimiento.
Y es que
vuelto a vivir en el país de la infancia, también un dios descubre
la inagotable felicidad de colocarse de espaldas al destino.

-176-

Un árbol me recuerda tantas cosas...

El eucaliptus que canta en Santillana
reproduce textual un paisaje lejano:
la niebla memoriosa, la distancia, la mano,
funden sobre la tierra la noche y la mañana.

¿Qué hora será ahora en la linde pampeana?
¿O quién discierne aquí lo empinado y lo llano?
Todo es uno y lo opuesto, todo es nada y es vano:
la figura sin rostro y la sombra lejana.

Por eso da lo mismo la llanura o el soto,
nacer sobre los Andes o en la mar antillana:
aterirse en invierno o asfixiarse en verano:

todo es humo y ceniza. La vida, un sueño roto
donde un danzante ciego ciñe a la muerte ufana
orquídeas de los Andes y espliego castellano.

Joseíto Juai toca su violín en el Versalles de Matanzas

Cuando el niño Joseíto Juai tocaba su violín en el patio de la casa,
el gallito malatobo, y el filipino, y el valenciano,
enarcaban sus cuellos y cantaban el quiquiriquí
de las grandes fiestas, creyendo que había llegado el mediodía.

-177-

Dale que dale el niño, en su éxtasis,
entraba y salía sin cansancio de las melodías,
con el paso ligero de un enanito vestido de rojo
que corretea por el bosque y tararea
cancioncillas de los tiempos de Shakespeare,
y hace jubilosas cabriolas en festejo del sol,
porque él vive tan sólo de lo luminoso y lo diáfano,
y ama más que nada la luz convocada por el violín de este

niño.

Cuando Joseíto Juai tocaba su violín, allá en el Versalles de Matanzas,
las mariposas se detenían a escucharle,
y también las abejas, los solibios, los sinsontes clarineros,
el tomeguín comedido, y las palomas, ¡siempre las palomas!,
las albísimas y las grises, con ese cuello que tienen,
tan cuidadosamente irisado por los pinceles de Giotto.

Cuando ese niño tocaba su violín,
la puesta de sol se hacía lenta, llena de parsimonia,
porque el Señor del Mediodía no aceptaba perderse ningún
sonido,
y sólo se decidía a hundirse en la extensión del horizonte
cuando la madre tomaba de la mano al niño y le decía:
-«Ya está bien de estudiar, que va a enfriarte el relente de
la tarde;
deja por hoy tu violín: mañana volveremos a vivir en el reino
de la luz,
y volverá el gallito malatobo a cantar su quiquiriquí de
gloria».

Napoleón tenía un manto lleno de abejas de oro.
Cuando el dolor de lumbago acometía al Emperador,
Las viejas hechiceras de Córcega le aconsejaban:
-Polioni, vuelve el manto al revés, ponte las abejas en la
piel.

-178-

Y las fieras abejas picoreaban a lo largo del espinazo
imperial;
Sin la menor reverencia clavaban sus agujoncitos arriba y
abajo,
Hasta que transfundían sus benévolos ácidos en la sangre del
Corso,
Y el lumbago salía dando gritos, vencido por el vencedor de
Austerlitz.

La risa reaparecía en el rostro imperial, y la corte se vestía
de encarnado;
Napoleón, libre de penas, volvía al derecho el manto, el de
las abejas de oro,
Y tomando con la punta de los dedos los extremos del armiño,
Echábase a bailar una pavana por todos los salones de las
Tullerías:
Tra-la-lá, tra-la-lá, bailaba y cantaba, y decía olé, y viva
la vida, y olé.
Y en tanto bailaba de nuevo feliz el Señor del Mundo,
Las doradas abejas de su manto, felices también, reían y
cantaban,
Como rayos de sol en la cabeza de un niño.

1963

Charada para Lidia Cabrera

Uno caballo, dos mariposa, tres marinero,
mira el caballo, mira el marino,
mira la mariposa.
Va de blanco vestido el marino,
blanca es la pelliza del caballo,
ríe la mariposa blanca.
Tres marinero, dos mariposa, uno caballo,
sobre el blanco caballo vuela el marino,
sobre el marino va la mariposa,
dos mariposa, uno caballo, tres marinero,

mira el caballo a la mariposa,
mira el marino la blanca risa de su caballo,
la mariposa mira al marino, mira al caballo,
-179-

vuela el caballo, canta el marino
canción de cuna a la mariposa,
duerme el caballo y sueña con el marino,
duerme la mariposa y sueña que es el caballo,
duerme el marino y sueña ser mariposa,
uno caballo, dos mariposa, tres marinero,
tres mariposa, dos marinero, uno caballo,
uno marinero, uno caballo, uno mariposa.

1968

Elegía risueña número 1

Una viuda muy viuda entra en una peluquería
y pide una copita de champán.
«Lo que tenemos, llegado del Japón,
es un espejo
donde aparecen vivos los maridos muertos».
«Bien, qué le vamos a hacer, tráigame el espejo.
Y mientras, que la orquesta vaya destrozando
el valsín de las flores de pedrito chaicoski.
Péineme a la japonesa,
póngame un traje de dogaresa veneciana,
y tráigame un gran abanico con paisajes amarillos:
vamos a averiguar lo que le ocurre al idiota de mi esposo
en las galerías de ultratumba».
«Luego, antes de irme, por favor,
que la gallina toque la ocarina,
que la gallina toque la ocarina,
que la gallina, que la ocarina,
señoras: buenas tardes; señoritas: adiós».

-180-

Elegía risueña número 2

El sombrerito de Julia indicaba
que había muerto en el momento de salir.
El juez se frotaba las manos y decía:
-Bien, perfecto, no hay indicio de crimen:

llegaré a tiempo para el primer acto de Aída:
¡levanten el cadáver!-
Y cuando levantaron el cuerpo de la pobre Julia,
se vio que había sido asesinada,
asesinada con una crueldad tan minuciosa,
que sólo había quedado intacto
el racimito de uvas de madera
que adornaba pimpante su sombrerito azul.

En la noche, camino de Siberia

I

Toda la noche
estuve soñando que paseaba en un largo trineo:
la música de fondo, desde luego, era ofrecida
por las Danzas Alemanas de Beethoven.

Los perros de inevitable pelaje grisáceo,
llenos de cascabeles y de correaes rojos,
ladaban tan armoniosamente, que la nieve,
por escucharlos, hacía más lenta su caída.

Íbamos hacia un punto secreto de Siberia;
un punto borrado del mapa, reservado
para guardar allí a los más odiados prisioneros.

-181-

Todo mi delito había consistido en recitar en voz alta a
Mallarmé,
mientras el camarada Stalin leía monótonamente
su Informe anual al Partido: cuando él decía usina,
yo decía «Aparición»; cuando él hablaba del Este,
yo decía en voz muy alta: «¡esa noche Idumea, esa noche
Idumea!».
Y en los momentos en que enumeraba tanques, cañones, y
tractores,
yo decía: «Nevar blancos racimos de estrellas
perfumadas».

Y de pronto el tirano puso a un lado sus papeles,
descolgó de la pared un corto látigo de seis colas,
y comenzó a golpearme en las piernas y en los brazos,
rítmicamente, mientras gritaba, (con entonación afinada,
lo reconozco):

-«¡Toma poesía!, ¡toma decadencia!, ¡toma putrefacta
Europa!».

Luego clavó sus ojos grisoverdes en Beria, y no dijo
nada:

guiñole picarescamente el párpado izquierdo, pues ese
era su lenguaje;

era su púdica clave de Señor de la Vida de todos para
decir al otro:

«Mándamelo a Siberia hasta que yo te avise».

Y en el largo trineo íbamos rodando toda la noche,
al galope, azuzados por las Danzas Alemanas, llenos de
gozo:

nos bebíamos el horizonte reposadamente, en sorbos
paradisíacos,

como si hubiese sido una copita de Marie Brizard después
de comer;

íbamos contentos, arrastrados por la música, no por los
perros,

y a precipitarnos en un baile muy hermoso, no en una
prisión. Nadie lloraba.

Tarareábamos a ritmo con los cascabeles, y dijérase que
nos dirigíamos

en busca de Erika, de Catalina, de Alejandra Feodorovna
para sumergirlas

en el río del vals, junto al pardo Danubio, un domingo
por la tarde,

llenándoles el pelo de violetas.

II

Al despertar me dije: he de ir hoy mismo al psiquiatra,
este sueño me parece altamente complicado, y quizás sea hasta
inmoral,

porque acaso anuncia que voy a deslizarme por las paredes del
masoquismo.

-182-

Entré en el despacho del psiquiatra, a quien creía conocer,
pero era la primera vez en mi vida que lo veía. Me dijo
impersonalmente:

«¿qué lo trae por aquí penado doce mil quinientos treinta y seis?».

Y al explicarle el sueño tan lleno de perros, de nieve, de danzas,
de latigazos, de cascabeles, de alegre temor de llegar al confín de Siberia,
me dijo de nuevo: «Ya estás curado, ya no tienes nada, penado doce mil quinientos treinta y seis; llegaste a Siberia anoche, sobre las doce y treinta y seis minutos: no has soñado nada: eres prisionero y morirás en prisión. Soñaste lo que vivías. Ahora, disponte para siempre a vivir como soñando de continuo que vas hacia allá, que regresas en un largo trineo, arrastrado por perros de pelaje grisáceo, corriendo jubilosos por la nieve, bajo el látigo incesante de las Danzas Alemanas de Beethoven!».

Plegaria del padre agradecido

Gracias te doy, Señor de lo creado,
Porque has dado a mi hija una suave fealdad irremediable.
Gracias te doy, magnánimo padre de los cielos,
Porque sé que esta niña contará con talento y será virtuosa,
(Virtuosa como un beduino en medio del desierto), ¡alabado seas!
Entre los rasgos que definen su fealdad,
Ya adivino las borlas de sus infinitos doctorados:
Será una mujer, entregada a la ciencia, al número secreto,
Acaso a la obstetricia o el navegar celeste. ¡Aleluya,

aleluya!

Cuando compruebo con ternura su fealdad,
Sueño con que un día sea nombrada Premio Nobel.
(Irá del brazo mío ante el rey de los suecos, quien nos dirá sonriendo:
«El premio de la virtud es recompensa suficiente para la mujer honesta»,
Y luego nos dará, por turno, a cada uno, un besito de hueso viejecito
En la puntita de la nariz. ¡Aleluya, cien veces aleluya!).

-183-

Tú has querido, Señor, que belleza y saber sean enemigos,
Tú das talento a la mujer más fea, y más cuanto más.

Venus, lo sé, era ignorante, torpe, bronca y pendenciera,
¡Pero era por eso tan bella como las constelaciones! ¡Aleluya!
Tu infinita pasión por la justicia, Señor de todo lo creado,
Te hace ordenar que nazca con todo hombre una balanza:
Si pones saber quitas hermosura, si agregas virtud robas
simpatía,
¡Alabadísimo seas!

Gracias te doy, Señor, porque mi hija
Disertará oscuramente sobre Heráclito, leerá a Santo Tomás en
chino,
Y en la alta noche, cuando su madre y yo durmamos sin cuidado,
Estará traduciendo obstinadamente a Platón, huyéndole al
espejo, sumergida
En libros inmensos y en cálculos de setenta cifras a la
memoria, ¡Aleluya, aleluya!
Nadie habrá de invitarla jamás al cinematógrafo, ¡bendito y
alabado seas!,
Ni intentará ninguno averiguar la temperatura de sus muslos,
¡millones de alabanzas!
¡Qué dicha para un padre honrado la hija fea! Mientras los
otros padres
Mecen entre sus brazos, llenos de cólera, niñitos aparecidos
por sorpresa,
Niños que nadie esperaba y que nunca se aclarará cómo

vinieron,

Mi esposa y yo estaremos tan felices: nuestra hija no parirá
jamás, ¡aleluya, aleluya!
Nuestro sueño no será turbado nunca por el chillido gatuno de
los niños.
Y en medio de la noche, cuando salen de puntilla de su casa
Hacia el refugio del amor las doncellas de rostro más hermoso,
Mi hija estará sumida en una profunda inquisición sobre
Anaxágoras,
Sólo podrá romper el solemne silencio de la noche un grito de
júbilo:
Será cuando ella compruebe que era exacto su cálculo
Sobre el número preciso de cabellos que adornan la cabeza de
Gabriel,
el Arcángel perfecto de los números.

1960

-184-

Poemas de otro tiempo

Cassandra

Para Alberto Baeza Flores

Tierra de los argivos sorda tierra de argivos
Caída encima de tus huesos volada por tus llamas
A las piedras perdidas a las nubes que agreden
Detenlas recobrándote baja bajo tu arma.

Que no hay entrañas ya que no hay entrañas
Ni un solo caballo recuerda el color de la hierba
Hay sólo un caballo que sabe dónde están las praderas
Los pueblos de cadáveres las florestas de fuego.

Ni uno solo guardián tiene recias sus piernas
Porque el sueño penetra los poros de las piedras
Es un augurio negro que llueve a los durmientes
Duermen las murallas duermen las entrañas duerme el viento.

Argivo resignado aferrado a su puerta
Que relinche que cante que solloce
Déjale estallar fuera de tus huesos y fuera
Árbol recorrido otra vez por los muertos.

Que no participe de tu sangre vencida
Un hijo un solo hijo reintegrará tu savia
Por su brazo la voz que hoy te mata y se muere
Por sus brazos las aves dadas a sacrificio.

Que las nubes golpean con sus manos se aferran
Los navíos parecen debajo de las nubes debajo
Devolverán de un golpe toda la ceniza
Pero tú no descorras el velo de tu piel.

-185-

Otra vez otra vez consérvala empuñada
Si tu alma se hunde déjala que se hunda

Ya regresará pero no si es combate perdido
Nunca más volverá si es muralla caída.

Salva intacto tu cuerpo tus piedras familiares
Que un anciano renace pero nunca un combate
Guarda tu brazo oculto entre las ruinas
Los hígados de pez las ovas palpitantes.

El polvo de las frutas la sequedad del viento
Las plumillas del ave clamando tus desdichas
Guarda guarda tu brazo debajo del incendio
Que las vírgenes dicen con sus labios de bronce.

Las aves abiertas de entrañas sombrías
Las brasas hablando debajo del fuego
Los truenos detenidos encima del templo
Guarda tu llanto guarda tu alarido.

No escuches que relincha que pide que solloza
Si tu casa vacía no parece un palacio
Arráncate los ojos para tener trofeos
Que los dioses no esperan no piden no sollozan.

Hace muchas noches que el sol no comparece
Que los gallos ignoran cuando el alba despierta
Un cielo revestido de estrellas escarlatas
Al pleno mediodía anuncia las desdichas.

Si una anciana se arranca todos sus cabellos
Si los clava en la puerta mayor de las murallas
Si con sus propios sueños abre su carne oscura
Si su garganta rasga mostrando nuevas lanzas.

-186-

Gritos que no sabe su boca dónde nacen
Tiende al cielo los ojos pon el oído en tierra
Una anciana es acaso la madre de los dioses
Baja bajo tus brazos que los cielos se hastían.

Dadme un plato profundo que recoja la furia
Extendido hacia ti por mi brazo te apresa
Vuelve tu rostro vuelve espaldas a la muerte

Argivo derrotado corazón ominoso.

Una muralla cruje demostrando que duele
Un caballo retumba se despeña descarga
Pon el oído en tierra para escuchar los golpes
Muere dentro de tu casa muere dentro muere.

Ya te has despertado vagando entre los muertos
Ofreciendo a los dioses tus ciudades peladas
La muestra de tus piedras la huesa de tus manos
Queda sólo tu brazo levantado hacia el templo.

Las doncellas tiradas desnudas al abismo
Degolladas de noche con la segur sagrada
Con su sangre rompiendo las murallas gimiendo
Procurarán tu nombre entre los vencedores.

Fiero argivo en combate nocturno a toda hora
Las diademas del templo se empañan con la muerte
Guarda tu furia guarda la espuma de tus hombros
Recoge las cenizas de tu hogar destruido.

El templo espera espera tu esperanza
Sus velos no se agitan temiendo adormecerte
Las brasas del santuario son ojos que te siguen
Vela tu rostro vela con cendales rasgados.

-187-

No concedes no aceptes no participes afuera con la muerte
Muere dentro de ti prisionero de ti muere dentro
Pon el oído en tierra para oír tu derrumbre
No consientas reír que eres lo sombrío.

Sólo las tinieblas expresan las entrañas
Dentro de ti te mueres o nunca más renaces
Déjalo que piafe que ofrezca que subyugue
Que ya no tienes piel ni osamenta ni sueños.

Yo me voy hacia dentro de mi cuerpo perdido
Cayendo hacia mi adentro para morirme a solas
Cerrando los oídos cerrando los cabellos silenciando
Volviéndome silencio por dentro del no estar.

Que ya me he ido siempre ya no me queda nada
Un alarido vuelve a decirte que adentro
Perece fiero argivo erguido ante un espejo
Baja tu brazo baja el alma de tu brazo.

Donde estaban los carros hay una luna roja
Adonde llegó lo más hondo que he visto
Que ya no estoy te digo que te vuelvas volverme
Tierra de los argivos sorda tierra de argivos.

1942
-188-

Ifigenia en Áulide

El viento, siempre el viento detenido
mas lejos que las naves presurosas;
todo el clamor se rinde perseguido
por implacables voces tenebrosas.

La sangre como un mar, como un gemido
comienza a incorporarse rumorosa;
la playa se traspasa a cielo conmovido
que albergara a una tropa silenciosa.

Y el cuerpo de Ifigenia entra la blanca
señal de aquella muerte que es más breve,
ya comienza a ascender, ya se levanta

sobre el prado sonoro de su nieve:
el viento, el viento eterno libertado canta
desatando en la corza el paso leve.

1940

Soneto a la rosa

Rises from the rose-ash
the ghost of the rose.

FRANCIS THOMPSON

Rose leaves, when the rose is dead...

SHELLEY

Gravemente la frente da a la rosa
un universo mudo en que fulgura
la rosa oculta en la yacente rosa
y la forma silente que inaugura.

-189-

Apenas con morir, voz silenciosa
eternizada en suave apoyatura,
alza la rosa músicas de rosa
para el cielo infinito que la apura.

¿Cómo, dolor, la osa vuelve a rosa
bajo el amargo esquema de la impura
rosa yacente en apagada rosa?

¿Cómo habita la zona más oscura
para llegar al cielo y silenciosa
volcarse en música y volver se pura?

¡Oh dulce espejo de la eterna rosa!
Hacia la nada vas, y en la procura
del árbol de la nada -fija rosa-
la forma de tu ser se transfigura.

1940

Pasión bajo el techo del mundo

...fantasma de esa calle...

Ventanas volcadas al socaire de las madre selvas:
mirad y mirad adentro: nadie respira sino es la voz
nadie respira sino es el filo de los ropajes grises
ni pasión ni retoño ni regreso ni guía
alba precisa hospedada en la carne de su hora
y las mansedumbres erguidas al dorso de las certezas.
Nadie.

Contubernio de luz y aristas agrias de perversos imanes
-pero todo es mentira: los altares lo saben, lo murmuran, lo gimen.
-190-

Callad de una vez.

Ni sangre. Escorzo trémulo en la arcada de los puentes
y una mano enclavada en el puerta de sus desvaríos
exalta los embozos de las ninfas enclaustradas!
Mas, no dejéis tan sólo al llanto urdir trenos a la virgen:
cuando el cielo no os pida cuenta de vuestro engaño
retornad las tormentas al borde de las vías
cuando amanezcan las claudicaciones ahorcadas en la pura mano del
deseo
haced que cada paloma regrese a su carne violeta a su carne de
carne.

1937

Ciervo en la muerte

Posadas bajo el coro talladas temblorosas
Las pequeñas columnas de esperanzas oscuras.
Aquí a esta distancia celada en largo espacio,
A esta suma agitada,
Las alas convertidas en matriz de las huellas,
A esta certidumbre de telares eternos
Las estelas heridas en caídas miradas.
Aquí sombra enaltece muriendo alacrememente

O en veloces anhelos de irrestañables horas,
Entre las fijas ramas del oro enlutecido
Gemida entre cenizas, espectros, mariposas,
Sólo las hierbas lanzan presencias ponderables
Detenida esa voz por garfios de lamentos
Erígense en el pecho desterrando latidos.
Sólo hierbas avanzan preclaras iluminaciones
Ciervo con las rotundas curvas de la luna enastadas
-191-

Apenas si adheridas a senos o rodelas,
Llamadas vorazmente a convertirse en reales,
Llamadas tenuemente al mundo que bautiza
Una devuelta tierra asida por el cuerpo.
Bajo nocturnas astas de musicales iras
Espesas complicaciones del horizonte bañan
Tranquilamente al Adán que palpita corazones,
Hundiéndose en la tierra inicia los conciertos,
Hundiéndose en los ocios del ciervo navegando por nociones de
espumas
Aquí concurre.

Son del ensalmo oscuro, son del fugado cuerpo
Vigilado del mármol en que yacientes Apolos descubiertos
Alzan alegorías penetradas de ramos,
O extensión de la noche hasta su propia muerte,
Hasta el sueño sepulcro de la noche
Ciervo con las irrefragables mentiras de las hadas
Porque salvados sean los lúcidos sonos de la noche,
Sobre inabarcable rosario que aligera esa angustia
De soles despreciados a que se entrega la noche,
Accediendo lumbreras de entre despojos grises,
Adhiriéndose al alma por los sellos del sueño
Solo el ciervo en la noche encima de la cima,
Como absoluta rama alojada en la imagen
De un milenario arbusto poblado de memorias,
Ciervo con las desterradas confusiones,
Ciervo con la total sangre fingida y levantada
En el sordo prelude de la muerte.

Desde la ardiente nube,
Desde el fino redoble de tambores celestes
Escalas escarlatas tapizan su venida,
Tapizan con la sangre los vuelos del cortejo,
Como sintiendo pasos por dentro de los huesos,
-192-
Como sintiendo pasos por donde nadie pasa,
Por donde sólo acampan la muerte y sus violines,
La muerte con sus pífanos, la muerte con la muerte.

Hojas del áureo ser,
Hojas dormidas bajo el pasado vuestro, ¡gemid!
Cuerpos de ardientes nubes,
¿Qué ciervos, lejanías, imágenes sagradas?
Cuerpo sonoramente libre y luminoso inunda soledades,
Como estatuas aladas que retornan al cielo.

1939

Poemas invisibles (1991)

Dedicatoria

A los poetas que llegan y seguirán llegando. A los muchachos y muchachas nacidos con pasión por la poesía en cualquier sitio de la plural geografía de Cuba, la de dentro de la Isla y la de fuera de ella.

El orgullo común por la poesía nuestra de antaño, escrita en o lejos de Cuba, se alimenta cada día, al menos en mí, por la poesía que hacen hoy -¡y seguirán haciendo mañana y siempre!- los que viven en Cuba como los que viven fuera de ella. Hay en ambas riberas jóvenes maravillosos.

¡Benditos sean! Nada puede secar el árbol de la poesía.

¡Gran pena es que ya no nos reconozcamos, que no sepamos nada los unos de los otros, siendo como somos hijos de un mismo espíritu, nacidos de aquel Padre Numinoso, arca sagrada de la poesía!

Estos poemas son para los pinos nuevos, para todos ellos. Digo con Borges: «No he recobrado tu cercanía, mi patria, pero ya tengo tus estrellas».

G. B.

1991

-196-

Explico

Esta parva cosecha lleva el nombre de Poemas Invisibles porque adivino para los que la componen el mismo destino limbal que tuvieron sus hermanos. Estoy tan acostumbrado a la idea de que se escribe como para muchos pero se publica para muy hipotéticos lectores, que pensaba colocar al frente de esta recopilación el verso altanero y envidiado de Lope: me basta con que escuchen las estrellas.

Para no pulverizar la imagen de hombre modesto que cultivo, falsa como todas las imágenes engendradas por un antifaz, prefiero acogerlos a la desolación de las desolaciones lúcidas, que descubriera Wittgenstein al decir:

No hay enigma

Saber y creer que no hay Enigma, pero seguir, ¡desde tanto tiempo!, tejiendo y retejiendo las palabras como si hubiera enigma, es pelear con la Nada, pedalea en la Nada.

El vacío es también un hecho real, un no-vacío. En esa perplejidad nos encogemos de hombros, nos desentendemos de la trampa extraña (el planeta), y nos entretenemos con el juego de la Poesía en libertad. La Poesía, connubio del Enigma y de la Nada.

-197-

A, ante, con, para, según, sobre Gastón Baquero

Todo un libro poblado de lugares,
de sombras, de figuras
tan vivas como nuestras,
caudal de las memorias
mágicas inventadas:
se abre en muchos momentos
con el pájaro serio y gris de la ternura.

Vuela la geografía dislocada;
vuela la historia, quédanse palabras
ya quietas en su estar de tantos años;
se viaja audaz el pensamiento
o nos trae un vivir primaveral
entre Goya y Velázquez -que no son
pintores sino calles de Madrid-,
y se salta de Bach, y se detiene
en Rilke habitante de la casa
en la esquina Cassette y Vaugirard
según nuestro recuerdo
de los parises y sus francesitos.

El don de colocar la geografía
en su lugar del corazón ausente-
el don (el donde) estar en cada verso
en su oportuno día conseguido
a través de kilómetros de ensueño;
de haber corrido cielos tan seguros
como éste de posar abiertas páginas
o a ése no sé qué de diamantino

-198-

abrir de flor al lado de los nombres
y nos los deja, fijos,
en versos tan sutiles como luces
dispuestas a vivir entre los árboles.

Al son se mece el verso en su destino
de saberse alojado

por quien lo lee y lo conoce
por su palabra pensativa
y por dejar alas abiertas
en un río de letras amorosas.

Eugenio Florit Miami,
mayo de 1991
-199-

El viajero

J'ai batu si beaux châteaux que des ruines m'en suffisant.

JULES RENARD

La Barcarola de «Los Cuentos de Hoffmann»:
solo ésta melodía quedó en la memoria del viajero
cuando echó a andar sin más finalidad que sacudirse
el tedio de estar vivo.

Luego de recorrido paso a paso
el gran bosque de ciervos que va de Alaska a Punta del Este,
con su bastón de fibra
y con el gran sombrero tejido a ciegas por indios
de dedos iluminados por rayos puros de luna bajo el río,
decidió concentrar su viaje sobre castillos y bellas estatuas,
y emprendió, así, la última etapa de su peregrinar,
que consistía, y consiste todavía, -porque el viajero
ni ha terminado de andar, ni conoce el cansancio o el sueño-
en ir y volver a pie, incesantemente,
desde Lisboa hasta Varsovia, y desde Varsovia hasta Lisboa,
silbando la Barcarola de «Los Cuentos de Hoffmann».

Si alguien le pregunta, él, sin dejar de andar, explica:
«Silbar en la oscuridad para vencer el miedo es lo que nos
queda.

No creáis que me haya dejado, jamás, distraer por la
apariencia

de la luz: desde pequeño supe que la luz no existe, que es
tan sólo uno de los disfraces de las tinieblas,
porque sólo hay tinieblas para el hombre. Silbo en la

oscuridad

a ver si de alguna parte acude un perro a socorrerme:
el perro que la Virgen dejaba como guardián de su hijo
cuando ella se iba a su menester de cantante en el coro
de la sinagoga, para alabar a Abraham, a David, a Salomón,
-200-

y a todos sus hieráticos parientes de barbas taheñas
y crótalos de marfil, y balidos de corderos sacrificados
cuando la luna se ofrece como arco para enviarle
saetas al corazón del Creador: inútil todo, inútil».

Y el viajero seguía murmurando para sí:
«Lleno de miedo pero abroquelado en el castillo
de escucharme silbar, compruebo todos los días
que es sólo noche cerrada e irrompible lo que nos rodea;
percibo el desdén de la Creación por nosotros, la orfandad del
planeta
en la siniestra llanura del universo, la soledad
absoluta de este puntito de polvo que tan importante creemos,
pero que es apenas el sucio corpúsculo de mugre
que revuela en la habitación cuando el señorito
se mira al espejo, ciñe su corbata, y displicentemente
sacude con la punta de los dedos
ese poquito de polvo que no se sabe como ha llegado hasta

allí,

ni qué hace en el medio de su impecable traje».

«Voy desde Lisboa hasta Varsovia,
me apiado otra vez
de la pavorosa soledad de
la tierra en el Cosmos,
acaricio su rostro para aliviarle, quizá, su eterna pena,
y vuelvo desde Varsovia hasta Lisboa, silbando
muy suavemente la Barcarola,
la Barcarola de «Los Cuentos de Hoffmann» del Tuerto de
Offenbach,
una melodía, tan tonta e inútil
como el nacimiento de un niño, o como
el descender de un cadáver al castillo iluminado finalmente».

-201-

Con Vallejo en París mientras llueve

Metido bajo un poema de Vallejo oigo pasar el trueno y la

centella.

«Hay bochinche en el cielo», dice impasible el indio

acorralado

en callejón de París. Furiosa el agua retumba sobre el techo
blindado del poema. Emprésteme Abraham, le digo, un paraguas,
un cacho

de nube seca como el chuño enterrado en la nieve.

Estoy harto de no entender el mundo, de ser el pararrayos del
sufrir, de la frente al talón.

Alguien tiene que tenderme una mano que sea como un túnel
por donde al final no haya cementerio. Dígame, Abraham,
cómo se las arregla para parir el poema que es ruana recia del
indio,

y es al mismo tiempo hombreante poema panadero, padrote,
semental poema.

Me cobijo, me enclaustro, me escabullo amigo Abraham en ese
parapeto

de un poema suyo donde se puede aguaitar, arriba, el paso del
hambre

que sale por el mundo a comerse gente carniprieta, a devorar
pobres y más pobres, requetecienmil pobres tiritando de

hambre.

Oiga, Abraham, llamado César como un emperador de toga negra y
corona

de espinas, ¿cómo se las arregla para tristear sus poemas, si
nunca cesa

de llover miseria humana, y se nos tuercen todos los tacones
de los viejos zapatos, y el agua cala impiadosa los remiendos
del poncho?

Y qué risa me da que use usted nombre de imperial romano.

Usted

tendría que llamarse eternamente Abel o Adán, pero Abraham
está bien:

la mamacita de usted le llamaba Abrancito y le decía: niño no
piense tanto,

que en el pobre pensar no sirve para nada, pensar es sufrir
más.

Oiga lo que le digo, Abraham:

tanta hambre paso en París que voy al Louvre a comerme el pan
y los faisanes

de un bodegón holandés. Le arrebató a un hombre de Franz Hals
un jarro

de cerveza y me harto de espuma. Salgo del museo limpiándome
el hocico

-202-

con el puño cerrado y digo ¿cuándo parará de llover en este

mundo, cuándo
en el techo de los pobres no rebotarán más piedras, y lloverá
maíz en vez de luto?
Y agarro el bastón de Chaplin, me subo el cuello de la
chaqueta y salgo
en busca de un refugio, de un cobijo donde pasar lo que reste
de llanto.
Me siento a caminar por la tristura y vengo aquí al providente
amigo
a pedirle prestado un jergón para echarme a dormir, déjeme
por un siglo no más un poema suyo, testicular semilla,
antihambre poema,
antiodio poema vallejiano, déme un alarido sofocado por miedo
al carcelero,
un alarido en quéchua o en mandinga, pero con techo y suelo
donde echarse a morir,
digo, a dormir, me contradigo, me enrosco, me encucillo,
vuelvo a ser feto
en el vientre de mi madre; me arrebujo y oigo su rezongar
andino sollozante:
a París le hace falta un Aconcagua, y voy a lloverle a Dios
sobre su misma cara
el sufrimiento de todos los humanos.

Alguien dice carcasse
y yo digo esqueleto. Hasta de espaldas se ve que está
llorando, pero empresta
el refugio piadoso que le pido, y me echo a morir, digo a
dormir, acorazado
por el poema de Abraham, de César digo, quiero decir Vallejo.

Himno y escena del poeta en las calles de La Habana

La frontera andaluza está en la Habana.
Cuando un poeta andaluz aparece en el puerto,
las calles se alborotan, y en las macetas
de todos los balcones
florece de un golpe los geranios.

-203-

El marzo de aquel año tuvo dos primaveras para la

ciudad:

una se llama, como siempre, Perfección de la Luz,
y la otra se llama Federico,

Federico a solas,
Federico solo, deslumbrado
por el duende de luz de la calle habanera.

No se sabe quién toca, pero repiquetean guitarras
sobre un fondo de maracas movidas suavemente.
El aire,
es tan increíble como la dulzura de los rostros,
y el cielo
es tan puro como el papel azul en que escribían los
árabes
sus prodigiosos poemas.

El poeta sale de paseo. Confunde las calles
de la ciudad marina con plazas sevillanas,
con rincones de Cádiz, con patios cordobeses,
con el run-run musical que brota de las piedras de
Granada.

No sabe en dónde está. ¿Fue aquí donde nació? Esa casa
con reja en la ventana, ¿no es mi casa de siempre?
Y esas muchachas que vienen hacia mí,
enjaletadas del brazo y bulliciosas como las mocitas de
Granada
cuando pasean la tarde por las alamedas para que

reluzca,

¿no son las mismas que en los jardines árabes
deletreaban con las palmas de sus manos el compás
a las guitarras, y la altura del chorro irisado a la
fuente?

¿En dónde estoy? No acierto a distinguir una luz de otra
luz,
ni un cielo de otro cielo. Hay duendecillos burlones
yendo y viniendo por los aires de La Habana, y me
preguntan
voces de embrujado: ¿pero es que no sabes
dónde estás, Federico, es que no sabes? Estás,
sencillamente, estás de visita en el Paraíso.

-204-

¡Y qué rica la brisa que ahora sopla
enfriando el reverbero del sol! ¡Qué alegre el airecillo
que sale del mar, y se pasea, con un abanico blanco
y una larga bata de olán, una bata andaluza refrescando

las calles
y embalsamándolas a su paso con el aroma del agua de
kananga
y con la reminiscencia tenue de los jazmineros
sevillanos!

Resuenan himnos callejeros: síncopas nacidas del
ayuntarse
de una princesa del Benin con un caballerito de Jerez de
la Frontera.
Resuenan en el alma del poeta enajenado por las calles
habaneras,
himnos caídos del sol, cantados por espejos, por las
piedras
de la ciudad antigua: himnos entonados a toda voz
por niños vendedores de frutas, acompañados
de guitarra tañidas por jóvenes etíopes con sombreros de
jipijapa
y la camisa roja abierta hasta el ombligo: himnos
alucinantes
columpiados en la calle habanera por el percutir de
pequeños bongoses,
arrastran al poeta hacia el Cielo Mayor de la Poesía.

Escena

Junto al poeta pasa una niña negra que tararea:
«La hija de Don Juan Abba disen que quiere metedse a
monja».
Él le lleva el compás diciendo: «En el convento
chiquito,
de la calle de la Paloma». Y de las casas de vecindad,
colmenas de los pobres,
salen niños y más niños tarareando tonadas andaluzas. Y
rodeando
en coro al poeta, bailan en medio de la calle: «Venga un
tanguillo
pa este señó! ¡Zumba! ¡Dale que dale! ¡Venga un
tanguillo en su honó!».
Y bailan con la música salida de sus pies y de sus
manos, riéndose,
«¡Zumba que zumba y zumba! ¡Guasa, guasa Columbia!
¡Zumba!»,
riéndose siempre, como la cordillera de espumas en la
orilla del mar.

¿Pero dónde, dónde estoy? ¿De dónde aprendió esta gente
a marcar ritmos así, a trenzar de ese modo las piernas,
a mover

-205-

la cintura con la exactitud de una melodía escrita y
cien veces
enmendada por Manuel de Falla? ¿Será que estos no son
sino
andaluces disfrazados de niños de azabache,
y nosotros
no somos sino esclavitos de ébano disfrazados de
andaluces?

¿Qué misterio

es este de La Habana, que me parece otro Cádiz
traído por el aire en la alfombra de Merlín,
o una muchacha granadina peinándose muerta de risa
mientras los derviches danzan a la luz de la luna?

Alguien toca en el hombro al poeta y le dice:

-Venga usted conmigo pa que le echemos loj caracole.

-¿Qué es eso, pregunta, leirme el porvenir?

-Exactamente, amigo,

leerle el porvenir. Veo miedo en sus ojos, pero

recuerde:

nadie puede huir de su destino. Todo está escrito,
y ni Changó ni Yemayá pueden borrarlo. ¿Es que le
tiene por un casual miedo a la muerte?

-Usted, doña Romelia, que es vidente, ¿qué le dice la
figura de este hombre?

(Romelia se ajusta su chal de burato; debajo destella la
chambra de olán).

-Primero, yo veo una paloma pura; y detrás un caballo
que huye a galope.

-¿Y detrás?

(Romelia, angustiada, se vuelve a su hija Fragancia y le
dice:

Fragancia, mijita, sírvenos café).

-¿Y detrás?

-Detrás de la paloma y del caballo hay un sombrero que
se mueve,
y un perro que no deja de aullar, y un cuchillo que anda
sólo.

-Y usted, doña Romelia, ¿querrá echarle loj caracole a

este hombre?

-Dios me libre con Dios me favorezca! ¡El trisagio de Isaías! No:

no quiero ver lo que pueden decir loj caracole pa un hombre tan bueno.

¡Voy a taparme la cara con un pañuelito negro!

-Romelia, por tós loj santos, ¡invoque a las potencias!

-206-

-Desde que entró en esta casa y describió la cortina, vi el aché en su cara y la sombra que lo sigue.

¡Déjame darte un remedio pa alejarte del acecho, pa que el ñeque no te alcance ni los demonios te puedan!

-Ponte un collar de azabache
y amárrate un cayajabo
en la muñeca derecha.

¡Toca, Argimiro, toca
el tambor de Yemayá!

¡Santígüenlo con la espuma
de la cerveza de Ochún!

¡Toca por él Argimiro,
toca hasta que se rompa
el tambor de Yemayá!

El poeta, estremecido, miró a lo hondo de los ojos de la vidente: el silencio

levantó entre ellos un coro de conjuros y oraciones. La vidente,

transfigurada, ardiendo de ternura, pidió su guitarra, la templó, y dijo:

Ya me cantaban de niña
un romance que decía:

de noche le mataron
al caballero,

la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

¡De noche le mataron
al caballero!

¡Que venga a impedirlo Ochún
con su espadita de acero!

¡Qué San Benito de Nursia,
negrito como el carbón
ponga sobre ti su mano!

-207-

¡Con la flor de la albahaca,
con el incienso quemado
delante de Santa Bárbara,
con un ramito de ruda,
que los santos lucumíes
te ofrezcan su protección!

¡No te fíes de la noche,
que la noche es muy gitana,
y al que le siguen de noche,
muerto está por la mañana!

¡Que se seque el tamarindo
antes de que pueda dañarte
la pezuña del maligno!
¡Con rompe-saragüey
y con amansa-guapo,
con polvo de carey
y humo de tabaco,
con el Iremon
y San Pascual Bailón,
con el manajú, y
con el ponasí,
cada luna llena
rezaré por ti!

Federico, hijito mío,
poeta mío, Federico,
¡no te vayas de La Habana!,
¡no te vayas, no te vayas!,
¡que al que le siguen de noche
muerto está por la mañana,
muerto está por la mañana!

-208-

Manuela Sáenz baila con Giuseppe Garibaldi el rigodón final de la
existencia

Para Carlos Contramaestre y Salvador Garmendia

I

El mar ya estaba acostumbrado a adormecerse junto al
puerto de Paita
con la cantinela armoniosa de aquella voz de mujer hecha
seguramente
al mando y a la declaración impetuosa de sus pasiones.
Aquella voz
entraba en el mar con la autoridad de quien está
acostumbrado
a dominar los cuerpos y las almas de los hombres,
mujeres, caballos,
arcabuces, espadas.
Párrafos enteros de Plutarco
fascinaban desde aquel violoncello los entresijos del
mar; y los peces de Paita,
familiarizados con páginas de Tácito y cartas de

Bolívar,

iban y venían por el océano del Sur,
como van y vienen llenos de orgullo por su belleza
los leopardos de Kenia.

La mujer de voz de contralto
decía poemas, repetía proclamas y ardientes textos de
amor
que le enviara un hombrecito endeble pero resistente a
extinguirse,
un hombrecito fosforescente de quien ella había sido
la esposa y el marido, la emperatriz y la esclava.

Atónito el mar le escucha decir:
«Porque diciéndole en una ocasión Temístocles a
Aristides que
la dote mayor de un general
era prevenir y antever los designios enemigos»,
respondíale Aristides:
«Bien es necesario esto, ¡oh Temístocles, pero lo
esencial y loable
en quien manda es conservar puras las manos!».

-209-

Y los ecos del mar
paseaban por el firmamento, desde el sillón de ruedas de
la mujer de Paita,

palabras de Alejandro o repetían: «El sol, suspenso en
mitad del cielo
aplaudirá esta pompa. ¡Oh sol, oh padre!». Y a veces,
el mar se quedaba ensimismado, porque Manuela, vistiendo
por gran gala
su uniforme de Coronel de Ayacucho congregaba
con suave autoridad a los niños indios y negros y
mulatos de Paita,
y acompañada a la quena por un ciego cantaba en voz de
plata
un grave himno, el que escribiera un viejo amigo suyo,
un hombre como ella infortunado, golpeado, despreciado,
quien sin embargo
sacaba de su pecho y retumbaba más que Píndaro un
discurso,
para cantar las Armas y las Letras de los siglos
dichosos.

II

vacío

Una tarde ya casi anohecida callaron los conjuros sobre
el mar.

Fue empujada suavemente la puerta, la del solitario

de aquella alma de aleteante gaviota. Bellos ojos en
llama,
carbunclos con el mirar de otro, del Bolívar de fiebre
la envolvieron, y el torbellino de la cabeza rubia
vistió de oro las entrañas de la anciana, colgando en
los salones de su alma
recamadas cortinas, tapices con escenas de amor,
vergeles de erotismo.

Diciendo un verso de Poliziano en su lengua nativa entro
el Desconocido:

Mi nombre es Garibaldi, dijo, vengo a besar su mano,
vengo a suplicarle

que me deje contemplarla desnuda, acariciar lo que Él
adoró. Dante

nos ha enseñado a desposarnos con lo inalcanzable, con
todo lo prohibido.

Voy a desnudarme, señora, para yacer junto a usted.

Quiero que su cuerpo

pase al mío el calor de aquel Hombre, su furia infantil
para hacer el amor,

su sed nunca saciada de poseerla a usted en cuerpo y
alma y cubrirla de hijos.

La levanto, la arranco de esa silla de ruedas que es el
trono
de la viuda misma de Dios, la paseo en mis brazos, la
llevó hasta la mar,
la balanceo al compás de un rigodón. Sus senos vuelven a
ser erectos
como espuelas que elevan hasta el cielo el frenesí del
deseo.

-210-

Voy a poseerla
como nunca hombre alguno poseyera a Thais o a Ninon.
Solo le ruego,
Doña Manuela, Doña Manuelita, que piense usted en
Bolívar mientras tanto,
que imagine hallarse entre sus brazos, sentirlo
enloquecido por el fuego
que tiene usted encendido para siempre. Aquí estoy
desnudo ante usted,
me llamo Giuseppe, Giuseppe Garibaldi, quiero ser para
usted únicamente
el joven que bailaba como nadie el rigodón en las
fiestas de Quito. El joven
que sólo aherrojado por los brazos de usted alcanzó a
descubrir
el sabor y el perfume de la vida.

Invitación a Kenia

Bello leopardo de Kenia me visita.
Comedido y amable, como educado que fuera
por Alexandra David-Neel en persona, me saluda:
«Amigo, buenas noches, ¿por qué no has ido
a acompañarte de nosotros en los bosques de Kenia?
La luna, otra vez, accede a nuestro ruego de demorar allí
su paseo. Yo, personalmente, con lágrimas, pedí que repitiera
un alto en el periplo que lleva
cien mil siglos recorriendo. Ella,
con su extraña sonrisa de esfinge desconfiada,
me dijo: lo esperaré otra vez, pero si falta,
que no cuente conmigo a la hora de su muerte».

El bello leopardo de Kenia me insistía:
«Ven a los bosques libres, ven a la montaña
bruñida y tibia. Ven al lago secreto
donde sólo paseamos los leopardos
y algún cervatillo, y un águila remontada
entre las nubes.

-211-

Ven a escuchar el silencio hechizante de la luna.
Te esperamos en Kenia, te esperamos,
para que quedes salvo de morir sin la bendición
de los cielos. Tú me llamas amigo, y lo soy:
por eso vengo otra vez a pedirte, para ti,
que no intentes viajar por el país de la muerte
de espaldas a la Reina del Leopardo, a la Esposa
de cuanto helecho fulge en los bosques de Kenia».

Aproximación a Venus

(Para unas muchachas de Bances Candamo, al margen de un
estudio de Pedro Penzol)

Belzeraida, Armelina y Bradamante,
hermosas como el saludo matinal de la oropéndola,
vestidas de nostalgia y de poesía, decidieron
pasar un breve tiempo -el otoño no más, sólo el otoño-
en las praderas reservadas en el planeta Venus
para los viajeros de excepcional belleza.

(Los aztecas rezaban su poesía coral, noche
tras noche en honor del planeta, predilecto entre todos los
del cielo).

Ellas sabían que en Venus es una falta a los dioses
no ser arrebatadoramente hermosos. Allí en Venus
sólo llegan a nacer los niños una vez comprobado,
en el vientre de la madre,
que no perturbarán el equilibrio que sostiene
cristalinamente encendido al astro en su burbuja de diamante,
que es la Belleza.

-212-

En Venus nos permiten asomarse a un balcón
a quien no posea un rostro perfecto, y una piel
tan tersa como el plumaje del colibrí, o como el canto
mañanero de la oropéndola.

(Los aztecas,
danzaban felices al entregar sus hijos al fulgor de Venus).

Belzeraida, Armelina y Bradamante,
entrelazadas como los versos de un poema,
fueron llevadas en volandas por el Sol en persona,
que delicadamente las hizo enflorecer en su jardín de Venus.
Y están allí, en el hogar que les era debido desde siempre
por su belleza, por su aterciopelada vestimenta
de nostalgia y poesía. El planeta,
festejó cumplidamente la llegada de hadas tan perfectas.

(Los aztecas tejíanle a Venus, con la sangre de sus príncipes
más bellos,
túnicas de rubíes, diademas de himnos jubilosos).

Ahora, desde la tierra, podemos asomarnos de tiempo en tiempo
a contemplarle a Venus su recrecido fulgor. Y sentimos,
con un suave estremecimiento en la piel,
cómo vibra en el astro el alma de la música nacida
de la mirada azul de Belzeraida, de la
sensual sonrisa de Armelina, de
la promesa de amor de Bradamante.

1986
-213-

Oscar Wilde dicta en Montmartre a Toulouse-Lautrec la receta del
cocktail bebido la noche antes en el salón de Sarah Bernhardt

(Según Roland Dargeles, en casa de Sarah bebieron esa noche un
raro cocktail. Un hombre preguntó cómo se hacía. Y Sarah dijo:
«Este es un secreto de Oscar. Oscar, ¿querría usted darle en
privado la receta a mi dulce amigo el señor de
Toulouse-Lautrec?»)

«Exprima usted entre el pulgar y el índice un pequeño limón verde traído de Martinica. Tome el zumo de una piña cultivada en Barbados por brujos mexicanos. Tome dos o tres gotas de elixir de maracuyá, y media botella de un ron fabricado en Guyana para la violenta sed de nuestros marinos, nietos de Walter Raleigh. Reúna todo esto en una jarra de plata, que colocará por media hora ante un retrato de la Divina Sarah. Luego procure que la mezcla sea removida por un sirviente negro con ojos de color violeta. Sólo entonces añadirá, discretamente, dos gotas de licor seminal de un adolescente, y otras dos de leche tibia de cabra de Surinam, y dos o tres adarmes de elixir de ajonjolí, que vosotros llamáis sésamo, y Haroum-Al-Raschid llama tajina. Convenientemente refrescado todo eso, ha de servirlo en pequeños vasos de madera de caoba antillana, como nos lo sirviera anoche la Divina Sarah. Y nada más, eso es todo: eso, Señor de Toulouse, es tan simple como bailar un cancán en las orillas del Sena».

-214-

Luigia Polzelli mira de soslayo a su amante, y sonrío

El maestro Josef Haydn recogía sus últimos papeles. El archiduque, el Teobaldo al que sus enemigos llaman El Giboso, mira con la crueldad habitual de su sonrisa al sereno maestro. Él era el príncipe y el otro era su esclavo. «Maestro Haydn, le decía, prepárame para mañana una pequeña ópera en la que haya un hombre feliz engañado por su esposa».

Josef Haydn apelaba a su conocida serenidad, y sin sonreír hacía una reverencia. «Mañana la tendrá Vuestra Alteza. Ahora, con la venia, debo retirarme. Mi esposa, la que Vuestra Señoría llama Bellísima Luigia Polzelli, me espera detrás de esas cortinas».

El maestro Haydn salía por el largo corredor del Palacio, llevando a su esposa férreamente cogida de la mano. Él sabía que el Archiduque, el maldito Teobaldo de la Giba, tenía su paraíso en mirar, nada más que en mirar. Haydn tarareaba su Serenata para Cuerdas, y apretaba el paso:

sentía, sin verlas, las miradas del otro desnudando a su esposa.
Saltaba el Archiduque de cortina en cortina como un sapo por el largo pasillo, y el maestro, de reojo, veía con

amargura

cómo Luigia Polzelli, la amada de su alma, miraba de soslayo, y sonreía apicaradamente, a ritmo con el dorado insistir de la Serenata para Cuerdas de su esposo, el maestro Josef Haydn, nada menos que eso: el Maestro Haydn.

-215-

Epitafio para María Kodama

Me gusta que se llame
María Kodama
el invento póstumo de
Jorge Luis Borges.

María Kodama es
el nombre borjiano de la esposa
del Impertinente Maestro de Ceremonias
Kiro Kotsuké No-Suke,
llamado también Ochi Kotsuké No-Suki,
que era a su vez la verdadera
Madame Pechogris, novia
favorita de mi temido amigo
Yuko Mishima.
Mishima fue, como todos saben,
el pseudónimo oriental de
Jorge Luis Borges.

Jorge Luis Borges,
el jardinero japonés que un día,
desesperado de soledad,
engendró a María Kodama.

La risa

Sentados a los pies del profesor
preguntábamos: ¿y la eternidad?
Y el buen viejo nos miraba con enojo,
hasta que por fin decía, contemplándose las manos:
-216-

«La eternidad no ha sido definida, pues se necesita
una eternidad entera para que abarquemos
el concepto de eternidad. ¿Habéis comprendido?».
Y nosotros, sentados a los pies del profesor,
nos reíamos tanto, reíamos con tan poco cansancio,
que nos llevaba una eternidad consumir la risa
producida por la definición exacta de la eternidad.

1959

Canción para David Moreno

Alegre como perro de pobre,
Evangelina comía ciruelas;
comía ciruelas,
ciruelas.

Arrojaba los cuescos a lo alto
y ninguno volvía a la tierra.
Luego en los jardines de allá arriba
aparecían brillantes cestos de ciruelas,
verdes ramazones de ciruelas,
y después rojos puntos de ciruelas.

Inocente de ampliar las forestas del cielo,
Evangelina comía ciruelas y ciruelas;
arrojaba los cuescos a lo alto,
ninguno regresaba a la tierra,
pero ella no veía sus milagros.
-217-

Y corría por los valles del Mississippi,
alegre como perro de pobre,
mientras comía ciruelas
y ciruelas.

1959

La luz del pan en Segovia

(Para Federico Muelas (†) a la manera de Gabriela Mistral en Tala)

Lleven otros la candela,
cuelguen otros el farol;
a mi me basta en la mesa
la luz que irradia este sol.

La hogaza sobre el mantel
alumbra todo el salón,
del pan salen resplandores
dorados como la miel.

Me voy camino adelante
llevando en la mano el pan;
se iluminan las callejas
y los rincones se encienden.
No hay tinieblas que este pan
no consiga deshacer.

-218-

La luz del pan en Segovia
es el candil de una estrella,
es el racimo dorado
de los versos de San Juan.

Es las cuerdas del laúd
que tocaba el Rey David
para que el santo bailara.
No enciendan velas ni pidan
antorchas para leer,
la luz del pan en Segovia
basta y sobre para ver.
Es la compañía del alma,
es el sendero del cielo.

Nadie me ofrezca otra luz,
que lo oscuro ya no puede
entorpecer mi camino:

la luz del pan en Segovia
es cuanto pido al destino.

1960

Pequeña elegía por Rafael Marquina

Un libro de aforismos del Beato Ramón Lull;
un rincón silencioso en un parque olvidado;
un lector que de pronto levanta la mirada,
y la deja perderse detrás de las montañas,
más allá de los cielos,
-219-
en busca de una tierra distante,
y de otro lector cuyo libro resbaló de sus manos.

¡Ah mi amigo! Descansar es bueno: felicitado seas.
Pero soñar es mejor, y mejor todavía
es no poder ya dejar de soñar.

No leamos más, no meditemos,
que nada turbe el vuelo estéril de las golondrinas;
contemplemos el mundo, sonriamos,
y que la sonrisa nos baste hasta después de apagada la llama,
que alcen hogueras los que no han descubierto la melodía del
silencio.

Me gustaría
tomar de Xenius la clarísima pluma
y dejarte palabras de epitafio, simples palabras,
donde se sepa que fuiste obrero del mejor edificio,
alarife callado de los arcos triunfales,
y que fuiste amigo... ¡qué cosa tan difícil
la amistad que resiste la cima y la llanura!

Pero todo es silencio en torno mío:
las nubes de Castilla van tan puras y altas,
que lo sonoro y lo claro,
el plectro de Fray Luis y la abeja de Ausias,
vuelan también hacia regiones
donde ya no penetra el pensamiento.

La muerte suena a Dios.
Y yo regreso a mi libro, al rincón silencioso:
ya he pensado por instantes en tí, y muy lejos
te he dicho adiós moviendo lentamente la mano,
con ese signo que parece avivar un pequeño fuego,
o avisar al que parte que quedamos aquí,
-220-
y que pronto iremos
a continuar en lo alto la plática amistosa,
la lectura de un poema,
y la delicada misión de darnos compañía los humanos.

1960

Himno al Doncel de Sigüenza

A Rosario Rexach

El que sabe eres tú,
lector de piedra.

Arder por dentro
con la llama del libro,
y fingir ser de piedra.

La lección que nos das
no la entendemos
sino cuando ya no es posible
aprovecharla: ¡pena de vida!

Nos invitas a ser
sordos y ciegos para el río
del bullicio exterior;
pero labra que labra el silencio
con el diamante cálido del libro.

Dejada atrás la guerra
y la aventura,
te reclinaste a leer públicamente
-221-
con el marmóreo desdén de las estatuas
a lo que el mundo piense, quiera, o diga.

Si Goethe te hubiese conocido,
algo muy bello habría recitado
en sus instantes de soledad:
pues serías para él, el modelo soñado,
Arder por dentro siendo
helada piedra al exterior.

Dejándote tomar por ido y muerto
haces del libro la llave del Paraíso;
avisas desde tu fingida indiferencia
que piedra o epidermis, resignación o fiebre,
pueden ser igualmente motivos
para que la muerte se sienta acorralada.

1975

-[222]- -223-

Otros poemas invisibles (1992-1994)

-[224]- -225-

Nureyev

Coriolano mi perro leyó en el Times
la muerte de Nureyev. Como lleva tanto tiempo
el bailarín viviendo con nosotros,
(un póster de su figura cubre una astilladura de cristal
en la puerta del baño) Coriolano se echó a llorar
desconsoladamente. Lloraba en silencio, hacia adentro
con el llanto de los perros bien educados, lloraba
sin gemidos ni suspiros. Para intentar calmarlo,
llené la casa de melodiosos bailettes. El lago de los cisnes,
la Valse de Ravel, las Sílfides. Todo era en vano:
Coriolano seguía con los ojos clavados, meditante,

en la figura del bailarín.
Recordé al fin
que tenía entre viejos papeles la receta universal
de Tyko Brahe para curar penas del corazón y sufrimientos del alma.
Hallé la receta por pura serendipity, y la desplegué
ante los lastimosos ojos de Coriolano.

-226-

¡Remedio santo! ¡Bálsamo de Fierabrás! ¡Parche de copal
para el dolor más fiero! Coriolano apartó sus ojos
de la danzante imagen, y pudimos aquel día,
como todos los días, salir en busca del sol,
de los niños felices, de la engañosa vida.

Alborada

Despiertas atónito de despertar.
Pasó de largo un día más la muerte,
¿sigue viva la vida?
Mira: todo está bien: el universo en orden, ya salió el sol,
caliente por la piel y helado por el alma,
pero es el sol, el enemigo de la oscuridad
y del pensar lo triste;
el sol está de parte de la vida, como dada
a la muerte apareció la luna.

Echa a andar otra vez su cansado teatro la mañana:
el gallo jactancioso, el panadero, la madre
infatigable colándonos café. En fin,
los trastos del maquillaje cotidiano
para entrar en la escena del buenos días,
qué tal está usted, cómo le van las cosas.
Nada. No tiembles. Todo va bien. Tenemos
un día más de vacaciones fuera
del cementerio. ¡Viva, viva la vida!
A ver: vamos a ver: los zapatos, el pantalón,
la camisa, el reloj con el tiempo aprisionado.
Nada. La mañana pregona que no existe la nada.

-227-

Sal con el pie derecho a saborear el día.
¡Vive y nada más! Este día es tan bello,
que nos olvidamos de que tenemos huesos.

Tristeza

Oyes decir que eres triste y te miras
el zapato deslustrado, saltado el botón
de la camisa, el plato de sopa
lleno de amargura.

Te extraña aparecer en el espejo
porque te sabes muerto. ¿Eres el tú
de ayer, el de mañana, el que nunca
fue, el sin destino?

Córtate el amarrado sufrimiento,
pásate la mano por la frente,
hazle una mueca al muerto del espejo.

Mira: en la ventana está
vestida de rojo, sonreída,
la paloma de todos los días. Te mira
fijamente, llena de compasión,
y te dice:
«ponle en el pico al sinsonte otro granito de anís».

-228-

La luciérnaga

Para José Alfredo Pérez Alencar, hijo

Un haiku de Matsuo Bashó, el haiyin de los haiyines,
canta:
«Perseguida la luciérnaga / se esconde en la luna».
Cierto, le digo al poeta del laúd de nácar, desde niño
descubrí sujetando las alas de la esmeralda en vuelo,
lo que llamáis luciérnaga posada en la camelia, y nosotros
llamamos cocuyo engarzado a la ceiba, y también falena,
que existe un lazo de amor entre
la fosforecente luna y el refulgente cocuyo.
Conocí para no olvidarlo jamás ese lazo de amor
entre el astro y el insecto, porque

la luna me hablaba desde el cielo, y decía:
«deja en paz la luciérnaga: me hace falta
esta noche para alumbrar mi fiesta
de todos los otoños».
Obedecía el niño
como siempre a la luna. En la ventana principal
del cielo aparecía feliz la tímida luciérnaga.
Miraba sonriente al niño, y con suavidad
movía sus alas. Quería enviar desde
el reino esmeralda de sus ojos, un signo de
gratitud, un himno de esperanza.

-229-

El río

A José Olivio Jiménez

Viví sesenta años a la orilla de un río
que solo era visible para los nacidos allí.
Las gentes que pasaban hacia la feria del oeste,
nos miraban con asombro, porque no comprendían
de dónde sacábamos la humedad de las ropas
y aquellos peces de color de naranja,
que de continuo extraíamos del agua invisible para ellos.

Un día alguien se hundió en el río, y no reapareció.
Los transeúntes, interrumpiendo su viaje hacia la feria,
preguntaban por dónde se había ido, cuándo volvería,
qué misterio era aquel de los peces de color de fuego
amarillo.

Los nacidos allí guardábamos silencio. Sonreíamos tenuamente,
pero ni una palabra se nos escapaba, ni un signo dábamos en
prenda.
Porque el silencio es el lenguaje de nuestra tribu,
y no queríamos perder el río invisible, a cuya orilla,
eramos dueños del mundo y maestros del misterio.

Canto de Carolyn

Me desperté domingo esa mañana aunque era jueves,
porque los jueves viene a visitarme
la Señorita Carolyn Plowright, de origen desconocido;
trae entre los brazos tulipanes blancos. Y la boca,
llena de canciones.

-230-

Nunca he sabido
si viene de Madagascar o de la Isla de la Reunión;
no me hace falta saberlo.
Muda de nacimiento,
nos lo decimos todo con el idioma de la mirada. Los ojos,
hablan en amor, no en turquestaní, no en rumano, no en
japonés.

Abro para ella
una botella de champagne. Se moja apenas los labios. Le basta
para embriagarse. Cuando la dulce Carolyn Plowright
se embriaga, baila una violenta danza. De su tierra
posiblemente: no sé cuál es su tierra. No necesito
saberlo. Mueve su gran abanico de plumas de garza escarlata,
y la habitación se transforma en un suntuoso navío.

Viajamos sin movernos
ella y yo, Carolyn Plowright y su feliz esclavo, viajamos
hasta fuera del mundo. Constelaciones desconocidas
nos rodean, paisajes coloreados, canto coral de insólitas
aves,
y extraños angeles trasvestidos de mariposas ríen
estruendosamente.

Cuando
Carolyn Plowright cierra su abanico, descendemos.
Consumido ya el jueves vestido de domingo, me echo a dormir;
duermo hasta el próximo jueves al amanecer, cuando
me despertaré domingo siendo jueves, porque ella, Carolyn
Plowright,
volverá a entrar por la ventana, con
su fastuoso abanico de plumas de garza, y
traerá los blancos tulipanes pegados a su pecho.
Traerá además las canciones,
las nunca antes oídas canciones de sus islas.

Segunda parte

El álamo rojo en la ventana (1935-1942)

Poemas inéditos

Con el título genérico de El álamo rojo en la ventana recojo la cantidad -excesiva- de poemas conservados por el cariño de quienes fueron sus destinatarios: Cintio Vitier y Fina García Marruz, y Eliseo Diego y Bella García Marruz. A ellos les obsequiaba yo los poemas sueltos que iba haciendo en mi primera juventud. La delicada cortesía de ellos, así como su amistad y su amor a la poesía -buena, mala o mediana, o francamente detestable- les hizo conservar los papeles. Años más tarde me los enviaron, dándome una gran muestra más de su cariño.

Confieso que casi el ciento por ciento de estos poemas, recogidos ahora en libro, me resultan extraños o totalmente desconocidos. Me he asomado a ellos con desconfianza y hasta con un cierto disgusto. Lo que se acostumbra llamar «poemas inéditos» es casi siempre el castigo que el autor, viejo ya, recibe por su impetuosa juventud y su precipitación en dar a conocer todo lo que va escribiendo en la primera juventud.

De ese castigo no hay quien escape, como lo prueba el hecho de que en la joven revista «Credo», de La Habana, aparecieron en 1994 unos poemas extraídos, según explica la revista, del archivo de Lezama. ¿Hizo bien el Maestro en archivar estas paparruchas, que mejor estarían desaparecidas? Dado que están ya publicadas, pienso que lo mejor es conjurar ese fantasma dando a la publicidad todo lo que llegó a mis manos por generosos envíos de Eliseo, de Fina, de Cintio, de Bella. Al margen de toda literatura, estos poemas de El álamo -234- rojo en la ventana tienen para mí un valor sentimental de tan vigorosa evocación de una época embellecida por la amistad y por la poesía, que cierro los ojos y anulo el razonamiento y la conveniente voluntad de selección que debe presidir todo libro de poemas.

De estos cuatro amigos grandiosos e imborrables falta ya Eliseo Diego. Falta la gran luz que él entregaba a todos y a todo cuanto contemplaba y amaba. Si él tuvo algún aprecio por estos poemas, no soy yo quién para condenarlos al eterno olvido.

G. B.

-235-

El álamo rojo en la ventana

Debajo de la ventana
canta día canta noche
un álamo color de grana.

El álamo brilla y suena
cuando el silencio derrama
sobre la tierra y el cielo
sus cantos de sombra y calma.

Las nubes se le detienen
apresadas por las ramas,
y él brilla, resuena y arde
debajo de la ventana.

Cuando el mundo de por fuera
se incendia y pone de llama
saca sus ramas de nieve
el álamo color de grana.

Las estrellas enrojecen
parándose bajo su guarda,
y las aves que se entregan
a las hierbas de sus llamas
se vuelven brasas y cantan
debajo de la ventana.

El álamo rojo sueña
mientras la vida de afuera
gira y desploma sus alas.
Cuando vencida se tiende
a dormitar por los suelos
-236-
el álamo rojo estalla
debajo de la ventana.

Nadie lo ve si no arroja
sus ojos de ver lo oscuro.
Nadie lo ve si no saca
al resplandor de su alma
los ojos puestos debajo
de la sombra y de la calma.

¡Ay álamo que el fuego toma
y al fuego vuelve sus ramas!
¡Álamo color de grana,
color de incendio parado

que pone llamas soñando
debajo de la ventana!

Si el mundo de afuera incendia
su rostro y se vuelve llama,
saca sus ramas de nieve
el álamo color de grana.

¡Álamo ardiendo en mi alma,
álamo rojo que estallas
cuando la muerte amenaza
colocarse en mi ventana,
pon tu nieve en la solera
de mi casa amenazada,
vuelve de nieve tu roja
cabellera que hace noche
y hace día y hace alma
debajo de la ventana!

1937

-237-

G. B. pide a J. L. L. dos números de «Espuela de plata»
A José Lezama Lima, con la Navidad del año 1939, momento humilde, de
amistad, de gracias, desde la cierta paz que nos depara.

GASTÓN BAQUERO

La intempestiva ida de la noche
Alargada hasta aquí en ser prolijo
Eclípsase feliz en el derroche
De dejarme querer a quien dirijo.

Esta epístola breve querenciosa
De duales ejemplares cristalinos
Prometidas espuelas deliciosas
A manos declaradas con destinos.

Un ejemplar dareisme del primero

Para dama de letras y cultura.
Idéntico otro más para en dinero

Convertirlo en la breve coyuntura
Fijada ha tiempo por quien mucho quiero
Arrasado en cobranzas de dulzura.

Postsoneto: J. L. Lima, necesito tres ejemplares del 2 y dos del 1.
-Saludos hasta prontísima vista.

La embajada cumplida aun no lo ha sido
Pues el hondo conflicto se presenta Hacia
el enfant por mí tan bien querido
En lance que la pena se acrecienta.

[En el reverso de la página con letra de Lezama, a lápiz: Hemos de subrayar ahora la actitud inversa, es decir, ver en aquellos que por enemistad, con lo -238- inmediato, buscaron un despego total. Después sorprenderemos cómo a pesar de esa enemistad, lo circunstancial busca recobrar sus posiciones deslizándose aun en los más desdeñosos, si no con total imperio, sí en vetas sinuosas que revelan en la intensidad un torcedor o la conciencia de la imperfección y la variedad o la constante huida de la forma ante la substancia o el movimiento].

Poema

Si me dijese usted la hora exacta
Exactamente la hora en que he de comenzar a beberme la
sombra
De mis huesos

No destruye a destiempo el tiempo sus relojes
Ni castra el césped suyo cualquier jardín de arena
Arraigándose en mí por la desnuda tersa herida
Comienzo a renunciar y a pulverizar la memoria
Sabría ya bastarme sin el soporte del fuego

Eh: Aquí están las llaves de esta sangre
Mira augur quiere de nuevo el ido besar la biografía
Despojándome del pasado devolviendo la arcilla al soplo
desdeñado
Vagando dentro sin premura mayor que el primitivo artífice
Vagando fuera en la carroza marmórea en el idéntico sitio
En el sitio que alude furiosamente el verbo eternidad
Pero no dejaréis desplomarse la risa atádmela a columnas
Unidla sus fragmentos con los cabellos de un clavicordio
Amputad del futuro el rostro que llevaré ante Dios
Desenmascaradme empero amados la faz de huesos puros
Que sorprenda gloriosamente atento al espejo enterrado entre
la sangre
Porque la lluvia nace dondequiera que hay llanto de esqueletos
Cierto es más que cierto aquí vengo a decirlo
Partid mariposas funerales: Me seguirá doliendo el polvo de
los huesos
-239-
Rasgo la certidumbre de un espacio en cualquier sitio de la
tierra
Escucha: La lluvia ha comenzado amigo a relumbrar la hoguera
Amigo, amigo mío: Si inclinaras a mi oído el horario preciso.

Soneto

(Teixeira de Pascoaes)

Soy, dijo tu voz en nombre de la Muerte,
El Sueño en que el Señor holgó su brega.
Y desterrándote a la luz de pena fuerte
Aceptaste de Dios la amarga entrega.

Contemplabas en ti, Saudade entelerida,
Este oscuro pasar que nos despoja
De cuanto planta en nos la enfebrecida
Pasión de eternidad y de congoja.

Hoy es en mí tu mansedumbre triste

Amada senda en que el Destino veo.
Enamorado estoy de lo que fuiste,

Varón de herido ser dado en trofeo
Cuando del aire hacia el Señor volviste
Liberado del llanto y del deseo.

-240-

Soneto

Ante el túmulo del marqués de Acapulco, hombre que fue de guerras, muerto en Milán hacia los 1638 años del Señor, a los veinticinco de su edad, y en la bizarra flor de su hidalguía.

«Y cuando sintiose herido, ordenó que trajesen su instrumento, el violín, que sabía; y estúvose tocando en él hasta ser muerto»

Urna enclavada en llanto, arduo lloro
Apaciguado al fin por don marmóreo,
Rinde ceñido espejo al leve escolio
Que enceta al memorial fundido oro.

Guarda, yaciente, el musical decoro
Cifrado en torso y prez, albo ostensorio,
Encielando al violín coso marmóreo
Labrado en bella luz y en largo azoro.

Doncel de cruz y perla sobre el pecho
A cuya vera aún, insomne, anida
Canto de mármol en el violín deshecho.

Desenlázate ya, alienta por la llama fenecida
Ansiosa de enterrarse en nuevo pecho
Para darse a la Muerte en nueva vida.

-241-

F.G.L.

Paz. La muerte se ha sentado
por caminos de acero sobre un pecho.
Comienza a amanecer, ábrese el lecho
donde muestra un espejo lo soñado.

Ahora el vivir se extiende convocado
hacia inmedible campo, hacia el trecho
más claro de su ser; va sin acecho
derramando silencio iluminado.

Ya comienza a entender.... Bebe el aroma
de una nieve que alberga, de una playa
por cuyo suelo nunca el toro asoma.

Soñadle puesto en Dios. Soñad que estalla
risa y verso y pasión; soñadle aroma
que en lumbres canta la invisible playa.

Sonetos de la muerte

I

Come, lovely and soothing Death,

WALT WHIMAN

Ir hacia ti, mujer de la ancha sombra,
Celosa de tus luces recogidas,
Donde enmudecen ya sendas heridas
Entre la Gracia que el silencio nombra.

Ir hacia el lirio que en tu frente asombra,
-Recia vena de aguas bendecidas-,
Por ascender en paz a nuevas vidas
Levantadas de amor contra la sombra.

Llega, madre de luz, sumando pasos
A los que da por ti lúcido y fuerte
El ser que a Dios le reclamó

Sus brazos, El ser que fue para poder saberte,
Madre y señora de los eternos lazos,
Cabe tu dulce pecho, clara Muerte.

II

-But praise: praise: praise:
For the sure -enwindig arms of cool-enfolding
Death.

Quiero saber que llegas, Muerte mía,
No vengas en silencio, sino en gozo;
No he de fugar de ti como en retozo
Que rehuya tu rostro y tu armonía.

Por habitar de Dios más ancha vía
Erguido puente en alma desembozo,
Redescubriendo ser bajo el destrozo
De quien eterna luz al tiempo fía.

Todo en rumor hasta mi pecho llega
Adelantando sonos mensajeros,
Con el verde estandarte que ya entrega

Nuncio y arribo de ángeles cimeros,
Portadores de ti, razón que anega
Alma y plegaria en himnos y senderos.

III

¿Y si luego al morir no nos acuden alas?

L. L.

¿Y si luego al morir nos acuden alas?
¿Y si de muertos damos en médula de pena?
¿Y si morase herida en la resaca arena
Que arrumbará por siempre el vuelo de sus alas?

¿Y si luego al morir no nos acuden alas?
¿Y si sólo es la tierra quien ajena
A todo concebir, siega y cercena
Este afán que nos da de tener alas?

Oh voz augusta de lejana tropa,
Avanza sobre mi corcel de alerta
Señal parida al cielo. Arropa

con el recio entender que deja abierta
el alma dada a la divina tropa
una esperanza anclada en ala cierta.

Muerte del ave

Mira,
Los horizontes trocados en campanas,
Y el cielo.

Los manantiales, tañendo sus rabeles
Con dedos de doncel,
Y el aire.

-244-

Las conchas, las conchas libertadas al fin
De las arenas,
Y el mar.

Cielo-
Cielo desempeñado en interrogantes
Como vihuelas de un coro desatado
Que pulsa cauda de violetas,
Que hiende y señorea
En las ramas, en las enramadas de luz
Sobre plintos de horas muy ceñidas al alba
Por estelas de alas y rocíos.

Cielo, sin otra sombra que procesión de golondrinas.
Golondrinas golpeadoras de un aire diamantino,
Matinales, doradas golondrinas
Bajadas por escalas de azucenas
Al orden de los ciervos.

Aire-
Aire que en la luz estalla, estrénase, retuércese
Crecido, mecedor del paisaje
En un claro plumón y en flor y en flama
Dominante paisaje, arquitecto del aire
Desenvuélvese claramente en la inercia
De clarines, inercia de los vuelos y los iris
Que zigzaguean el estertor, la transparencia
De nidos para aves futuras,
Imposibles.

Y por debajo de todo, por encima,
Con esa omnipresencia propia de las nubes
Cabalgando meridianos y preces y dimensiones puras,
Tú, ausente de geografías, en un paisaje

-245-

Inenarrable, imposible de signar con la frente
Te levantas y arrostras impasiblemente
La grave inconsciencia del aire,
La rotunda frescura de los cielos

Con esa indiferencia propia de palomas,
Con esas manos transparentes, propias de los muertos.

Por encima de todo, por debajo de todo, tambor,
Tamborileas la fiesta de tu muerte
En la piel de los gráficos y arcángeles,
Revoloteando en ti la mansedumbre, el espejo,
La mirada y el gesto de quien muere
Teniendo las costillas intactas.

Como un arcángel o como un cordero
Deslizada del son y la sonrisa
Te dejabas rodar en viva piedra
Navegante de ti, navegante
Al fin de golondrinas,
Al fin de una espesura humedecida
Que vierte aire y cielo y mar y regocijo.

Espejo en el mar

Dulce enrade menor en tibio atisbo
algas señeras para indicar las vías
sentidos de las ondas cegueras y tritones
regreso inacabable de los corales antiguos.
Una y más una y una cresta loca de aire
lampos azulinos areniscas verdosas
al filo de esta noche regresan las angustias
-246-
quebradas en arrecifes de promesas vanas.
No la verdad nadando en hilos claros
preludia su coral de mantas muertas.
¡Ancla! Peregrinaje hondo espejos magia y trino
ceñudos hontanares yertos hacia fuera.

Sombra del cuerpo

El ojo inmóvil de estruendos
mirando hacia el mediodía
tu sangre y mil mariposas
desprendidas al regazo de una antorcha
sombras silencios solaces
¡alzado quicio del sueño!
los vértigos moribundos para sembrar rocío
dime tu siempre instante de sangre
agracias fugas hacia abismos luminosos.
Tú y yo. Orbe a solas. Rumores de tu temblor
a la sombra desfallecida del deseo.

Memoria del paisaje (1936)

- I -

Llueve en el mar. Las aguas sin refugio
reclamando techumbres acrecientan
circulares lamentos. Ruedos de acero
bastan al vuelo inútil de las ondas

-247-

cegadas dulcemente. Sigue subiendo
una fiesta infantil que se desplaza
entre rizo y golpear de la fugada
estancia desolada de los peces.

- II -

Dueña de tarde y luz tan fiel expone
presencia de su ausencia de la sombra,
que hasta privados cielos, nidos lejanos
a palomas se rinden. Guerra sencilla
destruyendo a la noche sus andenes
reconstruye el albor. Fijo secreto,
-amor en paz o gesto de jardines-
duerme y retiene el viaje nocturnal.

Sin estrellas precoces, (sólo puerta rosada
del deseo) dominado del aire y de la rosa
canta el cielo también sonos pequeños.

- III -

Plena razón lunar la madrugada
constelada de lienzos cristalinos,
pinta soñando la aparición final
de las estrellas. Quedan las vías
del divino salón como sembradas
por mecánicos dedos. Ni una pulgada
del angélico parque vese desnuda
de su poquita luz y su silencio.

- IV -

Un niño en el paisaje: la mañana,
dos veces es lo que naciendo fuera.

-248-

- V -

Nada. Apenas si un recuerdo
verde, pequeño, fresco, se compara
al hollaje de garzas. Apenas todavía
si morada memoria disfrutara
de la sombra de un cuerpo en lejanía.

Buscarla es como amar. Melancolía
cobijada en sombrillas de espesura,
de tanto que no es nada es bien segura
palpable eternidad, violeta pura.

- VI -

...dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado...

SAN JUAN DE LA CRUZ

Esta niña de mármol
paradita en la esquina
de su tristeza,
es la azucena.

La azucena: gala del silencio,
gozo
perfectamente simple
e inesperado siempre.

- VII -

Justa ascensión de sueño y geometría
es la palmera. Bien se abroquela
-249-
en bosque y mármol fanática del cielo
para entregarle voces y secretos. Vive
cercana de cuanta luz regada por los aires
apunta rectamente. Los destinos,
en cuerda de su cuerpo salvan justo
la frontera soleada del recuerdo.

- VIII -

Las gotas áureas que sueñan corazones.
Las albas haldas que son constelaciones.
Las eternas quejumbres de las citas.
Las, ¡mieles de claro amar, las margaritas!

- IX -

Orbe, pequeño paraíso, girasol,
atiende soledoso peripecias
predilectas del sol. Pulsa orgulloso
el diálogo librado de congojas
fino garbo de oro el girasol.

- X -

Al recuerdo de «Lucía», vaquilla nacida en las Islas de Jersey
y muerta entre nosotros en el años de 1936.

Fiesta del ámbar, cumbre del querer,
-dulce y casta señora de los prados-,
medita y remedita su ventura. Sabe secretos
de lo puro y materno. Ella concita
albores de la espuma y de la eterna
memoria de Jesús: primer testigo fue
del Nacimiento. Compañera de Antón
y de María, graba en los aires aires
-250-
aquel tierno mirar con que palpara
la carne del Señor. ¡Vaquilla celestial!,
¡lumbre del prado!, bien sé que filosofas
a tu modo, -kindergarten que sueña
y que trajina-, la hondura del vivir...

(Bien te recuerdo
besando mansamente nuestras manos. Cazando
nuestros besos por tu frente. Y luego,
remecida de sonrisas,
¡toda la cima del ámbar en tus ojos!

nos dejabas soñar bajo tu sombra).

Recuerdos

Recuerdo

La noche se reclina sobre la tierra
como una mujer sobre el pecho de su esposo.

A lo lejos, unas pocas estrellas
dialogan libremente de sucesos divinos.

Un pájaro blanquísimo surge en la llanura.
Se escucha el mar; se sabe que es de noche
porque el cielo decora con sus luces
el cabello azuleante de las nubes.

Recuerdo de otro sitio este silencio:
yo he estado alguna vez donde la rosa es hecha.

-251-

Muerte y epitafio del rruiseñor

I

Toda la tarde estuvo
cantando en la arboleda.
Cuando el rocío
vino a ocupar su sitio
bajo el canto,
no estaba el rruiseñor

en la arboleda.

II

Por la sala del cielo
el ruiseñor cantaba con su muerte.
Ya no encontró el rocío
arboleda sonora en que posarse.

El ruiseñor estaba
cantando su invisible
paseo de silencios por la muerte.

III

Epitafio

El está aquí, su canto ha precedido
en astros y en silencio a su caída.
Ahora escuchamos aquel suave llanto
que el ruiseñor construye cuando olvida.

-252-

Palma

Perfecta,
silenciosa,
melancólica
y casta,
la palma detiene
humildemente
el cielo.

Amor

Vamos
juntos
a quedarnos
eternamente
silenciosos.

Adiós

Volveremos
de nuevo
a decirnos
adiós.

-253-

Madrigal

Siento que algo sonrío por detrás de la luna
cuando la risa deja tristemente tu rostro.

Comprendo que la mar existe solamente
para imitar el dulce ritmo de tu corazón.

Canción de canciones

(Wilfrid Owen)

Cántame en la mañana más sólo con tu risa,
Como la Primavera canta por dentro de la hoja,
Como el Amor que ríe aún después de la vida.

Cántame tan sólo con tu hablar todo el día;
Imita de este modo las volubles hojillas.
Haz cesar los violines, pues naciendo en tus labios,
La más débil palabra es en ti melodía.

¡Cántame en la noche mas sólo en tu mirada!,
Cual mares que se alzan ofreciendo consuelo;
Alienta de este modo profundo y despacioso
El sentido que siempre la canción ocultara.

¡Canta en la medianoche, corazón rumoroso!
¡Que se escuche el gemido inmortal de lo joven
Palpitando en tu cuerpo, sollozando, invencible!

-254-

La lluvia está en mí

(D. H. Lawrence)

La lluvia está en mí. Cae,
cae y fluye,
más allá de la memoria.

El mar está en mí. Golpea,
ay golpea tan profundo,
tan impenetrablemente oscuro,
y de repente brota en un albor nevado,
cual leopardos de nieve que se yerguen
trizando enfurecidos las paredes del alma;
luego de nuevo ruedan partiendo rumorosos
con un eterno duelo de sibilante rabia.

Resuena el viejo mar en el fondo del hombre.

Rainer María Rilke

(Estos cinco poemas fueron escritos en 1939 sobre traducciones realizadas del alemán por el Profesor Paul Aron. Escogidos en el libro de Rilke Poemas tardíos).

- I -

¿Puede decirme alguien
hasta dónde me extiendo con mi vida,
si aún soy en la tormenta ardiente soplo,
y habito cual la onda en el estanque,
-255-
y si es también mi cuerpo el pálido abedul
que aún padece de frío cuando es primavera?

- II -

Aún es el día en la terraza... Siento
que en mi vida renace una gran alegría:
puede tomar la noche y puede todavía
de mi silencio el oro brindarlo en alimento.

Estoy lejos del mundo, y su esplendor tardío
orla mi soledad en grave sentimiento:
tal parece que alguien se apropia el nombre mío,

tan cariñosamente, con un tan suave aliento,
que ni siento vergüenza ni procuro desvío,
ni tristeza ninguna por la pérdida siento:
pues ya no necesito jamás el nombre mío.

- III -

Mi madre vino a ofrendar
a los pobres santos de madera.
Y los fieles hundidos en los bancos del templo
la miraron callados, rebosantes de orgullo
lanzándole su asombro y su desprecio.

Olvidan ciertamente el sacrificio ardiente
de los pobres santos de madera.
Y les niegan las gracias. Sólo ofrecen
el resplandor oscuro de los cirios
prendidos sin amor en sus rituales fríos.

Pero mi madre trajo la ofrenda de sus flores;
trajo las flores todas de mi vida.

-256-

- IV -

No has de esperar que Dios
llegue hasta ti diciendo: SOY.
Un dios que confiesa su fuerza no tiene sentido....

Has de saber que Dios
alienta en ti desde el principio,
y si arde tu corazón y no traicionas nada,
Él crea dentro de ti lo que suspiras.

- V -

Temo a la palabra de los hombres
que todo lo definen claramente:
«esto se llama perro» y «esto se llama casa»,
y «aquí es el comienzo» y «allá es el fin».

Yo recelo también de sus mentes,
de su inconsciente jugar que sabe todo
lo que será y fue. No hay ninguna montaña
lo bastante maravillosa para ellos,
su jardín y su bien lindan con Dios.

Quiero siempre advertir su presencia
e impedir que se acerquen:
me gusta escuchar el canto de las cosas
y al tocarlas vosotros enmudecen inmóviles.

Vosotros me matáis todas las cosas.

-257-

Amor

Todas las violetas de la tierra
Para ocultar que existes.

Toda la luz posible de los cielos
Para encontrar que existes.

Toda la canción eterna de la estrella
Para decir que existes.

Otoño

Las hojas caen, caen, como de la distancia,
así como lejanos jardines en los cielos
que empiezan a secarse.

Y la pesada tierra por las noches cae
de todas las estrellas hacia la eternidad.

Todos caemos. Esta mano ahí cae.
Y contemplas las otras: en todas es igual.

Y sin embargo hay Uno que en sus manos
infinitamente suave
sostiene este caer.

-258-

Carta en el agua perdida

(A Federico García Lorca)

Federico, por hombres como tú
se han inventado palabras como éstas:
Cítara, Plenilunio, Narciso, Encantamiento.
Y otras palabras más fuertes todavía:
Corcel, Lágrima, Destino, Sangre.
Y la que duele al párpado, la que penetra
por sí misma sin sosiego hasta el cielo:
Muerte.

¡Un monumento de aguas quisiera levantarte!,
porque pensando en ti me siento ahogado
por un espejo tinto en nieblas,
por un espejo que no dará descanso a mi alma
ni aún después de tener mil años muerta.

Porque tu nombre es ahora de esos
que dichos en voz alta suenan mudos,
tienes un nombre ya que nos castiga las entrañas

como ciertas noches lunares, en que sentimos
asomándose ángeles y peces al barandal del cielo.

¡Sumergido en qué fuente, en qué escalera
con las manos enterradas, despierto para siempre,
Federico, constatas lo increíble,
el vuelo eterno de una incansable mirada
que te alberga, que te baña en verde los dedos
y vase hollando, sutil vase por azoteas frías
calculadas para jardines de un millón de años,
Federico, mirando impenetrable las verdades
-259-

en qué sitio te encuentras, bajo qué árbol
o en qué tecla de piano te escondes,
nunca, nunca sabremos si quien pasa
te lleva escondido en el pelo,
nunca, querido, nunca podremos jamás beber el agua
porque estarás parado junto a ella,
bajo el lazo infantil, bajo la ceja,
sobre la mano, Federico, responde,
señálate la piel, cierra los ojos,
Federico querido, sonámbulo, perdido!

Cuánto llueve debajo de los ojos!,
y todo intenta continuar siendo lo mismo,
las macetas pobladas de claveles, la tristeza
mordiéndose el aliento, todo pretende
mirar al sol de frente todavía, Federico, todo solloza
tuerto, tan incompleto como un día sin noche o sin mañana;
nadie se engaña sin ti, sin una estampa
que fue para la vida una vena regada
desde el Cielo. ¡Federico, qué verso tan exacto
se nos queda pensando en que vendrás!

¡Solo en el sueño engendrado, derribando
hacia atrás hora tras hora, hasta encontrarte
blanco y hermoso en una torre de iglesia cordobesa,
y más atrás aún, hasta encontrarte
dormido en una cuna, Federico, galopando
gozoso el corazón, murmurando palabras oscuras,
signos limpios de cuerpo, de guitarras
desgajando sonrisas, carcajadas, los panderos
agitados desnudos por el viento, los corales,
campanillas para un niño que tenía
ojos de cascabel, ojos de muerto!

Te imagino desnudo por el agua
tiñéndola de azul y de persona,
administrando primaveras,
con la palabra «infinito» entre los dientes
como si fuera una flauta o una manzana.
Te imagino, querido, revolviendo jardines de la Virgen,
virando de revés las Casas de los Ángeles,
buscando anheloso una entrada a la tierra, al ensueño
de muerte que es la vida, el Destino
colgado de la frente de Dios, como una rosa;
aquí la golondrina, el valle cierto, la fuente
donde brota un rojo punto de sangre desvestida
que es la Luna agorera, la impasible bandeja
de la muerte. Aquí ya tus caballos embridados
por senderos de estrellas, recios pechos
nutridos de quimera, un centauro apenas
si al abismo interpelara. Roto el espejo,
y más, rota la vena, con las crines
bordadas en silencio, en agua, en llanto, Federico,
no queda sino el mármol, el aire que traiciona
al ramo de violetas, las manos desprendidas
conduciendo caballos infernales. Solo, Federico,
presidiendo la lluvia, el nacimiento
de un geranio negro, de una palmera tejida en alabastro,
con todo el cielo dispuesto para el llanto,
desesperado, ciego, acometiendo nubes, impetrando
lágrima, corcel, destino, sangre.

¡Federico! ¡Qué oscura suena la voz cuando te nombra!
Una campana suena, una campana hacia adentro buscando corazón.
Una flecha, querido, te rescata,
isla alargada, isla de niebla, isla concreta,
como ese dolor que pone la belleza en los ojos del hombre,
como esa mansedumbre que tienen al morir los ruiseñores.
-261-

Si vieras, querido, cuánta fiesta persiste por la tierra,
cuánta mirada de un dios o de una fuente nos asalta todavía,
Federico, nacido en tiempo impropio, como el lirio
sembrado a la orilla del mar, como la espera dedicada
a un recuerdo cegado por la lluvia, Federico, dirías,
dejadme el corazón, dejadme el sueño.

Una esfera de amor, un firmamento nevado de esperanza,
el pórtico del sueño, la esperanza otra vez, los cristales
de un mar insospechado, aquella gran neblina que se agita
perdiéndose en la noche, la alborada fraguada por el llanto,
cuanto respira camino hondo de la tierra,

la sangre, Federico, la luz, la huella eterna
que nos duele a los hombres por las venas
como duelen al cielo las estrellas. Dejo,
querido, el recuerdo, por velos, por afanes
mecido entre tus ojos, ojos de cascabel, ojos
de muerto insomne, presentido en el rostro
de los niños, en la tenue armonía de la lira
pulsada por la voz de la fuente, por el sesgo
de un cabello, desde el cielo.

Como un sacramento te devuelves
por sobre playas colmadas de geranios,
Federico, en cuatro sílabas, los cuatro puntos cardinales
que más luego son mil, son infinitos,
uno de tus cabellos, una sonrisa tuya
cuelga de las manos sagradas de la Aurora,
y tú sigues mirando,
mirando cómo Dios renueva el verde,
y cómo nace aún tanta belleza
que la tierra se llama Federico.

1938

-262-

Poemas de la Lluvia y de la luna

Poemas de la lluvia

I

Los niños invisibles de la lluvia,
El sonido y el vuelo de sus hadas,
Los tallos de sus flores, los jardines
Lejanos de sus aves, el juego de escucharse,
La nieve de su traje y el verde de los iris,
Comienzan a mudarse en agua pura
Por contemplar el rostro de la lluvia.

II

Yo veo dentro de la lluvia
a una mujer hilando,
a un señor distinguido cuya barba
se entrelaza en los árboles,
a una guitarra blanca que tremola
esa voz peculiar de los que amo.

III

¿Qué lluvia es esta cuya voz recuerda
tanto silencio ido con la muerte?

¿Qué lluvia es esta cuna al pensamiento
y al más oculto sueño realidades?

¿Qué lluvia es esta lluvia que recuerdo
aún debajo del sol y dentro de la lluvia?

-263-

IV

El pensamiento ha ido a reclinarse
como un ave cansada
en el lecho incesante de la lluvia.

Solo con la lluvia y el vacío,
en la soledad incesante de la lluvia,
hablando de ti cristalinamente en el vacío.

V

Cuando desciende,
es como si todas las mujeres sollozasen.

Cae sobre las flores
tan cuidadosamente
como si trajese en las vivas palmas de sus manos
un mensaje del cielo.

El señor de las flores habla en ella
un lenguaje más triste cada día.

Nunca se la ha visto
destruir la rosa.

Cuando asciende,
es como si las abejas desnudasen,
de un solo vuelo,
todo el firmamento.

VI

Una mujer canta mientras cae la lluvia.
Canta mientras la lluvia derrama su mas puro silencio.

-264-

Se escucha el milagro de que su canto sea
Más silencioso que el canto de la lluvia.

VII

La imagino en el cielo.
Ahí anda apresurada en busca de sus guantes:
Partirá hacia la tierra en breve espacio:
El carmín en sus labios, el eterno arrebol de sus mejillas,
La gracia incomparable de sus rizos,
Y la sombrilla gris que nunca olvida.

VIII

Danzan las gotas de lluvia
Sobre la fina playa de sus hombros.

Flechas breves de nieve se acomodan
Al paso de delfín con que desdeña
Ese ardiente besar. Ahora se escucha
El dolor siempre oculto de la lluvia,
Se escucha su nostalgia de habitarle,
Su fracasado ensueño de ceñirle
Con amorosos lazos la mirada:
Mi corazón sonríe hacia los cielos
Y es uno con la lluvia ante su alma.

IX

El agua es solamente
la sombra de la lluvia.

Los ruiseñores,
acuden a la lluvia
con su canto.

-265-

Sólo el cuerpo del ave
queda preso en el agua.

X

La ventana se asoma hacia la lluvia
con tanta inteligencia como un ave.

Ella mira infantil, mira asombrada
como la lluvia llega a sus cristales.

Amor comienza a construir su techo:

Para siempre la lluvia es una niña
Cuyo pecho destruye la belleza.

XI

Volver como tú vuelves
desde aquella región donde la sombra
es el único árbol

Volver como tú vuelves
sabiendo simplemente qué es el cielo,
-sólo bosque de nubes, foresta interminable de la
estrella-
o pradera en que aún vibran los recuerdos.

Saber como tú sabes
qué rostro se ilumina cuando sueña
el ángel de la lluvia.

-266-

Canción

Porque si nadie muriese algún día
Las iglesias serían más altas que el humo
Porque sí Porque si nadie muriese
Quién olvidaría a quien
Qué semilla qué torre no sería
Con sólo un helecho que sobreviviese
Toda cadena estaría confirmada
Mil años dos mil años tomaría la maduración de un fruto
Perduraría el humo mil años dos mil años
Un sonido cualquiera de campana
Se petrificaría en el milenio venidero
Porque sí porque si nadie muriese
Si este mapa no se decolorase más y más
Si este cuerpo no se inclinase poco a poco husmeando el humus
Las verdeantes colinas tendiendo sus cabellos
En el aire inmortal golpeándose en el aire mortal
Donde hay un túmulo habría un alto lecho progenitor

Pues las estatuas son porque hay la muerte
Y hay la muerte la hay no hay que olvidar la muerte
Que está y la hay un día lo avisa en el cuerpo de la madre
En el cuerpo del pajarillo minúsculo en el cuerpo invencible
Donde jugamos mirando de lado pero la hay y duele
Porque si tú porque si alguien y tú no muriesen nunca
El color victorioso de tus ojos se esparciría
Y donde hay calveros desolados irrumpirían los álces
Porque sin comprender presentes que te elude
Que no eres piedra para un convenio
Que tu sangre no basta para una resurrección
Siéntate en las rodillas mullidas de la muerte
Óyela en su berceuse atrápala en su arrullo
Sujetando en tus manos el helecho que sobrevive

-267-

Porque el amor pasa de ti a ti como la nieve
Y firme y firme con los ojos esparciendo hacia adentro
Descúbrete la recóndita hornacina del tiempo
Sobrevívetete ay para que no seas
Ay a toda devastación una estrella evadible
Donde mejor golpea y cava el tiempo del helecho
Precisa con tu lento deshielo la precisión del deseo
Porque si nadie muriese nunca más
Pero dejemos esto alcánzame el otoño de soñarte me hielo
De que puedas caerte un día dentro de la nieve precisa
De que te mueras porque hay la muerte la hay y duele
Dejemos esto abrígame a ese techo mi imprescindible olvido
Salgo al sol silencioso de la luna a roerme las uñas
A pagar un tributo.

1942

La luna y el naranjo

Hoy he visto un naranjo florecido
bajo la luz lunar; sus racimos
silenciosos nevaban lo nocturno.
Cuando la luna incline su cabeza
detrás del rubio espejo de la aurora,
estas flores serán patria encarnada
de un pueblo tumultuoso.
Los dorados cuerpos henchidos,
gloria matinal de los jardines,
erguidos estarán.

Yo estaré ausente. Ausente
de la aurora y de la noche,
-268-
soñando bajo el cuerpo informe de los astros
con la invariable nieve del naranjo.

Y si la luz me falta allá en lo oscuro,
recordaré los cánticos dorados,
los jugos rumorosos del naranjo,
la luna floreciendo en su rocío
como si fuese un rostro de doncella
predilecta de Dios y del naranjo.

Madrigal

Dios hizo anoche luna y puso cielo
más cielo que el de siempre a contemplarte.
Tenaces las estrellas perseguían
tu dulce humanidad, que iba sonando
a compás del gigantesco órgano celeste.
Claro y más claro el cielo, claro el aire,
clarísima la luna, el mundo claro, claro
tu corazón, alto de estrellas,
y Dios haciendo un cielo que no vimos,
y nosotros henchidos de nosotros.

Poema

La hora que sorprenda a tu alma dormida
y limpie sus tinieblas con ademán piadoso;

la hora que golpee sobre tu aislado techo
y levante el asombro que hiera a tu caída,

-269-

¿pasa con aire extraño o duerme todavía
debajo de la espesa libertad que tu alma
escoge contra el cielo y nutre de pecado?

Tú duermes y contigo duerme sin esperanza

la claridad posible que golpeará algún día:
levanta tu mirada a través de los cielos

Y encuentra tras la estrella el lecho inesperado.
También tú eres el huésped y serás la alegría.

Elegía

El pequeño pastor regresa hacia la muerte.
Desnudo, con sus hombros de oro,
Y sólo una esperanza erguida como un halo
Bajo la tenue lumbre de su frente.

Pasó de verde prado a prado sin figura,
Umbrales de alegría para su clara sangre de cordero,
El pequeño pastor, rendido al aire como un pequeño cielo
Que hundiese su estructura delicados llantos de sirenas.

Bajo el callado cerco de la muerte
Eran blancos lebreles los que su amor labraba.
El pequeño pastor, paje del agua y lumbre de las hierbas
Arrancaba a las nieblas su dormidas estatuas.

El pequeño pastor de antílopes felices,
El diminuto rey de las gacelas verdes,
Tañerá sus gemidos en las salas del cielo,
Junto a calladas fuentes y arcángeles dormidos.

-270-

El pequeño pastor, con su mirar de golondrina herida,
Su menuda sonrisa entre el mar y la muerte
Y aquellos invisibles arpegios que flameaban
Ocultos por sus manos de vencedor jilguero.

Baja a tu puro cauce, llanto de las llanuras,
Con pequeños pastores y pequeñas estrellas.

Progreso

Y de nuevo murmura
más alto mi profunda vida
como si ahora fuese por entre anchas orillas.
Y más y más afines
devienen siempre para mí las cosas
y todas las imágenes aún más contempladas.
De lo inefable más me siento el confidente:
con mis sentidos, como con pájaros, asciendo
desde la encina hasta el viento de los cielos
y en el día ya trunco del estanque,
como de pie en los peces, se hunde mi sentimiento.

Larga serenata lunar

Las pruebas del mundo lunar indiferente
vinieron a buscarle bajo el sueño:
estaba el cuerpo derribado en su meridiano fulgurante,
y el alma estaba meditando en el país de nieve.

-271-

«Oye, deja a un lado esos instrumentos.
Haz rodar a tu arpa hacia el próximo incendio.
¡Bien! Levanta un poco ese hombro plúmbeo,
Otro poco aquel pie, otro esa mano, helecho.
¡Bien! ¡Esto es danzar! Esto es hacer la luna,
Con el metal efímero exactamente vegetal,
Como es la luna, como es justo que sea si no lo es.

¡Ay qué duro hiela para los ratoncillos
Que conocieron las grandes hojas de Victoria
Allá en sus amazonas domésticamente descubiertas!
Cúbrete con esta piel de canguro, oh, que nadie te vea,
Y sal por aquí, por estas escalerillas en el agua,
Atravesando Discóbolos, Apolos, Madonnas albísimas,
Que son a la nieve el éxtasis fiel, su reverso.

Sal por aquí tú el todavía sereno, el regalado
Con paisajes de un mármol amoroso y seguro.
Toma mis manos: estos son los dedos miliares de la luna.
Toma mi brazo caballerosamente: no quiero descender.
Toma mi camino y comienza a escuchar un valsecillo
Que en principio suena a jóvenes dialogando con sus espejos,

Y que luego ya oirás desplegando sus verdades.
Sopla en la nieve la cuerda pura su pasión,
Música diestra para llamar las ninfas a concilio
Es la que viene alzando con sus velos nuestra magia nevante.
Presta tu oído a la tempestad remota, pajarillo inocente,
Que te quedas de pronto entelerido y rompes a cantar,
Y tu canto parece un gemido bajo el palio sombrío.
Tiende tus manos a la luna, tu corazón dormido, tu confianza.

¡Vamos idílicamente tu y yo a pasearnos un poco,
Oh puro amigo mío, que eres hermoso como un reno!

-272-

Ven del brazo de la luna a través de esta llanura
Donde la música está sentada, sosegada como un anciano
Cuya frente ya fuese el reino de los sauces.
Ven tú, el inocente que arde entre inocentes,
El que tiende su mano primorosa buscando las estrellas.

Vamos a elevarnos austeramente sobre el agua lunar,
Oh tú el grácil más que un pez, el igual entre hermosas

monedas

Déjame ceñir tu singular espalda, tu vientre que es tibio como
el amanecer,
Pues sólo puedo dar razón de la belleza, y soy la hembra
serena,
Y tengo esta pradera ofrecida a ti, pradera de dormidas flores
sepulcrales,
Donde cada estrella custodia a un ser hermoso que fue, a tu
paso
Estréchame las manos y partamos, ¡amigo mío!, cúbrete la piel,
no temas nada.

¡Ay! Te has caído a ochocientos kilómetros, te has caído
Con un sólo panecillo hecho de trigo y miradas de ovejas,
Ay el hermoso que ya no me alcanza y cae: sigue mi risa.
Ahora verás la música golpeando en tus espaldas su locura,
Si te llamabas Juan ahora te llamaremos Simple, ¿oh Simple
Por qué no supiste prevenir? Rema hacia arriba, danza

Con tu pequeño gabán de canguro valsante.

Un valsecillo, ¡ay! Ay delirio de la y griega
Flagelando al cuerpecillo que pedalea en la nieve.
¿Adónde vas? ¿adónde picarillo mío? ¿adónde girasol?
Mira hacia allá abajo hacia la otra luna
Y guarda memoria de estos torbellinos
Para que descifres acuciosamente el Manicordio
Que aquí se toca y rige nuestro baile nevado.

¡Un valsecillo! Un valsecillo para las élfides solitarias.
Copos, renillos, timbres y nieblas son los que hacen el
valsecillo
De arriba a abajo, de derecho a revés, el vals atruena
vertiginosamente,
Sobre los abetos y desaparece y aparece malicioso en la red
del espliego

-273-

Que viene cayéndose a ochocientos kilómetros con los ojos
ardiendo.
Un vals de señora desesperada y trémula porque en su costillar
El diablo está tocando la música del vals que bailaba.
¡Ay! ¡Un vals arrojado del infierno, un vals dirigido por la
luna!
¡Bien! ¡Bien! Tócale a la muerte su vestido gris, baila su
danza.
Organillero hermoso, que sólo conoces una cancioncilla:
Montecillo de espinos tras de la luna, tras de la luna almas,
una tras una.
Romántica universal de lentes la Señora te baila meditabunda
flecha
Mientras alza tus hombros el torbellino de tinieblas cayendo:
Tú estás y tú no estás recorriendo el espacio celeste de la
nieve.

Y puede parecerse inútil el ofrecimiento de esta partitura.
Pero conviene llegues a la última darsena con ella aprendida:
¡Bien! Dos compases para el demonio primero, dos compases.
Dos compases para la sagrada disolución de tus venas primero.
Dos compases para infundir más apego al vacío primero.
Dos compases para adormecer a los hijos habidos en Diciembre
primero.

Dos compases para la mano izquierda, dos para el oído
izquierdo.
Dos compases para convertir el metal en radiante alameda.

Dos compases a todo, sobre la piel, y venga una coplilla
undosa,
Y siga el girasol girando, y el ruiseñor ardiendo y la lluvia
nevando
Y que tu pie afloje sus nudillos de hueso a las mallas del
humo,
Y venga la coplilla undosa a coronar las cumbres de este vals:
Cuándo, Señora mía, mi alma llamarás, cuándo, calandria
hermosa, mi techo alumbrarás.
¡Baila sobre el ventisquero criatura delicada!
Que te asedian los cuerpos vacíos, la tenebrosa nada,
De estar bailando con los pies en el aire, con la cabeza
Golpeando sobre el trono macizo baila tu ardiente baile
Y sigue el ruiseñor llorando y el lobo cantando la alabanza,
Y la nieve buscando mendigos, y el trueno riendo parado en la
nieve.
¡Bien! Mueve esos hombros de espectro conservado, danza y
resuena.
-274-
¡Mira cómo estalla el vals por dentro de la nieve!
¡Mira qué bien entras con pie segurísimo en el reino de los
sauces!
No asgas mi impalpable vestido, que por él circula un viático
inmortal
Oye mi carcajada suave y culminada afiladamente arrinconada a
tus huesos.
Aquí estamos tu y yo de muerto a muerto rodando sobre el agua
lunar.
Y tú no alcanzarás a sentarte en el límite, ¿lo oyes?, tú
seguirás cayendo aciagamente.

¡Ay! Mecido por la luna creo que el sol ya viene.
Aquí ya no hago nada: mi bastón, mi sombrero, mi abrigo.
Enfunda mi guitarrico de plata y mi música dale a las sombras.
¡Bien! Asómate a un arbolillo con un arpa en tus manos.
Muy buenas noches amigo mío, el de miembros dulces, ya he de
tenerte un día.
Baja el telón de un rápido tironcillo contra ese oleaje de mí.
Buenas noches. Comienza lo que llamas el alba. Vives todavía».

La lune est le soleil des statues

Jean Cocteau

Cerremos este libro donde la astronomía
pasea cabizbaja entre cromos desvaídos.
Ya éste no es el contorno trémulo de Casiopea.
Este polvillo es más urbano que estelar.
Cerremos el libro envejecido. Doblemos diez veces esta hoja.
Váyanse al bolsillo más oscuro la Osa Mayor, la Luna, el
Centauro.

-275-

Gran milagro de nuevo, el cielo está completo.
Para hoy los astrónomos permiten a la luna
Errabundear un poco, algunas horas justas,
Curioseando los pinos, las calles, los senderos.

Saca tu exclamación de los días festivos.
¡Aquí está la luna! Nada menos, ¡la luna!
Atrasa tu reloj, pide un caballo negro,
Pide un ramo de violetas, un encintado frasco de perfume.
Vertiremos el agua de una copa doméstica sobre el cabello vivo
de una estatua.
¿Tú ves? El Sol. Diamantes. La medianoche vuela
En su carro flamígero deshelando la luna.

Sonetos

Niña muerta

A la niña que ha muerto esta mañana
le hemos puesto en el pecho una azucena;
y hemos puesto además una manzana
junto a su mano pálida y serena.

Los niños han venido. Ya está llena
su habitación de leve porcelana.

Parece que se mira en la azucena
y que tiende su mano a la manzana.

Nos alejamos quedos de su lecho
contemplando otra vez su faz serena.
Mientras muere el sollozo en nuestro pecho

-276-

y nos sigue el olor de la azucena,
le decimos adiós: vamos derecho
a llorar en lo oculto nuestra pena.

1935

El huésped

Irene López ha estado esta noche en mi casa
con su nombre vulgar, su sombrero, sus ojos.
Me he puesto a preguntarle de todo lo que pasa
allá donde algún día cesarán los antojos.

Él me dice que apenas comprende, que repasa
las memorias del tiempo, los despojos,
de unos sueños que fueron prodigados sin tasa
y que apenas si aun puede apartarnos los ojos.

Le ofrezco unas corbatas color de azul celeste
para endulzarle un poco su angustiado mirar;
le aduermo los suspiros, le invito a que demuestre

su voluntad de ensueño perdiéndose en el mar....
Y cuando ya imagino que se retira el huésped
se me arroja en los brazos y se pone a llorar.

1942

-277-

Ifigenia en Táuride

Sombra entre sombras donde el aire empieza,
donde la muerte ciñe a la amapola,
donde el alma renace en la certeza
de volver a encontrarse libre y sola.

Sombra labrada en lumbres de belleza
más puras que el contorno de la ola;
envuelta más que estrella en la pureza
de cuanta alma al fin es alma sola.

Memoria virginal nunca inmolada
conduce desde el sueño a los guerreros.
¡Flecha inmortal hacia la mar nevada!

¡Ifigenia florida en los senderos!
Erguida como un cirio en la mirada
con que danzan sus muertes los guerreros.

Del pan y de la muerte

Hoy de nuevo mi mano se le aproxima y toca
su coraza dorada al pan del desayuno;
siento ascender un diálogo de la mano a la boca
y sin quererlo pienso en Miguel de Unamuno.

¡Alimentate!, dice el pan, y en su risa sofoca
la malicia que ofrece lo que pide ninguno:

-278-

¡Alimentate!, dice, y al decirlo provoca
en mi mano el espanto que lo persigue a uno.

Alimentas la muerte al poner mi sustancia
en tu boca que es boca de un cadáver cercano.
¡Cuánta, indefensa mano, es tu ingenua ignorancia!

Dice el pan y me mira. Y me tiembla la mano

al sentir por debajo de su rubia fragancia
el olor de la tumba cada vez más cercano.

1942

Soneto a Casandra

(Ronsard)

Este es el bosque al que la amada santa
anima con su canto en primavera;
estas las flores dadas a su planta
cuando gozosa vaga en la ribera.

Esta la suave orilla y la pradera
que su mano enriquece en fuerza tanta,
cuando alegre rebusca por doquiera
el nuevo tinte que en las hierbas canta.

Aquí cantar la he visto y por allí llorar;
por aquí sonreír y opresa allí quedar
en sus ojos un alma casi desvanecida

que la vio reclinarse o contempló danzar....
Sobre el telar de imagen tan fugazmente urdida,
entreteje el amor las tramas de mi vida.

-279-

Sonetos de muerte y vida

I

Cuanta flecha mayor sobre el sendero

retorna en la mudez de aquella vida
mora en perfil de lumbre agradecida
por arrancarle vuelos al acero.

Niño de nieve azul sin paradero
en que acampar cristales de su herida,
desliza tras de sí ya renacida
la oscura luna de su amor primero.

Bien amado lebrel de toda orilla
alza un arcángel ocre su destino
en el cauce tranquilo de la arcilla.

Que el absoluto verde de aquel sino,
nardo y sonrisa estalla en la mejilla
vuelta esfera de luna en el camino.

II

Con la frente sellada de azucenas
ante la muerte estuvo guarnecido
por un claro cortejo de serenas
ninfas huidas del eterno nido.

¡Qué rumor de praderas y de penas
le rondó sin cesar junto al oído!
¡Qué sucesión de niños y azucenas
habitó su volverse hacia el olvido!

-280-

La mano sobre el verso, la voz rota
en asombro de mundo incomprendido,
muerto se fue quedando gota a gota....

¡Qué fuga de la sangre! ¡Qué alarido
tan amargo y callado el de su boca!
¡Qué silencio, Señor, el del sonido!

III

Este que llega, muerte, a tu recinto,
envuelto de tinieblas y humareda,
era la ardiente boca de un jacinto
que al sol mecía su dorada esfera.

Esta sangre que arrastra el cuerpo extinto,
otrora fue del canto la arboleda;
y este pálido espejo, laberinto
de exhausta vena y fúnebre almoneda.

Otrora en flor de vidas resumía
la infinita pasión de ese alto mundo
que se yergue entre sombras de agonía.

¡Tómale muerte!, ido y sin segundo,
eterno aunque ya en ti, razón del día
que llegues justa clausurando el mundo.

-281-

Invierno

Le duele el corazón pero responde
a la eterna vigilia de la llama,
siendo pasión callada presto esconde
bajo serena piel la nueva rama.

Algo de extraño persistir reclama
su más luciente sol y su sentido
sepultado en las venas de una rama
junto al silencio oscuro del latido.

Aquí reposa la estación florida
que invade el blanco pecho del verano.
Cuánto asombro le da ser detenida

cabe la yerta niebla de una mano,
por donde grave arrastra lenta vida
devuelta hacia su seno más humano.

Olvido

¡Cómo el olvido ha ido destruyendo
el mundo aquel que edificamos juntos!
¡Las abejas sonoras, los pastos, el estruendo
del río bramador acorralado, los difuntos

ecos del viento que partió gimiendo
con tu enorme cadáver, y ardió los juncos
con llama tan veloz que aun está ardiendo,
con ceniza tan cruel que aun están truncos!

-282-

Donde hubo razón de frescos vinos,
de panes floreciendo en la alborada,
de reluciente fruto mantenido

en remotos estrados cristalinos,
hoy solo queda una sombra desgarrada
y tus restos luchando con mi olvido.

Llama

No de mar ni de astro; no de cielo
desnuda el verso blanca arquitectura:
sólo arroja su flecha en el anhelo
de cambiar los recuerdos en figura.

Una imagen labrada en el desvelo
de cuanto sueño al ángel configura,
por volverse al ser del alto anhelo
le traslada a su cuerpo la hermosura.

Vestida así de esplendorosa llama,
toda música y ser de bosque y selva,
la figura se alza y se derrama

en recintos de fuente, en blanca celda
que a la estrella aprisiona, que a la llama
de Narciso convierte en suave selva.

-283-

Luna

Luna querida, dosel
que nada cubres, esplende
bajo tu velo que pende
un diminuto clavel.

Blanca manzana, lebrél
que perseguido se enciende,
junto a la hoguera desprende
fauno trocado en bajel.

Rueda, llanto de metal,
ramo de orquídeas, mujer
que fueras hombre cabal;

rueda sirena sin ver
aquella fuente inmortal
pintada en luz al nacer.

Arpa

El arpa reclinada en el silencio
de su perdido canto rememora
un rostro ido hacia el total silencio
que al cielo enlaza y en el cielo mora.

Sola y augusta entre la breve sombra
pasando sus recuerdos gime y llora
las ausencias del rostro que en la sombra
al arpa daba voluntad sonora.

-284-

Mientras el viento innumerable nombra
con agitada voz el canto fenecido,
una invisible luz yerra en la sombra.

Y renovándole al sol el bien perdido
junto al arpa a cantar vienen alondras
que eternamente escapan al olvido.

Adán en el paraíso

Recorre Adán su inaugural paseo
con el cabello dado al primer viento;
ya el vacío destruye, y da su aliento
cuerpo a la estrella y al metal deseo.

Ya el universo todo es un sabeo
jardín que canta, perfumado asiento;
se hace suelo la tierra, aire el viento,
y extendida la luz abre el deseo.

Donde fuera escarlata ardiente lava,
ha crecido un color de musgo verde.
Tibia región donde la llama estaba,

fruto en la piedra, memoria que recuerde
la eternidad que ni empezó ni acaba,
y un Dios que se ensimisma y que se pierde.

-285-

Adán y el ruiseñor

La soledad le ciñe la figura.
La mirada le da contorno y nombre.
Sólo alcanza su pecho lo que asombre
Su soledad, sus ojos, su pavura.

Adán es todavía esencia pura
Descendida de Dios para ser hombre.
Nadie viene a decir su oscuro nombre
Ni a compartir su habitación oscura.

Un presagio, un anuncio, una centella
Le invade al solitario. Se alza y reclama
A lo celeste su perdida huella.

Y nadie le responde. Vencido ya no clama
i pide la presencia de su estrella....
De pronto un ruiseñor canta en la rama.

Soneto de la paloma gris

Como si el humo tierno detuviese
su andar solemne hacia la luz de arriba,
se le ve reclinarse y extenderse
sobre una inmóvil forma pensativa.

Es la paloma gris, la siempre esquiva;
la que al sonido hace detenerse,
la que impone una sombra tan altiva
que toda luz y forma descaece.

-286-

Solitaria y extática en la sombra
con un plumón color ceniza clara
a toda realidad vence y asombra.

En ella lo sombrío se declara

como un signo purísimo que nombra
la esencia celestial que lo engendrara.

Soneto para no morirme

Escribiré un soneto que le oponga a mi muerte
un muro construido de tan recia manera,
que pasará lo débil y pasará lo fuerte
y quedará mi nombre igual que si viviera.

Como un niño que rueda de una alta escalera
descenderá mi cuerpo al seno de la muerte.
Mi cuerpo, no mi nombre: mi esencia verdadera
se incrustará en el muro de mi soneto fuerte....

De súbito comprendo que ni ahora ni luego
arrancaré mi nombre al merecido olvido.
Yo no podré librarle de las garras del fuego,

no podré levantarlo del polvo en que ha caído.
No he de ser otra cosa que un sofocado ruego,
un soneto inservible y un muro destruido.

-287-

Palma

Viviendo en infinita primavera
la que de niña ha sido flor dorada,
sólo acierta a soñar y sólo espera
eternizarse en sombra iluminada.

Que es todo en ella claridad primera
y es destreza de ser pasión labrada
por un fuego secreto que no altera
su voluntad de estrella aprisionada.

Naciendo se construye la estatura
que devuelve a los aires cuando muere.
Su estancia es meditar, es ser figura

de radiación sutil donde lo breve
pasa de sombra infiel a sombra pura
desvelando verdor, soñando nieve.